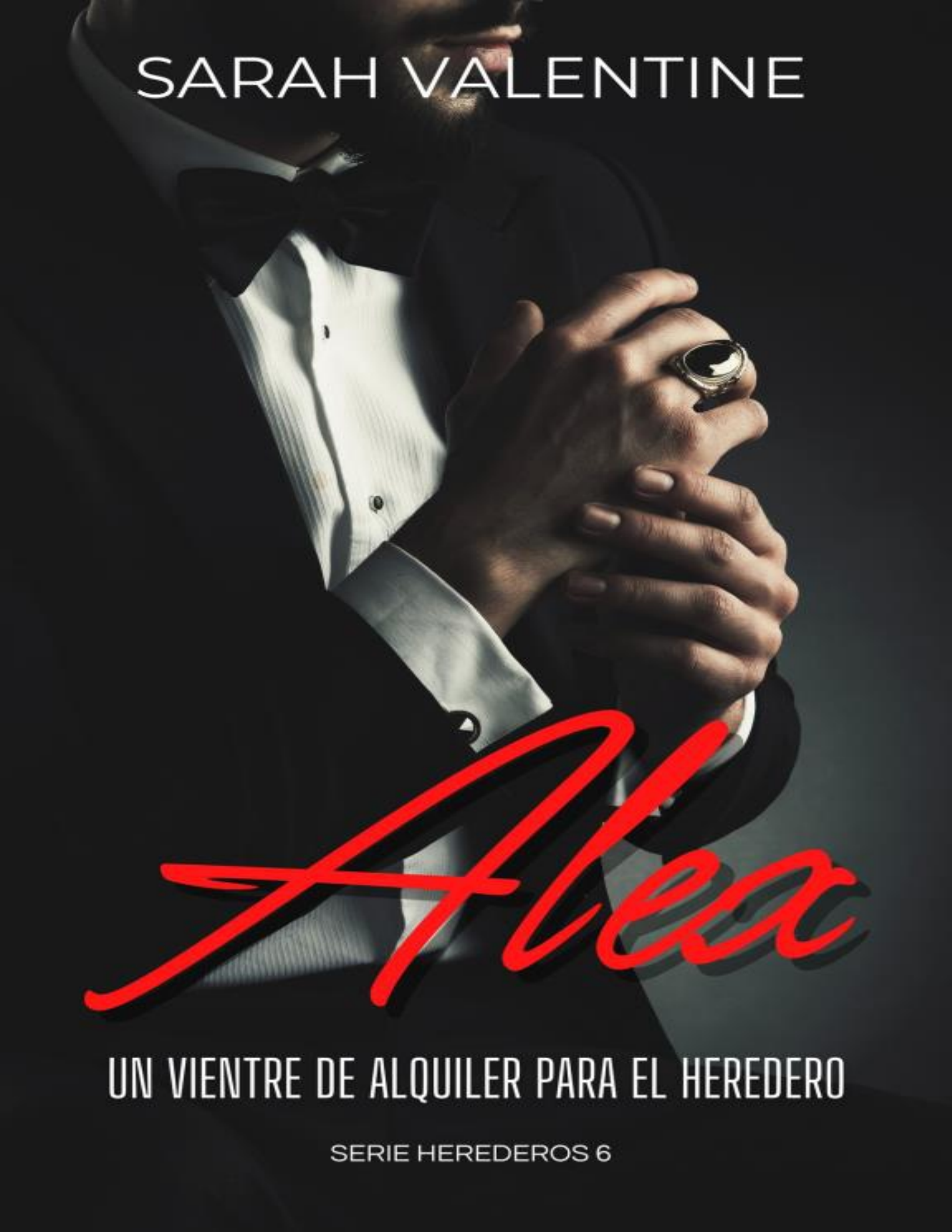

SARAH VALENTINE
Alex
UN VIENTRE DE ALQUILER PARA EL HEREDERO
SERIE HEREDEROS 6

# Índice


Alex. Un vientre de alquiler para el heredero
Sinopsis
Dedicatoria
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
TEXTO
Capítulo 40
Epílogo
Nota de la autora
¿Dónde puedes encontrarme?
Tengo un regalo para ti
Encuentra aquí otras novelas de la autora

# Alex. Un vientre de alquiler para el heredero

## Serie Herederos, 6

Sarah Valentine

# Sinopsis

## Alex. Un vientre de alquiler para el heredero

**Alex MacNeil**, un frío y enigmático **heredero escocés** poseedor de una **gran fortuna**, siempre ha tenido claro su destino. Obligado por una **tradición familiar** que le exige **tener un heredero** para poder conservar el legado de los MacNeil, Alex toma una decisión radical: ofrecer una suma millonaria a **Eden Fraser** para que sea el **vientre de alquiler de su futuro hijo**, pero sin implicarse emocionalmente con ella. Para Alex, se trata de una **transacción**, una simple obligación que cumplir para **heredar el legado de los MacNeil**.

**Eden Fraser** nunca imaginó que una propuesta tan inesperada cambiaría su vida para siempre. Con un **pasado lleno de obstáculos** y un **presente incierto**, aceptar el acuerdo de Alex MacNeil parece una **solución ideal para sus problemas económicos**. Pero nada la prepara para lo que siente cuando conoce al **atractivo y misterioso heredero**. Lo que comienza como un **trato de conveniencia** pronto se convierte en algo mucho más **intenso y peligroso**, donde la **atracción** y los **sentimientos** inesperados juegan un papel crucial.

**¿Qué sucederá cuando Eden y Alex descubran que sus corazones se**

**han enredado en medio de su acuerdo? ¿Podrán resistir la fuerza de un amor que nunca planearon?**

Acompaña a Alex y Eden en un viaje lleno de **pasión, secretos y traiciones familiares y desafíos inesperados**, y descubre si su **amor** será lo suficientemente fuerte para transformar una **relación de conveniencia** en una historia de **amor verdadero**.

¡Atrévete a descubrirlo!

*A ti, por estar siempre ahí.*

© Sarah Valentine, 2024.
Impreso por Amazon.
Todos los derechos reservados.
Los hechos que se narran y los personajes que aparecen en ese libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal.

# Prólogo

## Eden

Dicen que una traición duele más cuanto más amas a quien la comete. Y yo amaba a Ian. Pensaba que era mi compañero, mi cómplice, el hombre con quien iba a compartir una vida tranquila, construida sobre esa confianza cómoda y estable que algunos llaman amor. Sin embargo, ahora estoy aquí, mirando las maletas a medio hacer en el suelo de mi dormitorio y preguntándome cómo es posible que la imagen de mi prima y de él, juntos, siga grabada en mi cabeza con esa claridad que da el dolor.

El pitido de mi teléfono por el mensaje de John me llega justo cuando me debato entre tirar todas las cosas de Ian a la basura o intentar respirar hondo y fingir que no me importa. Suelto un largo resoplido justo antes de leer el mensaje de mi amigo.

John:
¿Cómo estás?
Bueno, no hace falta que me respondas...
He oído algo y, bueno, pensé que podrías necesitar despejarte.

Lanzo un hondo suspiro y le contesto:

Yo:
Has oído bien.
Y no sé si voy a querer despejarme en mucho tiempo...

Al instante responde, sin perder su tono despreocupado.

John:
Perfecto.
Entonces es el momento ideal para
aceptar una invitación exclusiva:
¡Fiesta en el castillo de Alex MacNeil!
No puedes decirme que no.
Ven, te vendrá bien.
Prometido.

Dudo un momento, pero no puedo evitar la curiosidad.

Yo:
¿El castillo de Alex MacNeil?
¿El del magnate misterioso de los MacNeil?
¡OMG!

John:
¡El mismo!
Un lugar que se ve pocas veces.

En serio, Eden, ven, te distraerás.
No todos los días puedes escaparte al
mundo de un MacNeil.

Antes, habría declinado esa invitación sin pensarlo, porque mi familia nunca ha tenido una relación demasiado buena con los MacNeil. Pero ahora, después de la traición de mi prima y de Ian…, me parece una oportunidad para escapar de esta realidad que me asfixia.

Así que me doy una ducha caliente, me pongo el vestido que llevaba demasiado tiempo esperando una ocasión especial y me miro en el espejo. Aún tengo el reflejo de quién era antes de todo esto, aunque hay una fragilidad en mis ojos que no logro disimular. Pero respiro hondo y decido que, aunque sea solo por esta noche, puedo intentar recordar quién fui antes de Ian.

Cuando mi taxi se detiene frente a la majestuosa entrada del castillo de Alex MacNeil, me siento como una intrusa. Las luces iluminan las torres antiguas y el amplio patio de piedra, dándole al lugar una atmósfera de otro tiempo. La piedra gris, firme y eterna, se alza imponente y, por un instante, dudo en si bajar del taxi o regresar a casa y volverme a poner el pijama andrajoso y recogerme el pelo en un moño despeinado.

Pero veo a John en la entrada, donde decenas de invitados, vestidos con sus mejores galas, atraviesan las puertas como si pertenecieran a este mundo de lujo y decido bajarme del taxi. Camino hacia él, que me abraza y me sonríe, como si no notara los nervios que me invaden. Quizá lo nota, pero lo ignora por mi bien.

—¡Tía, has venido! Te prometo que no te arrepentirás. Ya verás la barbaridad de tíos buenos que vamos a ver —dice con su típico tono alocado y despreocupado—. Necesitas esto, ¡te lo aseguro!

Sonrío a medias, intentando que no note el vacío en mis ojos, y dejo que me guíe al interior del castillo. Entrar en el salón principal es como cruzar un umbral hacia otro mundo. Las paredes, altas y solemnes, están adornadas con cuadros antiguos, retratos de figuras serias, que imagino que deben ser los MacNeil de hace siglos, nos observan desde su pasado distante. En el centro del salón, un candelabro de cristal refleja la luz en mil destellos y el murmullo de conversaciones y risas llena el aire.

Mientras John me presenta a algunos de sus conocidos, mis pensamientos vuelven a Ian y a la idea de que podría haber terminado mi vida junto a alguien que me engañó sin miramientos. Suelto una bocanada de aire desde lo más hondo de mis pulmones y paladeo su traición que me sabe tremendamente amarga. Por más que intento sacarla de mi cabeza y de mi corazón, no puedo evitar que ese dolor se mezcle en cada nueva presentación que John me hace. Pero entonces mi atención se desvía hacia el otro lado del salón, donde una figura alta y solitaria destaca entre la multitud.

Alex MacNeil. El anfitrión de la noche. Lo reconozco por algunas fotos que he visto y por la descripción de John: reservado, enigmático, un hombre que parece tener siempre un pie dentro y otro fuera de las reuniones sociales. Es alto, con el porte de alguien que está acostumbrado a ser observado, y su mirada… su mirada gris parece capaz de atravesar el aire que lo rodea. Incluso desde aquí, siento la intensidad con la que examina a cada persona que hay en la sala, como si todos fueran piezas de un rompecabezas que no termina de encajar.

—¿Quieres conocerlo? —pregunta John, siguiendo mi mirada—. Es un tipo… diferente. Pero siempre es interesante hablar con él, además está buenísimo —me dice con una de sus

alocadas carcajadas.

Asiento, aunque no estoy segura de querer conocer a alguien tan intimidante. Pero la curiosidad me gana, y sigo a John hasta donde él está. Cuando llegamos, Alex se gira hacia nosotros y su mirada se encuentra con la mía. Es fría, inquisitiva, pero también hay algo más, algo que no sé identificar, pero que me hace sentir observada de una manera distinta, más profunda.

—Alex, te presento a Eden Fraser —dice John, sin percibir la tensión que se instala en el aire cuando la mirada de Alex se encuentra con la mía.

—Eden…Fraser —responde él, con una voz grave que parece resonar en el pecho—. He oído hablar de ti y de la galería donde trabajas. Arte contemporáneo, ¿verdad?

Asiento sorprendida de que sepa eso de mí. Trago saliva y, por un instante, siento que estoy en un examen, bajo el escrutinio de la mirada profunda de un hombre que no deja escapar nada. Su expresión no cambia, sigue siendo reservada, casi distante, pero algo en su mirada me hace sentir que está intentando leer cada uno de mis gestos y palabras.

—Sí. En Edimburgo. Es una galería pequeña, pero… con una colección cautivadora —respondo, consciente de lo simple que suena mi vida comparada con el aura imponente que lo rodea a él.

—Interesante —murmura, sin apartar los ojos de los míos. No sonríe, pero su tono tiene una nota de interés que me sorprende y que atrapa mi curiosidad sin poder evitarlo.

La conversación se vuelve algo trivial y John nos deja a solas. Hablamos del arte, de la galería y del impacto que tiene en Edimburgo. Pero cada palabra y mirada suyas, me hace sentir como si estuviera expuesta y, también, vulnerable. La gente a nuestro alrededor charla, ríe, mientras él y yo mantenemos esta especie de conversación paralela, en la que parece que nos digamos cosas que nadie más puede entender.

Después de un rato de charlar con Alex MacNeil, decido salir a tomar aire al exterior del castillo y airearme un poco. La noche está fría y el aire me despeja y me aleja del bullicio del salón. Me detengo en la terraza, donde el paisaje vasto y misterioso de las Highlands se extiende bajo la luz de la luna. Es en momentos como este cuando siento que el mundo es demasiado grande e imponente. Y yo, una extraña en este castillo totalmente desconocido para mí y tan distinto a mi mundo, aunque hace años mi familia también pertenecía a las clases acomodadas de Escocia, hace que me sienta diminuta.

—¿Te gustan las vistas?

La voz de Alex MacNeil me saca de mis pensamientos. No lo había oído acercarse, pero ahí está, a mi lado de nuevo, mirándome con esa intensidad que me atraviesa.

—Son… impresionantes —respondo, sin saber muy bien qué más decir.

Él asiente y, por un momento, el silencio entre nosotros se hace cómodo, como si compartiéramos algo más allá de las palabras. La noche envuelve el castillo y su perfil se recorta contra el paisaje, dándole un aire melancólico que me sorprende.

—Necesito un heredero —dice de repente, con una franqueza que me deja sin palabras.

Lo miro, confundida. Su declaración está tan fuera de lugar y me resulta tan inesperada, que no sé si he entendido bien lo que acaba de decir.

—¿Perdón?

Él sigue mirando hacia el horizonte, con expresión seria y distante.

—La familia MacNeil tiene una tradición —continúa, como si se hablara a sí mismo—. Un legado. Y parte de ese legado es asegurar que haya un heredero para mantenerlo.

Me cuesta entender a dónde quiere llegar con esto. Su tono, su postura y todo en él parece calculado, como si las palabras fueran piezas de un juego que solo él conoce. Pero algo en su voz, una nota de vulnerabilidad apenas perceptible me hace quedarme callada, esperando a que continúe hablando.

Finalmente, se gira hacia mí y, por primera vez, veo algo en sus ojos que no había notado antes. No es frialdad, es… intensidad, como si estuviera tomando una decisión importante justo en ese momento.

—He pensado que podrías ayudarme —me dice con la misma calma que si me estuviera proponiendo un negocio.

Tardo en procesar sus palabras. ¿Ayudarle a qué? Entonces, la realidad de su propuesta me golpea con fuerza y de forma inesperada.

—¿Te refieres a…? —Las palabras me fallan, pero él asiente antes de que pueda terminar.

—Exacto. Ser la madre de mi heredero. Un acuerdo, sin ataduras emocionales, solo una transacción. Podría ofrecerte una cantidad considerable de dinero, Eden. La suficiente para empezar de nuevo, lejos de… ciertas complicaciones.

Su propuesta me deja helada. Es tan inesperada y tan… fría, que me cuesta reaccionar. Lo miro, esperando ver algún atisbo de duda en su expresión, pero no hay nada. Solo veo serenidad y confianza en su gesto.

—¿Por qué piensas que aceptaría algo así?

Él me observa, sus ojos son como espejos que parecen ver más allá de lo evidente.

—Porque estás aquí, Eden.

—He venido de pura casualidad —le respondo quitándole importancia.

—Las casualidades no existen —me suelta como una bofetada que me deja boqueando como un pez fuera del agua —. Sé que necesitas empezar de nuevo, tanto como yo necesito cumplir con la tradición de mi familia.

Su respuesta me deja sin palabras y cuando intento responderle, siento que la garganta se me seca. La idea es absurda y ofensiva, pero también hay algo que despierta mi curiosidad. Quizás es el dolor de la traición de Ian o la simple necesidad de escapar de mi propia vida, pero una parte de mí, la que aún no ha terminado de entender lo que ha sucedido, quiere saber más detalles de su propuesta.

—No soy alguien que se deje comprar por dinero —le digo, intentando mostrar mi dignidad con cada una de mis palabras.

Él asiente, aunque en sus labios aparece una sonrisa sutil, como si esperara mi respuesta.

—No te obligo a que tomes una decisión ahora. Pero mi oferta está ahí. Un millón de libras a cambio de darme un heredero. Piénsalo.

Y sin decir nada más, da un paso atrás y se aleja, dejándome sola en la terraza, con el eco de sus palabras resonando en el aire frío que me rodea. Cuando me quedo sola, siento que algo ha cambiado, que esta noche ha abierto una puerta a algo que aún no puedo comprender y mucho menos imaginar.

# Capítulo 1

## Alex

Camino por los pasillos del castillo y la imagen de Eden no me abandona. Su rostro y su expresión de sorpresa e indignación al escuchar mi propuesta se me han quedado grabados con una claridad inusual. He conocido a muchas mujeres que aceptarían sin reservas las reglas de este juego, que comprenderían, sin necesidad de explicaciones, que lo nuestro no sería más que un acuerdo simple, sin complicaciones ni sentimientos de por medio. Sin embargo, ella… me ha descolocado, y esa es una sensación que no estoy acostumbrado a experimentar. Sin embargo, la mujer que me dé a mi heredero no puede ser otra que no sea Eden Fraser.

La galería de retratos parece observarme mientras avanzo hacia mi despacho. Rostros de hombres y mujeres que me recuerdan el peso de mi apellido: MacNeil. Mi abuelo y mi padre, y antes de ellos, generaciones de antepasados, cada uno con su propio lugar y responsabilidad en esta casa. Desde niño entendí que mi deber no era negociable; que, como heredero del peso de mi apellido, debía mantener el linaje y preservar el nombre de mi familia, por lo que nunca pensé que fuera a cuestionarme esto a estas alturas.

—Señor MacNeil —la voz de Margaret, mi anciana ama de llaves, me saca de mis pensamientos—. He preparado el desayuno en el salón. Y también ha llegado el informe que solicitó de la empresa. ¿Desea algo más?

—No, eso es todo. Gracias.

Margaret es el tipo de persona que no necesita preguntar más de lo necesario para saber lo que debe hacer en cada momento. Su lealtad es incuestionable y en todos los años que lleva con la familia ha sabido mantenerse al margen de nuestra vida privada, un valor que aprecio mucho. Sin embargo, tengo la certeza de que ni siquiera ella podría comprender la situación en la que me encuentro. La obligación de tener un heredero no es solo una expectativa; es una tradición que he cargado durante toda mi vida, y que me ata a esta casa y a la empresa de la familia de un modo que no todos entenderían.

Me siento en mi despacho con el informe de MacNeil Technologies en las manos. Las palabras y cifras en los documentos pierden nitidez ante mis ojos. No sé por qué razón, pero hoy no logro concentrarme. La fiesta que celebré anoche sigue viva en mi mente y, cada vez que cierro los ojos, el rostro de Eden aparece de nuevo, con esa expresión que no he dejado de recordar una y otra vez desde que nos despedimos. Su rechazo me sorprendió, y no dejo de preguntarme si se trató de una reacción inicial y que quizás sea algo que vuelva a reconsiderar con el tiempo. Las decisiones de esta magnitud requieren reflexión, o al menos eso he aprendido con los años, así que imagino que también ella necesitará pensar y plantearse algo tan imporante como lo que yo le propuse.

Dejo el informe a un lado y me acerco al balcón. El aire frío de las Highlands acaricia mi cara, un contraste con la quietud que reina dentro del castillo. Miro el horizonte y observo las

colinas, que se extienden más allá de mis propiedades, y son un recordatorio constante del peso de mi apellido y de los sacrificios que mis antepasados hicieron para preservar este legado.

En el pasillo escucho un murmullo de pasos que se acercan. Es Hamish, mi asistente, quien interrumpe mis pensamientos al entrar en el despacho.

—Señor MacNeil, el coche está listo para llevarle a la oficina. Tiene una reunión con el consejo a las once.

—Gracias. Bajo en un momento.

Observo cómo se retira y me pregunto si alguien más ha notado la tensión que me ha provocado Eden. Me ajusto la corbata de nuevo y cojo mi maletín de piel para ir hasta el coche. Durante años he logrado mantener un equilibrio entre mi vida privada y mis responsabilidades, entre el deber que siento hacia el apellido MacNeil y mis propias aspiraciones. Sin embargo, esta mañana, ese equilibrio parece tambalearse, y no logro entender por qué. El peso del legado siempre ha sido una constante en mi vida, una obligación que he aceptado sin cuestionar. Pero, de algún modo, Eden ha encendido una chispa de duda, un cuestionamiento sobre si este deber es realmente lo que deseo o simplemente una carga que he tenido que aceptar porque esta tradición inamovible así lo ha marcado.

Llego a la oficina y Hamish me sigue de cerca, para entregarme los documentos necesarios de la reunión. Intento centrarme en los números, en las proyecciones y en las estrategias que discutiremos en la junta. Sin embargo, mi mente sigue vagando, y cada dos por tres me encuentro recordando la expresión de Eden, esa mezcla de firmeza y sorpresa que le provocó mi propuesta y que no soy capaz de olvidar. Su negativa, tan clara y directa, me ha dejado con una extraña sensación de incomodidad que no sé cómo sacarme de encima.

Cuando regreso al castillo al final del día. Margaret me espera con una copa de whisky, una rutina que he adoptado como una especie de ritual al final de cada jornada. La tomo y me dirijo al salón, donde los retratos de mis antepasados parecen mirarme con esa misma seriedad con la que siempre lo han hecho. Alzo la copa en un gesto simbólico, como si brindara por la tradición, por el deber y por esa vida que me ha tocado llevar y doy un largo trago a mi copa.

Me siento en la biblioteca, frente a la chimenea, y observo cómo el fuego chisporrotea y llena la estancia de una calidez que contrasta con la frialdad de mis pensamientos. Mi padre siempre me decía que un MacNeil debe mantener su linaje, que la familia es lo único que verdaderamente importa. He seguido sus enseñanzas, he hecho todo lo necesario para honrar el apellido. Pero esta noche, mientras observo el baile de las llamas crepitando en la chimenea, me pregunto si esa es realmente la vida que quiero o si es simplemente la vida que me han enseñado a desear.

La noche avanza, y la quietud del castillo se va apoderando de cada rincón. Me doy cuenta de que, aunque Eden ha rechazado mi propuesta, una parte de mí espera que la reconsidere y que vea en mi oferta una oportunidad para salir adelante.

El eco del silencio se extiende por el castillo y, en la penumbra de la biblioteca, continúo dándole vueltas a lo mismo. Mi vida, mis decisiones, todo lo que siempre creí que era intocable, parece haberse puesto en duda con el rechazo de Eden, que no esperaba. Siento que estoy en una encrucijada, un momento crucial en el que debo decidir si sigo adelante con el legado que me ha sido impuesto o si, por una vez, me permito cuestionarlo. Apuro el último sorbo de whisky y me levanto, dejando que el fuego continúe iluminando la estancia con sus llamas danzantes. Sé que

esta historia con Eden está lejos de terminar, que su presencia, aunque ausente, ha dejado una marca en mí que no desaparecerá con facilidad. La propuesta sigue en pie y aunque ella no esté aquí, no puedo evitar esperar su respuesta, que podría cambiar el curso de mi vida para siempre y también el de la suya.

# Capítulo 2

# Eden

Cuando llego a mi apartamento del trabajo, me detengo un instante frente a la puerta. La propuesta de Alex MacNeil de ayer sigue persiguiéndome, como una sombra que me pisa los talones. Mientras saco las llaves del bolso, la escena se repite en mi cabeza: su mirada seria, su voz grave y directa ofreciéndome un millón de libras a cambio de algo que, en cualquier otra situación, me parecería un disparate. Me resulta una locura y me sorprende a partes iguales, que una parte de mí considere que es justo lo que necesito. Sin embargo, no dejo de sentirme perdida, como si estuviera en un punto sin retorno, atrapada en una vida que ha perdido su rumbo.

Cuando abro la puerta, la empujo y entro en el pequeño espacio que, hasta hace poco, compartía con Ian. Miro a mi alrededor y observo los restos de lo que alguna vez consideré mi futuro y que ahora no es más que un montón de ilusiones derruidas de un solo mazazo. Las paredes, el sofá, las fotos que aún cuelgan en las paredes, todo me recuerda a la vida que creí tener bajo control. Pero esa seguridad y todos mis planes se han desmoronado por completo.

Suelto un suspiro y me acerco al escritorio, donde guardo una pequeña caja con papeles importantes y todo el dinero que he ido ahorrando a lo largo del último año. Me siento en una silla y abro la caja, quiero contar a cuánto ascienden mis ahorros. Sea la cantidad que sea, me va a servir para vivir algo más desahogada durante los próximos meses. Pero en lugar de eso, lo que encuentro provoca que un frío helado recorra mi espalda. Cierro los ojos un instante, deseando que sea un error, una mala jugada de mi mente y mi vista cansadas después de un largo día. Sin embargo, al volver a abrir los ojos, confirmo lo que sospechaba: en la caja solo están los papeles, porque no hay ni rastro de todo el dinero que he ahorrado durante los últimos doce meses.

La realidad me golpea de lleno como un mazazo seco en medio del pecho y siento cómo la rabia y la tristeza se mezclan dentro de mí. Mis ahorros, cada penique que he guardado con esfuerzo para construir una vida junto a Ian, han desaparecido. Rebusco entre los papeles de la caja, quizá no he mirado bien y el dinero está escondido entre las facturas. Sin embargo, lo único que encuentro es una nota de Ian: «Como tú te quedas con el apartamento, yo me quedo con este dinero. Es lo justo». Cuando leo la escueta nota no doy crédito a lo que acabo de leer. ¿Yo me quedo con el apartamento? No, eso no es verdad. Debería poner que yo me quedo con el alquiler de un apartamento que no puedo pagar yo sola. ¿Cómo puede tener tanta cara? No sé si quiero gritar o llorar, o tal vez hacer ambas cosas al mismo tiempo. Ian, el hombre en el que he confiado durante todos estos años que hemos estado juntos, me ha dejado en la ruina y parece que no tiene ni el menor atisbo de remordimiento. Ese colchón de ahorros que yo creía tener para poder empezar ahora a construir mi nueva vida desde cero ha desaparecido. «Otra traición más que añadir a los cuernos», me digo para mí sin poder contener las lágrimas.

Dejo caer la cabeza sobre mis manos y respiro hondo, intentando recuperar algo de calma. Pero no puedo… No sé qué va a ser de mí… Tengo un trabajo y un sueldo a fin de mes,

pero ¿cómo voy a pagar las facturas sin tener ni una libra ahorrada? Lloro desconsoladamente tratando de buscar un arreglo a mi desesperada situación.

El castillo, Alex, su oferta…

De repente, la propuesta de MacNeil, que cuando me lo dijo me pareció una auténtica locura, adquiere un matiz distinto. Alex me ofrece una salida, una solución. Claro que su proposición es fría y calculada, como él mismo, pero me brinda una oportunidad, una que en este momento me parece un salvavidas en medio del océano…

Me levanto del suelo y, como por inercia, doy un par de pasos por el apartamento, observando lo poco que queda de la vida que compartí con Ian en el espacio que me rodea. Las paredes, ahora desnudas, parecen aún más frías de lo que recordaba. Camino hasta la ventana y observo las calles de Edimburgo, que se extienden bajo el cielo preñado de nubes, y me siento una extraña en un lugar que debería sentir como mi hogar. Hace apenas unos días, tenía un futuro planificado, una estabilidad, y ahora estoy aquí, sola, sin dinero y sin saber cómo salir de esta. Resoplo desesperada sin dejar de caminar de un lado a otro del apartamento.

«¿Y Alex? No, pero qué estoy diciendo… No estoy loca… No, no…ni loca aceptaría ser un vientre de alquiler… No podría hacer eso…».

No logro sacar de mi cabeza a MacNeil, ni a la forma en que me miraba, serio y resuelto, como si todo en él estuviera programado para cumplir una misión, *su* misión y sin desviarse ni un solo milímetro. Recuerdo sus palabras y su tono… Y aunque su propuesta sigue pareciéndome extraña y una locura, ahora se mezcla con algo que me atrae y me asusta a la vez a partes iguales: la posibilidad de empezar de nuevo con un millón de libras en mi cuenta. Me muerdo el labio y voy hacia la cocina. Sobre la mesa reposa mi teléfono. Lo observo unos segundos, sopesando las implicaciones de lo que estoy a punto de hacer… Si le escribo implica tomar un camino del que tal vez no haya retorno, pero, a la vez, ese mismo camino me ofrece una alternativa en un momento en el que siento que no tengo nada más a lo que agarrarme para salir adelante. «Sí, lo hago, no tengo nada que perder o… sí… Ay, no sé», me digo. Así que, sin pararme a pensármelo demasiado, busco su contacto y le escribo.

Yo:
Hola, Alex.
Me gustaría hablar sobre tu propuesta.
Quizá podríamos discutir los detalles en persona.

Cuando envío el mensaje, dejo el teléfono sobre la mesa, intentando no pensar demasiado en lo que acabo de hacer. Las dudas me asaltan de inmediato. «¿Qué pensará de mí? En realidad solo me conoce poco más que de una noche en una fiesta y de una conversación que, para mí, resultó tan extraña como intrigante…».

Camino de un lado a otro, intentando buscar un sentido a esta situación absurda, cuando el sonido que provoca la vibración de mi teléfono sobre la mesa de la cocina me saca de mi aturdimiento. Lo cojo sin demasiadas expectativas, pero al ver el mensaje de respuesta de Alex, mi corazón se acelera.

Alex:
Celebro que hayas reconsiderado mi oferta.
Podemos vernos en mi despacho mañana por la tarde,
si te viene bien.

Me sorprende la inmediatez de su respuesta, aunque supongo que, en alguien como él, la eficiencia y la precisión no son cualidades que deban sorprenderme. Tomo aire y, sin pensarlo demasiado, le contesto que allí estaré. Cuando vuelvo a dejar el teléfono sobre la mesa, siento una mezcla de nervios y la sensación de estar tomando una decisión que podría cambiar el rumbo de mi vida por completo.

A pesar de que llevo un rato en la cama, no consigo dormir. Mis pensamientos giran en torno a Alex MacNeil, al castillo y a las posibilidades que podría abrirme su propuesta, pero también al precio que supone aceptar algo tan insólito. ¿Estoy dispuesta a convertirme en la madre de su heredero por un acuerdo, sin amor y sin expectativas más allá de cumplir una función? Es una pregunta que late en mi mente y que, aunque no soy capaz de responder por ahora, sé que la respuesta va tomando forma con cada minuto que pasa.

Cuando amanece, me asomo a la ventana de la habitación del apartamento y veo que el cielo de Edimburgo está cubierto de nubes grises, parece como si el propio clima compartiera mis dudas. Me preparo cuidadosamente, eligiendo ropa que me haga sentir segura, aunque el remolino de pensamientos y nervios que gira sin cesar en mi interior no me deje pensar con claridad. Antes de salir, me miro al espejo, buscando alguna señal que me indique que estoy haciendo lo correcto. Pero lo único que veo es el reflejo de una mujer que intenta encontrar una salida en una situación que, a ojos de cualquiera, carecería de lógica.

Cuando llego al despacho de Alex MacNeil, la solemnidad del edificio me deja alucinada. Todo parece que ha sido diseñado para imponer respeto. Me recibe una secretaria impecablemente vestida, quien me pide que espere unos minutos en una pequeña sala decorada con sobriedad. El ambiente es frío, ordenado, pero también elegante, como él. Este lugar, tan distinto a mi pequeño apartamento en Edimburgo, refleja a la perfección la vida de Alex: controlada, precisa y sin una sola nota fuera de lugar.

Finalmente, la secretaria me avisa de que puedo pasar. Entro intentando mostrarme decidida en su despacho, un espacio amplio y luminoso, y con ventanales que ofrecen una vista imponente de la ciudad. Alex está sentado detrás de un escritorio de madera oscura, revisando unos documentos. Al verme entrar, levanta la vista, y su expresión, aunque seria, me parece menos distante que la última vez.

—Eden, me alegra verte de nuevo—dice con esa voz profunda que resuena en la estancia—. Por favor, siéntate.

Me siento en la silla que hay frente a él, sintiéndome pequeña en comparación con su presencia y con el ambiente que me rodea. Me recuerda al castillo, a esa misma mezcla de poder y control que parece formar parte de todo lo que tiene que ver con Alex MacNeil.

—Gracias por recibirme —respondo, intentando mantener la calma—. He pensado en lo que me propusiste. No puedo negar que… es una oferta que no me habría planteado en otras circunstancias.

Él asiente, escuchándome con una atención que me pone nerviosa por la forma en que me mira, que parece que me atraviese con su profunda e intensa mirada gris.

—Comprendo que te resulte sorprendente —dice—. No es una decisión fácil, lo sé, y respeto que te hayas tomado tu tiempo para reconsiderarlo.

Sus palabras son serias, pero no parecen condescendientes. Es como si realmente me valorara por haber venido y eso, de alguna manera, aligera la tensión que siento.

—Alex, si aceptara tu propuesta… quiero saber más. Necesito entender qué significa realmente para ti este acuerdo. No quiero sentir que soy solo un medio para alcanzar un fin.

Él me mira en silencio durante unos segundos, como si estuviera sopesando cada una de mis palabras, hasta que finalmente asiente antes de hablar.

—Lo comprendo. Y, si te parece, podríamos empezar por ahí. Estoy dispuesto a responder a todas tus preguntas, y quiero que sepas que, aunque sea un acuerdo, tienes libertad de elección. No eres un medio, Eden. Eres una persona a la que respeto y, si te parece bien, puedo darte todas las respuestas que necesitas para que tomes tu decisión con total libertad.

Su respuesta, tan directa y sincera, me da una extraña paz. Aunque la situación sigue siendo confusa, siento que, al menos, estoy tratando con alguien que respeta mis límites.

# Capítulo 3

# Alex

Eden me observa en silencio y en su mirada intuyo esa mezcla de curiosidad y recelo, que tan bien ha sabido ocultar. Mientras hablo, su atención me traspasa y siento cómo analiza cada palabra que le digo. No puedo evitarlo y, por un segundo, incluso busco su aprobación, como si algo en mí necesitara la certeza de que, aunque nuestras razones sean distintas, ella comprende la magnitud de lo que estoy proponiéndole.

—Eres una persona a la que respeto y, si te parece bien, puedo darte todas las respuestas que necesitas para que tomes tu decisión con total libertad.

Mis palabras quedan en el aire, y en el breve silencio que sigue, percibo una relajación casi imperceptible en su postura. Ella toma aire y me dedica una mirada en la que creo ver una aceptación tácita, aunque sé que aún tiene dudas.

—Gracias. Necesito que todo sea claro y sin dobles intenciones —me dice mirándome a los ojos con franqueza.

—Y lo será. —Afirmo con seriedad, y ella responde con un leve gesto de asentimiento.

Dejo que el silencio se instaure entre nosotros por un momento, mientras intento organizar mis pensamientos. Podría simplemente entregarle el contrato y dejar que leyese las cláusulas como si todo esto fuera una cuestión puramente formal. Pero siento que, para ella, sería insuficiente. Y aunque me considero un hombre que rara vez se desvía de sus principios, aquí estoy, dispuesto a ofrecerle una versión de mí que muy pocas veces comparto con nadie. Supongo que para mí, pese a ser una Fraser, siempre ha sido alguien especial.

—¿Te gustaría entender mejor lo que significa este acuerdo para mí? —le pregunto y ella asiente con una leve inclinación de cabeza y con su mirada fija en la mía.

Me apoyo en el respaldo del sillón, consciente de que la calma que intento proyectar es, en realidad, un esfuerzo por ocultar la mezcla de emociones que ella me genera.

—Lo que te propongo —comienzo, eligiendo cada palabra con cuidado— no es solo un acuerdo formal para cumplir con una tradición de mi familia a cambio de que tú recibas un millón de libras. Es una necesidad que va más allá de una simple cuestión de herencia. Desde pequeño, me enseñaron a valorar el apellido MacNeil como algo que trasciende lo personal. Los MacNeil hemos sido dueños de esas tierras y de este legado durante siglos. Y yo… —paro de hablar al notar la intensidad de su mirada fija en mí— siento la responsabilidad de que ese linaje continúe.

Eden asiente lentamente, sin interrumpirme, pero sus ojos reflejan una extraña mezcla de comprensión y dudas.

—Entiendo que para ti tiene un valor más profundo de lo que creí al principio —dice en apenas un susurro.

—Así es. —Mis palabras salen de mis labios con más suavidad de lo que esperaba—. Lo

que te pido no es solo que seas la madre de mi heredero, sino que formes parte de algo que, al menos para mí, representa una misión de vida.

Siento que el peso de mis palabras cae entre nosotros, como una promesa de que esto es algo más que un contrato. Ella sigue en silencio, y veo que sus ojos verdes recorren el espacio, como si intentara procesar cada detalle y cada significado oculto de mis palabras.

—Alex, necesito que seas honesto. Si acepto, ¿cómo esperas que vivamos esto? No quiero… no quiero sentir que simplemente soy alguien a quien has contratado —dice con una firmeza que parece nacida de una decisión tomada en ese instante.

—Te prometo, que eso no será así. —Me inclino hacia adelante, buscando su mirada—. Este acuerdo es algo que nunca me he planteado hacer a la ligera. Si he confiado en ti para algo tan importante, es porque realmente valoro lo que eres y lo que podrías aportarle a mi vida y a la de ese hijo que quizás tengamos juntos y, en especial, a mi familia.

La palabra *juntos* sale de mis labios y noto que algo en ella se suaviza, como si la idea de formar parte de algo real y compartido, le diera la seguridad que necesita. Mi pecho se tensa, y me doy cuenta de que esta situación no es solo una cuestión de herencia o de tradiciones familiares. Esto, de alguna forma, también me toca a un nivel personal que no había previsto.

Alargo la mano y tomo el contrato, colocándolo frente a ella, junto al bolígrafo que Hamish ha dejado perfectamente alineado con los papeles. Lo hago con calma, dejando que el silencio hable por nosotros durante esos segundos. Su respiración es pausada, pero hay una intensidad en su mirada que me resulta hipnótica. Ella toma el bolígrafo entre los dedos y observa el papel.

—¿Puedo leer cada punto? —pregunta, mirándome con una mezcla de curiosidad y recelo.

—Por supuesto. Quiero que lo leas y que estés segura de lo que firmas. No quiero que haya nada que no comprendas o con lo que no estés de acuerdo.

Ella asiente y comienza a leer cada línea, mientras yo contemplo cómo sus ojos se mueven de un lado a otro del papel. La observo en silencio, y durante ese tiempo me doy cuenta de lo cuidadosa que es. Lee con atención cada cláusula y cada compromiso, como si entendiera el peso que cada palabra representa para ambos. Veo que su respiración se vuelve un poco más lenta y profunda, como si el contrato empezara a cobrar sentido dentro de ella. Después de unos minutos, que a mí se me hacen eternos, alza la vista y su mirada se encuentra con la mía. No hay duda en sus ojos, pero sí una especie de resolución silenciosa.

—Lo firmo. Pero quiero que sepas que, para mí, esto no es solo un papel. Quiero formar parte de esto de verdad. Si voy a aceptar algo tan importante, necesito saber que seremos un equipo, y no solo por cumplir con un papel de madre y padre —dice con la voz llena de esa franqueza que tanto admiro.

Siento un ligero nudo en la garganta, pero logro mantener mi expresión calmada.

—Tienes mi palabra. —Mis ojos se clavan en los suyos y siento que algo en el ambiente cambia, como si esta conversación hubiera marcado un antes y un después para ambos.

Ella toma el bolígrafo y firma con una calma que solo confirma lo que ya intuía: que es mucho más fuerte y decidida de lo que aparenta. Cuando termina, me entrega el contrato, y nuestros dedos se rozan levemente, un contacto fugaz pero suficiente para que sienta una corriente eléctrica, que me resulta inesperada.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos y siento que la tensión entre ambos es tan palpable como la realidad de este acuerdo. Me doy cuenta de que, de ahora en adelante,

nuestras vidas estarán ligadas de una forma que ambos no podemos llegar a imaginar en este momento.

—Gracias —le digo y mi voz suena más suave de lo que esperaba—. Sé que este acuerdo tiene su complejidad, pero también sé que no podría haber confiado en nadie mejor.

Ella sonríe, un gesto pequeño y leve, pero sincero, y noto que sus ojos brillan de una manera nueva hasta ahora. Se levanta de la silla y yo me pongo en pie también, y la acompaño hacia la puerta. Antes de abrirla, la observo un segundo más, capturando ese momento, y con la certeza de que la aventura que tenemos por delante no será como nada que haya experimentado antes.

—Nos veremos pronto —me dice y su voz tiene una suavidad que me deja un extraño eco en el pecho.

La observo marcharse, mientras escucho cómo sus pasos resuenan en el pasillo, y me quedo allí, en el umbral de la puerta, sintiendo que mi vida se acaba de transformar en algo diferente, algo que aún no termino de comprender del todo, pero que me resulta innegablemente atractivo.

# Capítulo 4

# Eden

El taxi se adentra en el largo camino que lleva hasta el castillo y, a medida que me aproximo, me invade una mezcla de nervios y curiosidad que se apodera de mi estómago. Desde lejos, la fachada de piedra gris parece aún más imponente, más solemne, como si guardara secretos de generaciones. Llevo un vestido de terciopelo en un tono verde oscuro, sencillo pero ajustado a la cintura, sin más adorno que una fina cadena de plata. En una ocasión como esta siento que debo vestir con cierta elegancia, así que he optado también por unos pendientes discretos y unos tacones, aunque no demasiado altos. No es que intente impresionar a Alex o, al menos, eso es lo que me repito, pero esta ocasión me parece distinta, como si fuera un primer paso hacia algo totalmente nuevo para él y para mí.

Al bajar del coche, noto el aire fresco en la piel y respiro hondo antes de seguir al mayordomo, que me guía a través de la entrada del castillo. La decoración, sobria y cuidada, es acorde a la historia de este lugar. Me sorprende la cantidad de retratos que cuelgan de las paredes, a pesar de que ya los vi cuando vine a la fiesta, continúan haciéndome sentir intimidada.

En cuanto entro al salón principal, lo veo. Alex está de pie junto a la chimenea, con una copa en la mano. Lleva una camisa blanca impecable, con los primeros botones desabrochados, y unos pantalones oscuros que resaltan su altura y su porte. Una chaqueta de lana cuelga de una silla cercana, pero él parece cómodo sin ella, relajado, pero con esa elegancia natural que lo caracteriza. Cuando levanta la vista y me ve, su mirada se detiene un instante en mi vestido y por su expresión noto que lo aprueba y que le gusta lo que ve.

—Eden, me alegra que hayas venido —me dice y su tono, aunque firme, tiene una calidez que no esperaba.

—Gracias por invitarme. —le respondo intentando sonar tranquila, aunque siento un leve temblor en mi voz, que me esfuerzo en disimular.

Se acerca y me ofrece una copa de champán. Nos miramos en silencio unos segundos antes de que alce su copa y brindemos.

—Por el futuro —me dice, sin añadir nada más y yo le dedico una sonrisa antes de dar un trago a mi copa.

Empezamos a cenar en un ambiente que al principio parece un tanto formal. Los primeros temas de conversación giran en torno a detalles del contrato y en generalidades sobre el castillo y la empresa. Sin embargo, a medida que el champán empieza a fluir y los temas formales se agotan, noto que algo en la atmósfera cambia y se vuelve mucho más íntima. Entre un sorbo de champán y otro, Alex baja la guardia y se inclina hacia adelante, mirándome con atención. Sus ojos, de un gris tan intenso que parece reflejar las mismas Highlands, me observan con un interés que me hace sentir cada vez más expuesta.

—No sé mucho de ti—dice en voz baja, y hay algo en su tono que parece más sincero de

lo que esperaba—. No quiero que te sientas obligada a hablar de nada personal, pero me gustaría conocerte un poco más, fuera de los términos de este acuerdo.

Su comentario me pilla por sorpresa y sonrío, no del todo segura de cómo responderle. Siento que esta cena ha empezado a ir en una dirección que no esperaba y hay una parte de mí que no tiene muy claro si es bueno o peligroso.

—No es que haya mucho que contar —respondo encogiéndome de hombros—. Mi vida era bastante normal hasta hace poco … Supongo que últimamente ha sido más una sucesión de decisiones complicadas y bueno, ya ves, aquí estoy —acabo diciéndole al tiempo que clavo mi mirada en la suya con una sonrisa cómplice.

Él me observa con atención y en sus ojos veo algo que parece un intento de comprensión y de empatía.

—A veces, las mejores historias empiezan justo cuando creemos que no tenemos nada interesante que contar. —La suavidad de su voz y la forma en la que me mira, tan intensa y firme, me hace sentir que, de algún modo, sabe más de mí de lo que imagino.

Sonrío y bebo otro sorbo de champán con la certeza de que esta es la primera vez en mucho tiempo, que alguien me hace sentir así: interesante, una persona a quien merece la pena escuchar. A medida que seguimos hablando, él se abre un poco más también y me deja ver su lado más humano, uno que no había mostrado antes. Es un detalle sutil, pero me da la sensación de que no soy la única que está nerviosa.

—Sé que este acuerdo tiene que ser extraño para ti también —digo de repente, como si las palabras se hubieran escapado de mi garganta—. Pero… siento que te lo tomas en serio y eso me tranquiliza,

—Créeme, es importante para mí. Y también lo eres tú —responde con una seriedad que no esperaba.

Sus palabras me hacen desviar la mirada, porque siento que el ambiente se ha vuelto demasiado íntimo, aunque en el fondo me gusta. La mezcla de champán y la calidez de la chimenea parecen haber creado una atmósfera que ninguno de los dos controla por completo.

Cuando acabamos de cenar, nos levantamos de la mesa. No quiero admitirlo, pero me siento un poco mareada, entre el champán y la intensidad de la conversación. Él me sugiere dar un paseo, y yo, con una sonrisa y sin pensarlo demasiado, acepto. Caminamos juntos, en silencio, hasta llegar a un rincón donde la luz del fuego proyecta sombras alargadas.

—Eden… —dice de repente en voz baja e íntima.

Me detengo y cuando levanto la vista, me encuentro con su mirada gris, que me observa como si intentara descifrar algo oculto en mí. Su expresión es seria, pero en sus ojos hay un destello que me hace sentir un nudo en el estómago. No digo nada, no porque no quiera, sino porque siento que cualquier palabra en este momento sobraría. Él da un paso hacia mí y, en ese instante, el espacio entre nosotros desaparece. Siento el calor de su mano sobre mi cintura, la firmeza de su cuerpo cerca del mío y cómo mi respiración se acelera. No sé si es el champán o simplemente la atracción que he intentado ignorar, pero cuando él inclina la cabeza y sus labios rozan los míos, todo en mí se rinde. Es un beso suave al principio, explorador, pero pronto se vuelve más profundo y cargado de una pasión, que parece haber estado contenida desde el momento en el que le di mi respuesta. Mis manos recorren su pecho y él me sostiene con una intensidad que me hace sentir segura, como si en este instante no existiera nada más que nosotros dos. Me pierdo en sus caricias, en la calidez de su piel y en la sensación de que esta noche nos pertenece.

La velada continúa, y a medida que nos acercamos, siento que todo lo que nos ha traído hasta aquí se desvanece, dejándonos solo a él y a mí, sin formalidades ni barreras. Alex me sostiene y sus manos recorren mi espalda con una delicadeza inesperada, casi como si temiera romper el momento. Noto cómo su respiración se mezcla con la mía y el calor de su piel, tan cercana, crea una conexión en la que cada caricia parece tener su propio significado. Mis dedos exploran sus hombros y bajan lentamente por sus brazos, sintiendo la firmeza de cada uno de sus músculos. Su mirada me atrapa y en sus ojos grises veo algo más profundo, algo que parece revelar la vulnerabilidad que ambos escondemos.

Me dejo guiar por él, siguiendo el ritmo pausado de sus movimientos, y con cada beso siento cómo se va desvaneciendo la tensión que ambos hemos acumulado. Cada susurro nos envuelve en una intimidad que parece desafiar la formalidad de nuestro acuerdo y al rendirme entre sus brazos, me doy cuenta de que lo que estamos compartiendo va más allá de lo que había imaginado. Nos deshacemos de la ropa del otro poco a poco, hasta que, desnudos y expuestos sobre la alfombra del salón frente a la chimenea encendida, hacemos el amor. Él me tumba de espaldas sobre la mullida alfombra y se coloca entre mis piernas, mientras seguimos besándonos y acariciándonos. Me besa con ansia para luego hacer descender sus labios suaves y gruesos por mi cuello. Yo acaricio sus hombros con mis manos, mientras él se introduce en mí, con suavidad, pero de manera profunda. Mi cuerpo se abre a él y lo recibe húmedo y caliente. Acompasamos nuestros gemidos, dejándonos llevar por el placer que nos regalamos el uno al otro. Mi mirada se ancla a la suya y me dejo llevar por la explosión de placer que me invade y poco después él se vierte en mi interior llenándome con su miel. Seguimos abrazados mientras recuperamos el resuello y sin dejar de mirarnos con los ojos entreabiertos, para instantes después volver a besarnos y dejarnos llevar por la pasión de nuevo.

A medida que el amanecer comienza a insinuarse en el horizonte, lo miro y siento que algo ha cambiado en mí después de habernos entregado el uno al otro durante toda la madrugada. Esta noche ha sido más que un paso en nuestro acuerdo; ha sido el inicio de algo que aún no comprendo, pero que me hace sentir viva.

# Capítulo 5

## Alex

El castillo me parece distinto desde la noche en el que todo se me fue de las manos. Como si el eco de su risa y el recuerdo de sus caricias estuvieran impresos en cada rincón de este lugar que, hasta hace poco, consideraba solo una extensión de mi deber. Hoy, el taxi que trae a Eden traspasa las puertas del castillo, y el peso de todo lo que representa su llegada se instala en mí con más fuerza de la que esperaba. Ella viene a cumplir con el acuerdo que firmamos, pero desde el instante en que me propuse ofrecerle mi propuesta, algo cambió entre nosotros.

Desde la ventana de mi despacho, veo el coche detenerse en el patio empedrado. Eden desciende con su porte habitual, sencillo y elegante. Lleva un abrigo gris oscuro que le llega hasta las rodillas, y aunque lleva el pelo recogido, algunos mechones se escapan de su coleta y le dan un aire de frescura y naturalidad que me encanta.

Mientras bajo las escaleras para encontrarme con ella, respiro hondo, intentando recuperar la calma que, desde aquella noche, parece escaparse de mi control al tener a Eden cerca. Decido que seré formal y correcto; porque debo recordar que esto que nos une no es más que un acuerdo. Sin embargo, mi firmeza parece disolverse cada vez que sus ojos verdes se encuentran con los míos.

—Eden —la saludo con voz tranquila, aunque dentro de mí siento un ligero temblor que me esfuerzo en disimular—. Bienvenida —añado con una sonrisa.

—Gracias—responde y noto en sus labios una leve sonrisa, que, aunque intento evitarlo, consigue desarmarme.

El mayordomo se adelanta para recoger sus maletas mientras Eden observa el amplio vestíbulo con una mezcla de asombro y algo de nerviosismo. Sus ojos recorren las paredes de piedra, las vigas de madera y los techos altos. Es evidente que la imponente arquitectura del castillo y el silencio solemne que reina en el lugar le abruman.

—Este lugar es increíble —murmura con una sonrisa dibujada en sus labios y sin apartar la vista de los detalles de lo que nos rodea—. Nunca había visto algo así.

—Espero que encuentres te sientas como en casa —le digo, en un tono que intenta ser tranquilizador, aunque en el fondo sé que este castillo es cualquier cosa menos un refugio de calma para quien, como yo, carga con su historia.

Ella asiente y noto un destello de incertidumbre en sus ojos. Sé que intenta parecer tranquila, pero sus manos aferrándose al asa de su bolso le traicionan.

Le hago un recorrido por el castillo para que se familiarice con el que va a ser a partir de ahora su nuevo hogar. La llevo a la biblioteca, mi espacio preferido de todo el castillo, donde las estanterías de madera oscura y la chimenea encendida aportan una calidez que contrasta con el

clima frío de las Highlands. La observo mientras se detiene a mirar los libros y recorre el espacio con una curiosidad casi infantil. Ese entusiasmo me resulta desconcertante y al mismo tiempo refrescante. Supongo que esa dualidad, que se complementa tan bien, es algo más que me atrae de ella.

—Este lugar tiene algo especial —dice, mirando el fuego que crepita en la chimenea—. A pesar de lo enorme que es, transmite paz.

—Es un lugar que exige respeto —respondo, y en mis palabras se nota una seriedad que proviene de la carga familiar con la que siempre he cargado. La familia MacNeil tiene una historia de siglos y, con ella, una serie de responsabilidades que aprendí a asumir desde niño y que forman parte de mi ADN.

Seguimos avanzando y llegamos a su habitación. He decidido que se instale en el ala del castillo donde está mi dormitorio, una elección que he intentado justificar de forma práctica, pero que ahora me parece una decisión tan inevitable como peligrosa, por lo cercana que está a la mía. La habitación de invitados, que es la que será para ella, es amplia y acogedora, con una gran cama con dosel, muebles de madera tallada y grandes ventanales, que ofrecen una vista impresionante de las montañas que rodean el castillo.

—Es preciosa. Gracias —me dice, girándose para mirarme, y en su mirada noto una sinceridad que logra desarmarme.

—Quiero que te sientas cómoda —le respondo, y aunque intento sonar neutral, una parte de mí se da cuenta de que mis palabras tienen un matiz más personal de lo que deberían.

Eden se acerca a la ventana y apoya una mano en el marco, observando el paisaje de montañas y el cielo gris que se extiende al otro lado. Me quedo en silencio, contemplándola, y en ese instante siento la necesidad de ofrecerle algo más que un simple acuerdo, aunque sé que hacerlo sería traspasar un límite que juré no cruzar, por lo que me obligo a contener mis instintos.

—Alex… —su voz es suave, casi un susurro—. Gracias por darme esta habitación tan bonita.

—No tienes nada que agradecerme. Esto es tan importante para mí como lo es para ti —le digo, y noto cómo sus hombros se relajan al escucharme.

Nuestras miradas se encuentran y, por un instante, el ambiente se vuelve demasiado íntimo. Sin embargo, intento recordar la promesa que me hice: no dejar que mis emociones interfieran y mantenerme al margen con el objetivo claro de nuestro acuerdo: tener un heredero.

Más tarde, durante la cena, el ambiente se vuelve algo más relajado. La mesa, que habitualmente solo se usa para cenas formales y reuniones familiares, me parece distinta al compartirla con ella. Hablamos de temas triviales, pero cada vez que nuestros ojos se encuentran, siento que nuestras miradas guardan algo más profundo, una atracción latente que ambos intentamos disimular, pero que cada vez nos resulta más difícil de lograr.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo sería vivir de otra forma? —me pregunta con curiosidad.

—¿A qué te refieres? —inquiero, intentando mantener la compostura, aunque sus palabras despiertan en mí una inquietud que no esperaba.

—Me refiero a una vida menos rígida y atada a responsabilidades que parecen inquebrantables —explica y su tono refleja una empatía que me desconcierta.

—Para mí, esta vida no fue una elección. Es… lo que siempre he conocido. —Intento que mis palabras suenen frías y distantes, aunque en el fondo sé que su pregunta ha tocado una fibra sensible en mí.

Ella asiente y en sus ojos noto que me entiende. No me juzga, simplemente me observa, y eso me hace sentir inesperadamente expuesto.

La cena termina y la acompaño hasta su habitación. Caminamos por el pasillo en penumbra, y cada paso parece resonar en el silencio del castillo. Al llegar a la puerta de su dormitorio, me detengo.

—Gracias por todo. No esperaba que… fuera tan fácil. —Su voz es baja, pero en su tono noto un agradecimiento real, uno que hace que mi deseo de acercarme a ella se haga casi insoportable.

—No tienes nada que agradecer. —Intento mantenerme firme, aunque siento que mis palabras esconden algo más que cortesía.

Nos quedamos en silencio, mirándonos en la penumbra del pasillo, y siento que mi esfuerzo para conservar la distancia, que intento mantener entre nosotros, se vuelve cada vez más frágil. La atracción entre ella y yo es innegable, y aunque sé que debería despedirme, dar media vuelta y retirarme, me resulta imposible moverme de donde estoy. En ese momento, Eden me dedica una sonrisa tenue, un gesto que, aunque sutil, despierta en mí un deseo de acercarme a ella, romper la distancia que hay entre nosotros y besarla.

—Buenas noches —susurra finalmente.

—Buenas noches, Eden —respondo y en mi voz noto un leve temblor, que me indica que esto no se quedará aquí.

Ella entra en su habitación y cierra la puerta con suavidad. Yo me quedo solo en el pasillo, rodeado por el eco de su despedida y el peso de todo lo que he intentado reprimir. Continuo unos segundos allí, respirando hondo, consciente de que lo que siento por ella se ha convertido en algo que no podré continuar manteniendo a raya por mucho tiempo.

# Capítulo 6

# Eden

El silencio del castillo me envuelve con una intensidad que me resulta abrumadora. Cada rincón parece tener una vida propia, como si las paredes mismas estuvieran susurrando secretos de siglos pasados. Intento convencerme de que estoy aquí porque quiero, que acepté este acuerdo sabiendo lo que implicaba, pero a medida que camino por los corredores oscuros y observo las obras de arte que cuelgan en las paredes, empiezo a sentir que quizás no he calculado del todo el peso de mi decisión.

El castillo es una obra de piedra y madera tallada, tan imponente que hace que me sienta casi insignificante aquí dentro. Sigo el largo pasillo que conecta la biblioteca con la galería de arte. La luz de las lámparas titila sobre los retratos de personas que vivieron siglos antes que yo, con rostros severos y miradas penetrantes, que tengo la sensación que me juzgan en silencio. Cada cuadro parece estar lleno de vida y, al mismo tiempo, de una especie de solemnidad que me hace sentir como si estuviera invadiendo un espacio sagrado donde no soy bien recibida. Intento concentrarme en otra cosa, en cualquiera que alivie el peso de la opulencia que me rodea, pero mis pensamientos vuelven constantemente a Alex. Desde que acepté este acuerdo, cada día que pasa me resulta más intrigante, como si detrás de su expresión calmada se ocultara una serie de emociones que él se empeña en enterrar. Lo veo en sus gestos, en la forma en que evita hablar de sí mismo y en cómo parece estar siempre autocontrolándose, aunque a veces su mirada le traiciona y me da la sensación de que quiere explicarme algo, aunque nunca acaba de decirlo.

Llego a la biblioteca, un lugar impresionante, una estancia llena de libros antiguos que parecen haber pertenecido a generaciones enteras de MacNeil, y siento el peso de sus historias y de sus pensamientos plasmados en palabras. Por un instante pierdo la mirada en los títulos que se alinean en las estanterías. Paso los dedos por algunos de los lomos y me detengo en un par de ellos, casi como si estuviera saludando a los desconocidos habitantes de este castillo. Entonces, una pequeña fotografía en un rincón de la estantería llama mi atención. Me detengo, entrecerrando los ojos para observarla mejor, y al comprender lo que estoy viendo, siento un escalofrío que me recorre de arriba abajo. No, no puede ser. No me creo lo que estoy viendo. Frente a mí, tengo una foto mía. Una imagen en la que estoy sonriendo, sin saber que alguien me está haciendo una foto. Miro la imagen con el ceño fruncido, incapaz de entender por qué está aquí. ¿Por qué Alex tiene una foto mía en un lugar tan personal y privado como este?

Mi confusión se mezcla con la gran incomodidad que me invade. La foto no parece estar allí de forma casual, como si fuera un elemento más de la decoración. Está colocada en un rincón discreto, pero está ahí. No sé si sentirme halagada o intimidada, y la duda sobre sus verdaderas intenciones comienza a crecer en mi mente. Sin pensarlo, cojo la foto y la observo con atención, como si examinándola de cerca pudiera encontrar alguna respuesta.

Escucho pasos en el pasillo, y giro la cabeza justo a tiempo para ver que es Alex que está

entrando en la biblioteca. Su mirada se fija de inmediato en la foto que sostengo en la mano y, por un instante, veo que un destello de incomodidad aparece en su expresión, aunque intenta ocultarlo rápidamente.

—¿Qué hace esta foto aquí? —pregunto, intentando que mi voz suene serena, aunque sé que el desconcierto es evidente en mi tono.

Él se acerca despacio, manteniendo la compostura, pero noto cómo su mirada evita la mía por un instante antes de fijarse en la imagen que sostengo entre mis manos. Parece estar pensando qué responder, o quizá valorando hasta qué punto está dispuesto a abrirse conmigo.

—Es solo una foto —responde finalmente, como si eso fuera suficiente explicación.

—¿Solo una foto? —repito, sintiendo que mi tono sube ligeramente de volumen. No es la respuesta que esperaba, y mi incomodidad se convierte en frustración tras escuchar su respuesta—. Alex, esto no es una simple fotografía. Es mía, y no entiendo ni cómo ni por qué está aquí.

—Hay cosas que prefiero no explicar —dice y en su voz noto una frialdad que no había sentido antes.

Me quedo observándolo, intentando descifrar qué hay detrás de sus palabras, pero su cara ahora se ha convertido en una máscara que no deja traslucir nada. La tensión entre nosotros es palpable y siento una mezcla de rabia y desazón, que me obliga a apartar la mirada antes de volver a colocar la foto en su lugar.

—Olvídalo —murmuro, dejando que el peso de la decepción se escuche en mi voz. Sin decir nada más, me doy media vuelta y salgo de la biblioteca, dejándolo ahí, acompañado solo por sus propios secretos.

Siento como el malestar comienza a trepar desde mi estómago hasta llegar a mi garganta. No sé si es el ambiente opresivo del castillo, la actitud distante de Alex o simplemente los nervios de estar aquí, pero con cada paso que doy me siento más mareada. La opulencia de las paredes, la seriedad de las estatuas y los retratos, todo parece cerrarse a mi alrededor, como si este lugar me estuviera juzgando y recordándome que no soy una de ellos.

Subo las escaleras hacia mi habitación, con la sensación de que mi mareo se vuelve más intenso con cada escalón. Apenas alcanzo la puerta de mi dormitorio, corro hacia el baño antes de que las náuseas se conviertan en algo imposible de contener. Me inclino sobre el lavabo y dejo que mi cuerpo se desahogue, sintiendo cómo la tensión acumulada se va liberando en forma de un malestar que me deja exhausta.

Cuando termino de vomitar, respiro hondo y me miro en el espejo. Mis ojos están enrojecidos por el esfuerzo y mi cara refleja el cansancio de alguien que lleva demasiado tiempo intentando mantener una calma que no siente. Me lavo la cara con agua fría, en un intento inútil de sentirme mejor, pero mi reflejo en el espejo sigue mostrándome una imagen que no reconozco del todo. Regreso a la habitación y me dejo caer en el borde de la cama. Miro a mi alrededor y observo el lujo que me rodea y no tengo la menor duda de que el peso de esta nueva vida, que he aceptado, me sobrepasa.

¿Es esta realmente la vida que quiero?

¿Voy a poder vivir rodeada del misterio y de los secretos de Alex?

Mis pensamientos vuelven a la foto y a la manera en que él ha evitado darme una respuesta clara. ¿Qué significa esa imagen para él? ¿Por qué la tiene en la biblioteca? Y lo que es más importante, ¿por qué se niega a hablar de ello? Siento que esta relación y el acuerdo que hemos firmado se están construyendo sobre una base demasiado inestable y eso no me gusta

nada.

# Capítulo 7

# Alex

El castillo parece respirar una quietud extraña esta noche, aunque desde que Eden ha llegado, hay una tensión en el aire, que antes no estaba. Camino por el pasillo en penumbra, oyendo el eco de mis pasos que reverberan en las paredes de piedra. Cada cuadro parece observarme con miradas serias y ceños fruncidos, como si mis antepasados quisieran recordarme la importancia de lo que se espera de mí. Pero hoy, más que nunca, el peso de sus miradas inquisitivas me resulta insoportable.

Me dirijo hacia el comedor y allí me encuentro con Eden, que ya está sentada a la mesa. Lleva un vestido azul oscuro que resalta el brillo de sus ojos verdes, esos ojos que logran perturbar la compostura que he logrado mantener a raya durante toda mi vida. Al mirarla, siento una punzada en el pecho. No es solo la belleza que transmite, sino la forma en que, sin saberlo, ha logrado infiltrarse en los muros que siempre me han rodeado.

—Espero que te sientas un poco más cómoda —digo, acercándome a la mesa y sirviendo vino en su copa. Mis dedos rozan los suyos de manera accidental, y ese simple y leve contacto es suficiente para encender una chispa que ambos intentamos ignorar. Por un segundo, sus ojos se encuentran con los míos, y el tiempo parece detenerse.

—Cada día es un poco más fácil —responde con un tono sereno.

La cena comienza de manera formal, hablamos del tiempo, de las vistas que tiene desde su habitación y de los rincones del castillo que aún le quedan por explorar. Pero todas las frases y pausas de nuestra conversación están cargadas de una tensión que ninguno de los dos menciona. A pesar de mis intentos por mantener la distancia, mis ojos buscan a los suyos de manera inconsciente, y cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento una sacudida que me desarma.

—Este lugar tiene una historia increíble —me dice después de mirar a nuestro alrededor. La luz de la lámpara del techo ilumina su cara y acentúa la delicada curva de sus mejillas y el brillo de sus labios.

—La tiene —admito, esforzándome por mantener un tono neutral. Sin embargo, mi mente vuelva a la foto que encontró en la biblioteca y a la incomodidad de aquella conversación. Sé que debería explicarle por qué tengo su fotografía ahí, pero hacerlo implicaría abrir una puerta que aún no estoy listo para cruzar.

De pronto, ella aparta la mirada y se lleva una mano al estómago y palidece ligeramente.

—¿Estás bien? —pregunto, levantándome de la silla al instante.

—Sí, es solo… no lo sé, creo que algo no me sienta bien —responde con una media sonrisa que intenta ocultar su incomodidad.

—Ven, te acompañaré a tu habitación —le ofrezco extendiendo la mano para ayudarla a levantarse. El contacto de su piel en la mía es un recordatorio doloroso de la noche que compartimos, de cómo su cuerpo se encajó perfectamente con el mío, y de las emociones que

estoy luchando por mantener bajo control al volver a tenerla tan cerca.

El trayecto hacia su dormitorio lo hacemos en silencio. La penumbra del pasillo, el crujir de las maderas bajo nuestros pasos y el murmullo del viento en el exterior crean una atmósfera casi íntima. Cuando llegamos, ella se sienta en el borde de la cama y me mira con ojos agradecidos, pero agotados.

—Gracias. No quería que te preocuparas por mí. Sé que este acuerdo… —Hace una pausa y baja la mirada, como si las palabras se le escaparan de los labios sin quererlo—, sé que no esperabas esto.

—No tienes por qué disculparte. Esto es importante y tú también lo eres —respondo, con voz más suave de lo que esperaba. Me sorprende la sinceridad de mis palabras y me pregunto si ella nota la vulnerabilidad que esconden.

Nos quedamos en silencio unos segundos y aprovecho para recorrer su cara con mi mirada y trato de memorizar cada detalle: la curva de sus labios, la sombra de sus pestañas, la curva perfecta de su barbilla... Es un silencio cargado de cosas no dichas y de emociones, que ninguno de los dos parece dispuesto a admitir.

—Deberías descansar —añado, aunque la idea de marcharme me resulte casi insoportable.

—Lo haré —murmura en apenas un susurro.

Sin saber por qué, me inclino y dejo que mi mano roce su mejilla, un gesto instintivo que no logro contener. Ella cierra los ojos al sentir mi contacto y, por un momento, todo el castillo, con sus expectativas y su legado, desaparece. Solo estamos ella y yo, en una intimidad que parece un error, pero que también me resulta lo más natural del mundo.

—Que descanses —le digo al fin, retirando la mano y obligándome a dar un paso atrás.

—Buenas noches —responde, abriendo los ojos y mirándome con una intensidad que me hace sentir más expuesto de lo que jamás me he sentido.

Me giro y salgo de la habitación antes de que la necesidad de quedarme me supere y se imponga. Camino por el pasillo, sintiendo el eco de mis propios pasos como un recordatorio de la distancia que debo mantener con Eden. Pero en el fondo sé que esa distancia es cada vez más difícil de sostener y soportar. Lo que empezó como un acuerdo frío y racional, se está convirtiendo en algo que no puedo controlar, y la idea de seguir ignorando lo que siento, empieza a parecerme una batalla perdida. Especialmente después de lo que sucedió de forma totalmente imprevista aquella primera noche.

Cuando llego a la biblioteca, me dejo caer en una de las sillas junto al fuego. La foto de Eden sigue allí, en el rincón donde la vio, como un testigo silencioso de todo lo que está cambiando. La observo, y la culpa y el deseo se entrelazan en mi pecho. Sé que ocultar cosas no es el camino, pero admitir la verdad es un riesgo, que aún no estoy seguro de querer correr.

El fuego chisporrotea con su murmullo constante y yo me quedo ahí, con la mirada perdida en el baile incesante de las llamas, consciente de que estoy a punto de cruzar un punto de no retorno. Y en ese instante, me doy cuenta de que estoy dispuesto a hacer frente a lo que venga, aunque ello implique desafiar todo lo que siempre he conocido

# Capítulo 8

# Eden

Los últimos días han sido una sucesión de mareos y náuseas que me hacen sentir muy débil. La opulencia del castillo, que al principio me parecía un entorno intimidante pero fascinante, ahora se cierne sobre mí con un peso distinto. Las paredes de piedra parecen observarme, y el silencio, roto solo por el crujir de la madera y el eco de mis propios pasos, me da una sensación de aislamiento que crece con cada día que pasa.

Alex ha notado mi malestar y, aunque intento disimular para no preocuparle, él no deja pasar una sola oportunidad para recordarme que necesita que cuide de mi salud. La última vez que le resté importancia a mis náuseas, su expresión se endureció y me miró con esos ojos grises que parecen atravesarme. Su tono firme, sin dejarme margen para la réplica, fue suficiente para que aceptara ir al médico. Por eso, hoy estoy en esta consulta, con Alex sentado a mi lado, más inquieto de lo que jamás lo había visto.

La sala de espera está en penumbra, iluminada solo por una lámpara que proyecta una luz cálida sobre las paredes de madera oscura. Alex tamborilea con los dedos sobre su rodilla, un gesto que traiciona la aparente calma de su postura. De vez en cuando, sus ojos se encuentran con los míos y me lanza una mirada cargada de preocupación.

—Todo irá bien —me susurra.

—Lo sé —respondo, aunque no estoy tan segura de que sea verdad.

El médico, un hombre de aspecto afable y voz grave, me recibe con una sonrisa que intenta infundirme la confianza que no siento. La consulta comienza con preguntas rutinarias, y yo respondo con la cabeza a medias en sus palabras y a medias en el latido rápido de mi corazón. Alex está sentado en la silla junto a la mesa del doctor, con los brazos cruzados y la mirada fija en mí, como si con solo observarme pudiera protegerme de lo que sea que esté por venir.

—Señorita Fraser, me alegra informarle que no le sucede nada grave. —El médico sonríe y se toma un segundo para observar mi reacción—. Lo que le pasa es que está embarazada.

La palabra se queda flotando en el aire, reverberando en mi mente. Siento cómo mi respiración se entrecorta y busco los ojos de Alex, que ahora están muy abiertos, con el efecto de lo que acabamos de escuchar desdibujando su expresión serena. Un silencio tenso se instala en la habitación. No sé qué decir ni cómo procesar lo que acabo de escuchar. Una noche, una única noche con Alex y todo ha cambiado.

—¿Embarazada? —repito, más para darme tiempo a asimilar la noticia que por necesitar la confirmación del doctor.

—Así es. Y según los análisis, está de muy poco tiempo, por lo que es vital que descanse y cuide su salud —continúa el médico, ahora con un tono más profesional—. Deberá de tener especial cuidado.

Mientras escucho al doctor hablar, siento como si estuviera en un sueño del que no sé si quiero despertar. Alex se adelanta un paso, con sus ojos fijos en los míos con una mezcla de incredulidad y algo más que en este momento no soy capaz de descifrar.

El trayecto de regreso al castillo lo hacemos en silencio. Miro por la ventana del coche, observando cómo las montañas se alzan majestuosas, indiferentes a mi pequeño terremoto personal. El cielo está cubierto de nubes y la brisa agita las ramas de los árboles, como si el mundo conspirara para recordarme que nada es tan constante como pensaba.

Al llegar, Alex baja del coche y me abre la puerta. Sus gestos son precisos y cuidados, como si temiera que el más mínimo desliz pudiera quebrar la frágil situación en la que nos encontramos. Camino tras él hacia el interior y la familiaridad del castillo me reconforta y me asfixia al mismo tiempo. Margaret, la ama de llaves, nos observa desde el vestíbulo con una sonrisa tenue, como si intuyera que algo importante ha cambiado.

—Señorita Fraser, si necesita algo, no dude en pedirlo —me dice y su tono amable me arranca una pequeña sonrisa, que apenas consigo mantener.

Alex me mira y en sus ojos leo una mezcla de preocupación y algo más profundo, una sombra que no había notado hasta ahora.

—Eden, ven conmigo al salón —me pide, con una voz que intenta ser suave, pero que lleva la firmeza de quien necesita respuestas.

Le sigo, y nos sentamos en el amplio sofá frente a la chimenea. Las llamas proyectan sombras en las paredes, creando un juego de luces que parece bailar al compás de los latidos de mi corazón. Alex se sienta a mi lado, tan cerca que puedo percibir el leve aroma a madera y especias de su perfume.

—Sé que esto es difícil de asimilar, y no tienes que hacerlo sola —dice en voz baja.

—No sé qué sentir, Alex. No esperaba... que sucediera de forma tan rápida. —Las palabras salen entrecortadas de entre mis labios, y cuando lo miro, veo que está tan afectado como yo.

—Yo tampoco, pero voy a estar a tu lado. Quiero que lo sepas —responde y la sinceridad en su voz me desarma.

El peso de la conversación y la calidez de la chimenea empiezan a ser demasiado para mí. Me levanto y camino hacia la ventana, necesitando un respiro, un espacio para ordenar mis pensamientos. Siento sus pasos acercándose y, sin querer, mi cuerpo se tensa.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta, y al girarme hacia él, veo que su expresión ha cambiado. Ya no es solo la preocupación que veo en su gesto, hay algo más, una especie de ternura que no esperaba de él.

—Solo estoy intentando asimilar todo esto —respondo, tratando de mantenerme firme.

# Capítulo 9

## Alex

Estoy en la biblioteca, mi santuario particular, donde las sombras de los libros y la danza del fuego en la chimenea parecen envolverme en una calidez que se contrapone al peso que llevo en el pecho. Eden aparece en el umbral y se sorprende al encontrarme, aunque su expresión se suaviza cuando nuestras miradas se encuentran. Lleva un jersey de lana que le queda grande y unos vaqueros oscuros.

—No quería interrumpir —dice, con una sonrisa tímida que ilumina sus ojos verdes.

—No interrumpes. Ven, siéntate conmigo —respondo, haciéndole un gesto hacia el sofá frente a la chimenea.

Ella se sienta y se arropa con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, mirándome con una mezcla de curiosidad y cautela. La luz del fuego proyecta reflejos en su cabello y, por un momento, me sorprendo observándola sin reservas, olvidando que debería mantenerme a cierta distancia.

—¿Siempre pasas las noches aquí? —me pregunta con la mirada perdida en las llamas danzantes.

—Cuando necesito ordenar mis pensamientos, sí —admito y dejo que mi mirada se deslice también hacia el fuego—. Esta habitación siempre me ha dado una especie de consuelo y de paz.

Ella asiente, como si comprendiera más de lo que creo. Las llamas chisporrotean y nos envuelven en un calor cómodo que, sin embargo, no logra disipar la tensión que noto dentro de mí. Hay algo en esta noche y en su proximidad, que me lleva a querer abrirme y contarle cosas que nunca he dicho en voz alta.

—De niño solía venir aquí cuando mi padre... cuando todo se volvía demasiado —digo de pronto, sin pensar en las consecuencias de compartir algo tan personal. La sorpresa en los ojos de Eden es evidente, pero no dice nada, solo me escucha—. Él es un hombre de principios rígidos. Un MacNeil de la vieja escuela, como dirían algunos —me río amargamente clavando mi mirada en el fuego—. Cree que todo debe hacerse con disciplina, sin dejar espacio a las debilidades.

No esperaba que esas palabras salieran de mis labios tan fácilmente, pero el gesto comprensivo de Eden y la forma en que sus ojos buscan los míos como si quisieran entender más de lo que digo, me da el empuje que necesito para continuar.

—Supongo que por eso esta biblioteca era mi refugio. Aquí podía ser yo mismo, leer e imaginar que había algo más allá de los muros del castillo y del legado de mi familia —confieso con la voz teñida de un matiz que no había planeado mostrar.

—Debió de ser difícil —murmura ella, y su tono es suave, cargado de una empatía que me resulta a la vez reconfortante y dolorosa. La veo morderse el labio inferior, como si dudara si

debe continuar hablando—. Pero... también creo que eso te ha hecho ser quién eres ahora.

—Puede ser —admito, con un leve encogimiento de hombros. Mis ojos se clavan de nuevo en las llamas y, por un segundo, veo el rostro de mi padre reflejado en el fuego. Inhalo y el peso en mi pecho parece aflojarse un poco—. Lo que nunca me enseñaron fue cómo manejar lo que siento, porque para mis padres mostrar las emociones es sinónimo de debilidad. Y, sin embargo, aquí estoy, compartiendo esto contigo —añado, girando la cabeza para mirarla.

Eden me devuelve la mirada y en sus ojos veo una calidez que me atrapa. Ella se inclina un poco hacia mí, como si fuera a decirme algo, pero se detiene y simplemente me observa, dándome el espacio que ahora mismo necesito.

—Alex, lo que cuentas... —Su voz se quiebra ligeramente, y veo que busca las palabras adecuadas—. Eso no es debilidad, al contrario, es lo que te hace humano. Y creo que tienes derecho a sentir y mostrarlo, aunque sea aquí, conmigo.

El nudo en mi garganta se aprieta y me siento expuesto, vulnerable. Pero al mismo tiempo, noto un alivio que no había experimentado en años. Saber que alguien como ella, con su espíritu libre y su manera de ver la vida, puede entenderme, me reconforta más de lo que creía.

—Gracias —digo en voz baja y con sinceridad.

La tensión en mis hombros desaparece poco a poco. Sin pensarlo, dejo que mi mano roce la suya, un contacto apenas perceptible, pero suficiente para que ambos nos quedemos inmóviles por un segundo. Sus dedos responden y, aunque ninguno de los dos se mueve, la chispa que se enciende entre nosotros es innegable.

# Capítulo 10

# Eden

El aire de la noche tiene una calma que contrasta con el torbellino que siento en el pecho. Me quedo en el sofá después de la conversación con Alex, repitiendo sus palabras dentro de mi cabeza. Hay algo en la manera en que se ha abierto, en cómo su voz temblaba al recordar su infancia, que ha logrado derribar las últimas barreras que mantenía para protegerme de él. Ahora mismo siento un nudo en mi estómago, que está hecho de esa mezcla de ternura y algo que no quiero poner en palabras por miedo a darle más peso del que ya tiene.

Alex se levanta y camina hacia la chimenea. La luz anaranjada del fuego ilumina su perfil y acentúa las líneas de su rostro, serias, pero con un atisbo de vulnerabilidad que rara vez muestra. Por un momento, solo observo cómo el resplandor juega sobre su piel y cómo el silencio se extiende entre nosotros, pesado y cargado de promesas.

—Eden —su voz profunda y baja interrumpe mis pensamientos —. No tienes que quedarte aquí si prefieres descansar.

—No quiero irme —respondo antes de poder pensar en lo que estoy diciendo. La sorpresa en su mirada me hace sonreír de manera involuntaria. Y entonces lo siento: la chispa que se enciende entre nosotros, esa conexión que parece inquebrantable, como si todo en este momento estuviera a punto de cambiar.

Alex se acerca a mí con pasos lentos y me fijo en la manera en que sus hombros parecen relajarse cuando se detiene a pocos centímetros de mí. Sin saber por qué, siento la necesidad de cerrar los ojos y esperar. Cuando lo hago, su mano se posa suavemente en mi mejilla, cálida, y un escalofrío me recorre la espalda. Abro los ojos y los suyos, con ese gris que parece contener secretos y emociones no expresadas, me observan con una intensidad que hace que todo a mi alrededor desaparezca.

—Eres diferente a lo que esperaba —murmura, como si su confesión le saliera de lo más profundo.

—¿Eso es bueno? —respondo, buscando un tono ligero que se desvanece en cuanto sus dedos trazan un camino lento por mi mandíbula.

—Mucho más de lo que imaginas —responde, y antes de que pueda replicar, sus labios rozan los míos, apenas un roce que se acaba convirtiendo en un beso profundo, cargado de una pasión contenida durante demasiado tiempo.

Me dejo llevar por el momento y por la calidez de sus manos que se posan en mi cintura y me acercan más a él. Nuestras respiraciones se mezclan y de pronto el peso del contrato, las dudas y las reglas desaparecen. Todo lo que queda somos él y yo enredados en una intimidad que me resulta natural y necesaria. Mis dedos buscan el borde de su camisa y la deslizan por sus hombros y él me responde con un suspiro que hace eco en el silencio de la estancia. Nos movemos sin prisa. La textura de su piel bajo mis manos y el latido de su corazón, que siento

cuando nuestros cuerpos se acercan, me envuelven en una sensación de pertenencia que no esperaba encontrar aquí. El fuego de la chimenea proyecta sombras que parecen danzar a nuestro alrededor, testigos de una noche que sé que será difícil de olvidar.

Cuando nos dejamos caer sobre el sofá, riendo suavemente por la torpeza de un momento tan cargado de emoción, siento su mirada sobre mí y lo que veo no es solo deseo; hay algo más profundo, algo que me hace temer que esto sea mucho más que un simple acuerdo.

—Eden, esto... —empieza a decir, pero le coloco un dedo sobre los labios, temiendo que cualquier palabra rompa la burbuja en la que nos hemos sumido.

—No hablemos ahora —susurro, y él asiente, abrazándome con una ternura que nunca imaginé que sería capaz de transmitirme.

Antes de que pueda responder, sus labios rozan los míos, despacio al principio, como si quisiera saborear el momento, y pronto la suavidad se transforma en una urgencia que me deja sin aliento. Sus manos encuentran mi cintura y me acercan más a él, eliminando la distancia que hasta ahora habíamos mantenido. Mi piel se enciende bajo el tacto de sus dedos, que trazan un camino desde mi cintura hasta la curva de mi espalda.

Respondo a su beso con la misma pasión, deslizando mis manos por su cuello y enredando los dedos en su cabello. El peso de sus emociones, esa mezcla de deseo y necesidad contenida es tan intenso que hace que el tiempo se detenga. Las preocupaciones y el acuerdo que nos une quedan relegados a un rincón de mi mente, eclipsados por la manera en que su cuerpo se funde con el mío.

Alex me alza con facilidad y, sin romper el contacto de nuestras bocas, me tumba de espaldas, y se inclina sobre mí, con los ojos clavados en los míos mientras sus manos recorren cada centímetro de mi piel. Sus caricias son firmes y seguras, pero a la vez cuidadosas. La calidez del fuego ilumina nuestras siluetas, reflejando el brillo de su piel y el movimiento de nuestros cuerpos. Cada una de nuestras caricias son una rendición a lo que nos hemos intentado negar durante tanto tiempo. Mis manos exploran su espalda, sintiendo la tensión de sus músculos mientras se mueve conmigo, susurrando mi nombre en un tono que hace que cada fibra de mi ser se estremezca. El ritmo de nuestros cuerpos se intensifica, y todo lo demás se desvanece hasta quedar reducido a este instante, a la forma en que nuestros cuerpos se entienden sin necesidad de palabras. La pasión que compartimos es algo más que física; es la unión de dos almas que han encontrado un refugio en el otro, aunque solo sea por esta noche.

Alex se mueve dentro de mí con ansia. Mi cuerpo se abre sediento de él, mientras me penetra de forma intensa y profunda. Nuestras bocas siguen besándose hasta que Alex empieza a descender hasta mis pechos, hinchados y sensibles, juega con mis pezones erectos y sigue descendiendo hasta llegar a mi sexo, hinchado y ansioso de su lengua. Juega con su lengua en mi clítoris y con sus dedos. Me penetra con dos de ellos, mientras con su lengua no da tregua a mi centro de placer hasta que consigue que un profundo y arrollador orgasmo se escape de mi garganta. Satisfecho, me mira a los ojos aún entre mis piernas, mientras yo sigo invadida por el placer. Poco después y sin dejar que recupere el aliento, me muestra su tremenda erección y su punta rosada y húmeda. Se masturba para acto seguido volver a penetrarme de una sola y certera vez. Sus caderas bombean con fuerza y con un ritmo endemoniado, hasta que, sin dejar de mirarme, se vacía dentro de mí.

Después nos quedamos quietos por un momento, escuchando el latido acelerado de nuestros corazones, que resuena en la quietud de la habitación. Alex apoya su frente en la mía y sonríe.

—Esta noche... —murmura, dejando la frase en el aire, como si no necesitara terminarla.

Asiento, incapaz de encontrar palabras que puedan expresar lo que siento. Esta noche, más que cualquier otra, sé que algo ha cambiado entre nosotros, aunque todavía no sepa qué significará al amanecer. Aunque tengo claro que esto ya no puede ser solo un acuerdo, no cuando siento que una parte de mí ya no me pertenece del todo.

# Capítulo 11
# Alex

Me despierto con la primera luz del día insinuándose entre las cortinas y llenando la habitación con una calidez que me resulta incómoda. El aire aún conserva el rastro de noche y el peso de lo que sucedió sigue atrapado en mi pecho, resistiéndose a desaparecer. Me giro, y ahí está Eden, dormida, con la respiración suave y tranquila. Su cabello se derrama sobre la almohada en una maraña oscura y sedosa, y la curva de sus labios se relaja en una sonrisa casi imperceptible. La observo por un instante y siento cómo algo se retuerce en mi interior. Es una sensación que va más allá de la simple atracción y del acuerdo que firmamos, a pesar de que este debería marcar límites claros y fríos de nuestra relación.

El reloj marca las seis y media, pero los minutos parecen arrastrarse. Me deslizo fuera de la cama con cuidado para no despertarla. Cuando mis pies tocan el suelo frío, un escalofrío recorre mi espalda. En la penumbra, recojo mi camisa y mi pantalón del suelo y me visto con la rapidez de alguien que teme ser descubierto. Cierro la puerta tras de mí con un leve clic y respiro hondo. Las sombras del castillo me envuelven y, por un momento, siento que me observan, juzgándome por lo que he hecho, por lo que he permitido que suceda… de nuevo. Camino sin rumbo fijo, como si el simple hecho de moverme pudiera alejarme de lo que siento. Cada paso resuena en las paredes de piedra, recordándome que no tengo escapatoria de lo que yo mismo he iniciado con Eden.

Cuando llego a mi despacho y me dejo caer en la silla, oigo cómo el cuero cede bajo mi peso con un crujido familiar. Me obligo a fijar la mirada en los documentos desordenados que tengo sobre el escritorio: contratos, informes, cartas... Todo parece perder su relevancia en comparación con la maraña de pensamientos que se enreda en mi cabeza. Mis dedos tamborilean sobre la madera, mientras intento concentrarme en el informe financiero que tengo delante, pero la imagen de Eden, de su piel contra la mía y de sus ojos llenos de un deseo que reflejaba el mío, se cuela entre las cifras y las palabras. Sacudo la cabeza, tratando de apartar esta sensación, pero no es tan sencillo. Me he permitido demasiado, lo sé.

Un golpe en la puerta me saca de mis pensamientos. Hamish, mi asistente, entra con su expresión seria e imperturbable, como siempre.

—Señor MacNeil, la reunión con los inversores ha sido confirmada para las diez. ¿Desea que revise algún detalle en particular antes de la reunión?

—Gracias, Hamish. No, no es necesario. ¿Algo más?

—Por el momento, nada más, señor —responde, con una leve inclinación de cabeza antes de cerrar la puerta.

El silencio regresa a mi despacho, pero no es el mismo. Es un silencio que late con las cosas que no quiero decir en voz alta, con la incertidumbre que Eden ha sembrado en mí. Me levanto y camino hacia la ventana. Las montañas se alzan majestuosas en la distancia, indiferentes a mis dilemas. Siempre han estado ahí, constantes y seguras, recordándome que la herencia de los MacNeil es lo que debo proteger. Pero ahora, ese deber me pesa de una manera nueva para mí.

Un rato después, salgo a desayunar al salón. Eden se sienta al otro extremo de la mesa, y, por un momento, nuestras miradas se cruzan. En sus ojos veo preguntas, tal vez las mismas que me he estado haciendo desde que me he despertado. Pero, en lugar de hablar, ambos nos refugiamos en la formalidad de las conversaciones triviales, en el ruido del servicio que entra y sale y en los murmullos del personal que se esconde en las esquinas.

—¿Te has levantado temprano? —pregunta, y noto cómo su voz tiembla un poco, como si también sintiera la distancia que se ha impuesto entre nosotros de repente.

—Tenía trabajo pendiente —respondo con un tono frío en mi voz, que me duele más de lo que esperaba. Pero es necesario que sea así. Debo recordarme que todo esto comenzó con un propósito, uno que no debe confundirse con lo que anoche se llevó de nuevo por delante.

Margaret, la ama de llaves, se acerca con una bandeja de fruta y la deja en la mesa, Eden la mira y sonríe, pero su atención vuelve a mí tan pronto como Margaret se retira. Hay una fragilidad en su mirada que no había visto antes, una que me hace desear borrar todo rastro de mis propias reservas y acercarme a ella, abrazarla y decirle que lo que sucedió de nuevo anoche entre nosotros me hace inmensamente feliz.

—Creo que voy a dar un paseo por los jardines después —dice, y noto que intenta sonar despreocupada, aunque no lo consigue.

—Me parece bien. El aire fresco te sentará bien —contesto, sintiendo cómo mis propias palabras me arañan la garganta.

Cuando acaba de desayunar, se levanta y se lleva con ella la calidez que había comenzado a llenar el salón. La observo marcharse, notando la tensión en sus hombros y la manera en que sus pasos se aceleran cuando cree que no la miro. Cuando la puerta se cierra tras ella, me dejo caer en la silla, sintiendo que la distancia que intento mantener entre nosotros se ha convertido para mí en un abismo insalvable.

Pasan las horas y la reunión con los inversores se convierte en un eco distante de números y proyecciones. Todo sigue, pero mi mente permanece atrapada en la imagen de Eden, en su risa y en la manera en que sus labios pronunciaron mi nombre entre jadeos.

¿Realmente es lo correcto mantener la distancia entre nosotros?

Dejo que la tarde pase en un vaivén de pensamientos y obligaciones, hasta que la necesidad de salir del despacho me empuja a caminar sin rumbo por mis propiedades. Al final, mis pasos me llevan al jardín, donde la encuentro sentada en un banco de piedra y absorta en el paisaje de las montañas que nos rodean. Cuando se da cuenta de que me acerco a ella, sus ojos se encuentran con los míos, y todo lo que he intentado mantener bajo control parece resquebrajarse.

—¿Podemos hablar? —pregunto, con un nudo en la garganta.

—Sí, claro —responde, aunque en su mirada identifico una mezcla de sorpresa y algo más, algo que se parece demasiado al reflejo de mis propios sentimientos. Trago saliva con la certeza de que la distancia que tanto me he esforzado en mantener durante todo el día se desvanece.

# Capítulo 12

# Eden

Estoy en la sala de estar, sentada junto a una de las grandes ventanas e intento concentrarme en un libro que he abierto por una página al azar. Las palabras se difuminan ante mis ojos mientras mi cabeza se dispersa, atrapada en un torbellino de pensamientos que no consigo apaciguar. Desde anoche, cuando Alex y yo volvimos a entregarnos el uno al otro, todo parece haber cambiado entre nosotros.

El sonido de la puerta principal al cerrarse me saca de mis pensamientos. Levanto la mirada y, a través de la entrada, veo aparecer a una mujer alta y elegante. Su larga melena rubia, un impecable traje gris y sus tacones resuenan con un ritmo seguro sobre el suelo de piedra del castillo. Todo en ella transmite una confianza y un control que me resulta intimidante. Me levanto del sofá y me acerco hasta la entrada para ver mejor la escena. Al instante, Alex cruza el vestíbulo con un paso rápido y se detiene frente a ella. No hay sorpresa en su expresión, porque por la familiaridad con la que se saludan, me da la sensación de que se conocen bien. La mujer le sonríe con complicidad, aunque él le responde con un gesto tenso.

—Alex, ha pasado demasiado tiempo —dice ella con una voz clara y modulada, cargada de familiaridad.

Cada palabra que pronuncia parece envolverlos en una burbuja de complicidad a la que no pertenezco. Me quedo inmóvil, observando la escena con una sensación de incomodidad que cada vez es mayor. La mujer lo mira con una intensidad que me hace apartar la mirada, como si estuviera invadiendo un momento privado, en el que sobro.

—Bianca, no esperaba verte aquí —responde Alex, y noto cómo su tono se vuelve frío, casi distante, aunque hay algo en su postura que sugiere que esta visita no le resulta indiferente.

Bianca.

El nombre resuena en mi cabeza e intento encajar las piezas de este puzzle de incertezas. Recuerdo haber escuchado algo de ella de los labios de Alex. Si no estoy equivocada, esta tal Bianca es una abogada de renombre, ex de Alex y alguien a quien nunca había imaginado conocer en persona.

—Tampoco yo esperaba venir —dice ella con un ligero encogimiento de hombros, y su mirada se desvía hasta mí por primera vez. Sus ojos me recorren de arriba abajo, evaluándome con una frialdad que me hace sentir pequeña, fuera de lugar y noto como mis mejillas arden—. Pero ya ves, las circunstancias cambian.

Asiento con una sonrisa tensa, sin saber qué decir. Alex se da cuenta de la incomodidad y se gira hacia mí.

—Eden, ella es Bianca. Bianca, Eden.

—Encantada —murmura ella, aunque el tono de su voz sugiere lo contrario. La manera en que me mira, con un destello de desdén, es suficiente para que mi confianza, ya de por sí tambaleante, se resquebraje un poco más.

El silencio se impone y me siento como una intrusa en mi propio espacio. Alex parece captar la tensión y da un paso hacia mí, como queriendo suavizar el momento.

—Bianca ha venido por temas del bufete —explica y, aunque su voz es neutral, percibo un matiz que me hace preguntarme qué clase de relación hubo entre ellos en el pasado.

—Espero no interrumpir nada importante —dice ella, volviendo a centrar su atención en Alex con una sonrisa.

—No, claro que no —responde él, aunque la mirada que me dirige parece decir lo contrario.

—Si me disculpáis, tengo cosas que hacer —murmuro forzando una sonrisa antes de marcharme. La presión en mi pecho aumenta con cada paso que doy y, cuando finalmente me encuentro sola en el pasillo, dejo escapar el aire que he estado conteniendo durante todo este rato.

Camino hasta la biblioteca, buscando refugio en el único lugar que me hace sentir segura en este castillo. Me dejo caer en una de las sillas y cierro los ojos, tratando de calmar la maraña de emociones que me envuelve. La imagen de Bianca, segura y perfecta, se repite en mi cabeza y, con ella la certeza de que no pertenezco a ese mundo que Alex y ella parecen compartir de forma tan natural.

Los minutos pasan y la sensación de inquietud no desaparece de mí. No sé cuánto tiempo ha transcurrido cuando oigo unos pasos que se acercan. Me tenso, esperando que sea Alex, pero es Margaret quien aparece en el umbral de la puerta.

—Señorita Eden, ¿todo bien? —pregunta con un tono amable la anciana, aunque en su mirada veo un atisbo de preocupación.

—Sí, solo necesitaba un momento a solas —respondo con una sonrisa forzada.

—Entiendo. Si necesita algo, estaré cerca.

Cuando Margaret se marcha, me quedo sola de nuevo, rodeada de silencio. Las dudas se acumulan dentro de mi cabeza y me obligo a enfrentarme con la realidad que tengo ante mí: estoy aquí por un acuerdo, un contrato que firmé consciente de lo que implicaba, pero que no imaginé que se complicaría de esta manera. Ver a Bianca me ha recordado que, para Alex, todo esto puede que sea solo una formalidad, un trámite necesario para asegurar su legado. Y yo... solo soy un medio para un fin.

El sonido de voces en el pasillo me saca de mis pensamientos. Me acerco a la puerta y oigo a Alex y Bianca hablando en un tono que, aunque no es hostil, tiene una intimidad que me incomoda.

—¿Estás seguro de que esto es lo correcto, Alex? —la voz de Bianca llega hasta mí con una mezcla de preocupación y algo más que no sé si quiero saber.

—No es asunto tuyo —responde él con una frialdad en su voz que me sorprende.

—Siempre me importará lo que te pase, ya lo sabes.

El silencio que sigue es ensordecedor. Me aparto de la puerta, porque me siento una intrusa, más fuera de lugar que nunca.

# Capítulo 13

## Alex

Los papeles sobre mi escritorio parecen fundirse en un borrón de palabras y cifras. Intento centrarme en los informes que tengo delante, pero la voz de Bianca retumba en mi cabeza. «Estás poniendo en peligro la imagen de la familia», me ha dicho, con ese tono frío y calculador que siempre ha usado cuando quiere hacerme ver que está en lo correcto. Respiro hondo, intentando sacarme de encima la presión que oprime mi pecho, pero no lo consigo.

El despacho, mi refugio habitual, parece haberse encogido. No puedo evitar preguntarme si mi abuelo o mi padre flaquearon de la misma manera que yo lo estoy haciendo en este momento. ¿Qué pensarían de mí ahora, que estoy atrapado entre el deber y el deseo?

Hamish entra sin avisar y me saca de mis pensamientos.

—Señor MacNeil, la señorita Bianca desea verle. Está en el salón —anuncia, con su habitual tono comedido.

—¿Otra vez? —pregunto extrañado.

—Sí, dice que es importante hablar con usted —me informa y aprieta los labios.

Asiento y me levanto de mi asiento. La mención de su nombre provoca un nudo en mi estómago. No tengo escapatoria. Sigo a Hamish por los pasillos, sintiendo el eco de mis pasos acompañándome como un recordatorio constante de la conversación que está por venir con ella.

Bianca está de pie junto a la ventana, con la luz perfilando su figura impecable. Su traje gris le sienta tan bien como su aire de seguridad. Se gira al oírme entrar, y en su cara se dibuja una media sonrisa.

—Alex, tenemos que hablar —comienza de forma directa y sin preámbulos.

—¿Otra vez? —respondo, apoyándome en el respaldo de una silla, intentando aparentar una calma que no siento.

—Sí, no te lo tomes a mal, pero debes ser consciente de lo que está en juego. Esta... relación con Eden —su nombre, en sus labios, suena como una acusación—, podría ser el punto de partida de un escándalo. Y lo sabes.

Me mantengo en silencio, dejando que sus palabras se asienten entre ella y yo. Sé que, en parte, tiene razón, pero también sé que lo dice por motivos que van más allá de la mera protección del legado de mi familia.

—Bianca, lo que ocurra o no con Eden no es algo que debas juzgar tan ligeramente —replico, manteniendo la mirada fija en ella.

—No es un juicio, es un hecho. Cualquier rumor podría desestabilizar lo que tanto has trabajado por mantener. Las alianzas, las inversiones, la reputación... —su voz se endurece—. Y Eden no es alguien que encaje en este mundo.

Cada una de sus palabras es como un golpe calculado en la boca de mi estómago. Me aparto de la silla y me acerco a la ventana, buscando el aire que parece haberse agotado en la

sala.

—No tienes idea de lo que implica para mí —digo, sin apartar la vista del paisaje que se extiende al otro lado del cristal. Las montañas, siempre firmes, parecen ofrecerme un refugio que ahora no encuentro.

Bianca suspira y se cruza de brazos.

—Si no controlas esto, otros lo harán por ti. Y no te gustará ni un pelo, Alex.

Su advertencia queda flotando en el aire mientras ella se marcha, dejando tras de sí un vacío que me pesa como una losa. Me quedo allí, con la mandíbula apretada y las manos cerradas en puños, deseando que las cosas fueran más sencillas.

Horas después, cuando el castillo comienza a sumirse en la penumbra, decido salir de mi despacho. Necesito escapar de la opresión de las paredes y del eco de las palabras de Bianca, que continúan retumbando dentro de mi cabeza. Camino por los pasillos, dejándome llevar por la inercia, hasta que me encuentro con Eden observando un cuadro con la cabeza ligeramente inclinada. La tranquilidad que irradia me atrapa y, por un instante, me olvido de todo lo que me preocupa. Se gira y me descubre observándola. La sorpresa en su mirada se suaviza rápidamente, dando paso a una expresión que mezcla ternura y curiosidad.

—Alex —dice, y su voz suena como un bálsamo en medio del caos que me invade.

—Eden —respondo, con más suavidad de la que esperaba.

Nos quedamos en silencio, mirándonos. Ella se muerde el labio inferior, un gesto nervioso que hace que mi corazón se acelere. Siento la necesidad de acercarme, de tocarla y de decirle que todo irá bien, aunque ni yo mismo esté seguro de ello. Pero me mantengo en mi sitio, la distancia entre nosotros es la única barrera que me queda para protegernos.

—¿Está todo bien? —pregunta, dando un paso hacia mí. Sus ojos buscan una respuesta que no estoy preparado para darle.

—Sí, solo necesitaba despejarme un poco —miento, aunque la falsedad de mis palabras me pesa.

Ella asiente, pero no parece que mis palabras le convenzan. La cercanía hace que sienta el calor de su piel, el perfume suave que lleva y que me resulta tan familiar. El silencio se extiende y me esfuerzo por mantener el control.

—Sé que las cosas no son fáciles —dice de repente, bajando la voz—. Pero quiero que sepas que, pase lo que pase, estoy aquí.

Lo que acaba de decir me desarma. Quiero acercarme, borrar la distancia que me separa de ella y dejar que todo lo demás desaparezca. Pero las palabras de Bianca vuelven a mi mente como un recordatorio implacable.

—Gracias —susurro al fin, intentando que mi voz no traicione lo que siento.

El momento se alarga y en su mirada percibo un brillo de decepción. Antes de que pueda arrepentirme, doy un paso atrás.

—Buenas noches —añado, antes de girarme y alejarme por el pasillo. Cada paso que doy me duele, pero sé que ahora no puedo permitirme ceder.

Cuando llego a mi habitación, me detengo y respiro hondo, apoyando la cabeza contra la fría pared. Mi corazón late con fuerza y me recuerda que la lucha entre el deber y el deseo no ha hecho más que empezar.

# Capítulo 14

# Eden

No he podido dormir durante toda la noche pensando en la visita de ayer de Bianca, por lo que me levanto decidida a hablar directamente con ella. Así que, cuando Alex se marcha a trabajar, aprovecho para salir del castillo.

Cuando entro al bufete de abogados de Bianca, lo hago con la cabeza bien alta, aunque el nudo en mi estómago y las náuseas que me provoca amenazan con deshacer mi seguridad. Las paredes de cristal y el mobiliario minimalista reflejan la frialdad que asocio con ella. Las miradas curiosas de los trabajadores se posan en mí mientras avanzo, y un murmullo sutil llena el ambiente. Mis pasos resuenan sobre el suelo de mármol, firmes, aunque el corazón me late con fuerza.

—Buenos días. Me gustaría hablar con la señorita Bianca, por favor —le ruego a la recepcionista, que me mira de forma escrutadora.

—¿Tiene una cita? —pregunta con una sonrisa ensayada.

—No, pero estoy convencida de que la señorita Bianca me recibirá —respondo con más seguridad de la que siento. La voz me sale firme, como un reflejo de la determinación que me esfuerzo en mostrar.

La recepcionista duda un instante antes de asentir y tomar el teléfono. Miro alrededor mientras espero, notando cómo la luz blanca y las líneas rectas refuerzan la sensación de frialdad y distancia que impregna todo el lugar. Las paredes de cristal parecen formar una barrera, y me doy cuenta de que no es solo una cuestión arquitectónica: es una metáfora de lo que estoy segura que significa Bianca en la vida de Alex y, ahora, también en la mía.

—Puede pasar, señorita Fraser —dice al fin, señalándome una puerta de roble oscuro.

Me acerco a la puerta, sintiendo cómo el pulso me retumba en las sienes. Empujo con suavidad y encuentro a Bianca de pie junto a una estantería, hojeando un documento con la misma calma imperturbable que parece que acostumbra a acompañarla siempre. Levanta la mirada al oírme entrar y, por un instante, sus cejas se alzan en una mezcla de sorpresa y fastidio.

—Eden. No esperaba verte aquí —dice, dejando el documento en la mesa con un gesto calculado. Su voz es tan afilada como una hoja y me recuerda por qué estoy aquí.

—Necesito hablar contigo —respondo, cerrando la puerta tras de mí. Mi voz suena más decidida de lo que esperaba, aunque dentro de mí la tensión crece por momentos.

—¿Sobre qué? —pregunta, cruzando los brazos sobre el pecho. Su traje gris impecable y su postura desafiante refuerzan su imagen de mujer que nunca pierde el control y que siempre tiene la última palabra.

—Sobre tus insinuaciones y comentarios. No voy a permitir que juegues con mi vida ni con lo que hemos construido Alex y yo —respondo, notando cómo la rabia se filtra en mi voz. Es una ira que lleva gestándose desde el momento en el que la vi en el castillo y que sigue

alimentada por cada mirada de desdén y por cada frase cargada de veneno que ha lanzado contra mí.

Bianca sonríe, pero es una sonrisa vacía, hueca.

—¿Lo que has construido? —repite, con sorna, como si mis palabras fueran una broma de mal gusto—. Eden, quiero que entiendas algo. Los MacNeil no son simplemente una familia; son una institución. Y todo aquel que se acerca a ellos debe estar dispuesto a pagar un precio. ¿Crees que tú vas a ser la excepción?

Su pregunta me descoloca, pero no permito que lo note. Mantengo la mirada firme, aunque por dentro siento que una corriente de dudas empieza a arrastrarme.

—¿Qué quieres decir? —respondo, tratando de mantener la calma.

Bianca suspira y se acerca a la ventana, con la mirada perdida en el tráfico que se mueve como un enjambre bajo nosotros. Durante un momento, el silencio en la habitación es tan denso que parece tener peso propio. Me preparo para escuchar una de sus advertencias, una frase que arranque la poca seguridad que he conseguido reunir.

—Hubo un tiempo en que yo también creí que podía ser parte de ese mundo sin perderme en el proceso. Alex y yo... —hace una pausa, y por primera vez veo un destello de algo parecido a la vulnerabilidad en su mirada—. Pero nunca fui suficiente. La familia siempre quiso algo más, algo que yo no podía ofrecer.

Su revelación cae como una piedra en un estanque, creando ondas que alteran todo lo que creía saber. Intento mantener la compostura, pero sus palabras se clavan en mí, sembrando dudas que había intentado enterrar. Durante unos segundos, sus palabras flotan en el aire, entrelazándose con mis propios miedos y temores.

—¿Crees que soy diferente? —pregunto en un susurro, casi sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

Bianca se gira y sus ojos se clavan en los míos con una mezcla de pena y desafío.

—No lo sé. Pero, si algo tengo claro, es que, para ellos, nadie lo es. Lo que Alex quiera o sienta no importa si va en contra de lo que se espera de él.

El dolor se mezcla con mi rabia. Las dudas se agolpan, y de repente, el peso del contrato que firmamos parece insignificante en comparación con la realidad que se despliega ante mí.

—Puede que tengas razón, Bianca. Pero si algo he aprendido es que no se trata solo de lo que la familia espera, sino de lo que uno está dispuesto a sacrificar por lo que realmente importa —respondo, notando cómo la determinación se abre paso entre mi confusión.

Bianca me observa en silencio durante unos segundos que me parecen eternos. La frialdad de su mirada se suaviza un poco, pero solo lo justo.

—Buena suerte con eso... La necesitarás —responde, con una voz que ahora suena más cansada que hiriente.

Sin decir más, me doy la vuelta y salgo del despacho. La puerta se cierra tras de mí con un clic sordo, y el aire frío del pasillo me golpea de lleno, despejando parte de la tensión que se había acumulado en mi pecho. Avanzo sin rumbo fijo, pasando de largo las miradas curiosas y los susurros de los empleados. Cada paso me aleja de Bianca y sus advertencias, pero las palabras que ha dejado flotando en el aire siguen ancladas en mi mente, susurrando miedos que ahora se han instalado en mi pecho.

Salgo del edificio y respiro hondo, dejando que el aire fresco y húmedo de la calle me llene los pulmones. El bullicio de la ciudad me rodea, un recordatorio de que la vida sigue, de que hay algo más allá de las paredes de ese bufete y las sombras del castillo de los MacNeil.

Camino sin rumbo, permitiéndome unos minutos de desconexión antes de volver al castillo. Necesito procesar lo que Bianca me ha dicho, entender si realmente tiene razón o si es solo su forma de envenenar todo lo que tiene que ver con Alex. Pero algo en su mirada y en la forma en que ha mencionado su propio pasado, me dice que hay más verdad en sus palabras de que me gustaría.

Cuando finalmente regreso al castillo, el crepúsculo se cierne sobre las piedras antiguas, tiñéndolas de un color gris melancólico. Cruzo el umbral y siento la familiaridad de las paredes que, aunque frías, empiezan a ser parte de mi vida. Margaret me saluda con una inclinación de cabeza, y su sonrisa amable es una pequeña ancla en medio de mi tempestad interna.

—Señorita Fraser, ¿todo bien? —pregunta, con un tono que denota su preocupación.

—Sí, solo necesitaba aire —respondo, esbozando una sonrisa débil.

Subo las escaleras hacia mi habitación, pero antes de llegar, me encuentro con Alex. Su expresión se suaviza al verme, pero sus ojos reflejan la preocupación que lleva días ocultando. Por un momento, nuestras miradas se encuentran y el silencio entre nosotros se llena de todo lo que no hemos dicho.

—¿Dónde has estado? —pregunta, y aunque intenta sonar casual, hay un matiz en su voz que me hace pensar que ha estado preocupado.

—Tenía que resolver algo —respondo, sin darle más detalles.

La sombra de las palabras de Bianca se cierne sobre nosotros, y en sus ojos veo una pregunta muda que no me atrevo a responder. Nos quedamos en silencio y, por un instante, deseo que todo sea tan sencillo como dar un paso hacia adelante y un abrazo que borre las dudas. Pero sé que nada es tan simple.

—Hablaremos luego —digo, rompiendo el contacto visual y siguiendo mi camino.

Cuando llego a mi habitación, cierro la puerta y me dejo caer en la cama. El eco de las palabras de Bianca sigue resonando en mi cabeza, pero también lo hace mi propia voz, firme y decidida. Sé que lo que está por venir no será fácil, pero no pienso dejar que el miedo me robe lo que he empezado a construir junto a Alex.

# Capítulo 15

# Alex

El castillo de mi familia en Fort William siempre ha sido un símbolo de poder y tradición, una imponente estructura de piedra rodeada por colinas y el susurro constante del viento. Las cortinas pesadas y los tapices antiguos que adornan sus paredes parecen congelados en el tiempo, recordándome una y otra vez que mi apellido no es solo una herencia, sino una carga. Hoy, la tensión en el aire es palpable, como si las paredes mismas supieran lo que está por venir.

Me encuentro en el gran salón, frente a mis padres. Mi madre, con su vestido impecable y su mirada fría, se sienta erguida en el sillón más cercano a la chimenea. Mi padre, en cambio, camina de un lado a otro, con las manos cruzadas a la espalda, la mandíbula apretada y los ojos clavados en un punto indeterminado de la estancia.

—Entonces, has encontrado a esa chica —la voz de mi padre resuena como un juicio, cortante y autoritaria. No es una pregunta; es una sentencia.

—Sí, he encontrado a Eden —respondo, esforzándome por mantener la voz firme. El simple hecho de decir su nombre aquí, en esta casa donde todo tiene un peso y un significado, me parece un desafío en sí mismo.

—Sabes lo que eso significa, Alex —interviene mi madre, su tono seco y medido, sin un atisbo de compasión—. Debes olvidarte de ella. Lo que ocurrió antes fue un error, un desliz, pero ahora debes centrarte en lo que realmente importa: nuestra familia y nuestro legado.

El eco de las palabras de mi madre reverbera en mi mente y, por un segundo, un torrente de recuerdos se mezcla con la rabia que crece en mi pecho. No puedo ni quiero volver a ignorar lo que siento por ella.

—No puedo —digo al fin con la voz temblorosa, pero cargada de una determinación que no había sentido antes—. No puedo seguir negando lo que siento, sobre todo ahora que la tengo a mi lado.

La mirada de mi padre se endurece y se detiene en seco sobre mí. Sus ojos grises, tan parecidos a los míos, me perforan con una mezcla de decepción y furia contenida.

—¿Tienes idea de lo que estás diciendo, Alexander? —Su voz es baja, casi un gruñido —. Tener un heredero con una Fraser sería una traición imperdonable al legado de los MacNeil. Nuestra sangre no se mezcla con la de esa familia, no después de todo lo que sabemos.

—Esas historias del pasado deben quedar atrás, padre —replico, sintiendo cómo la indignación se abre paso entre mis palabras—. No somos reyes ni guerreros enfrentados en batallas ancestrales. Somos personas, y Eden... ella es mucho más que un apellido o una enemistad de tiempo atrás.

—Entonces estás dispuesto a jugarte todo —interrumpe mi padre, cruzando los brazos y avanzando hacia mí con pasos firmes sobre la mullida alfombra—. La herencia, la posición social, todo lo que te pertenece por derecho y por nombre. ¿Es eso lo que quieres?

El silencio que se instala entre nosotros se carga de todo lo que no decimos. Mi madre aparta la mirada, el brillo en sus ojos está empañado por una mezcla de resignación y disgusto.

—Si eso significa estar con ella, sí —respondo al fin, en voz baja, pero clara.

Mi padre suelta una carcajada seca, sin humor, y niega con la cabeza. La sombra de su figura se proyecta alargada por la luz del fuego, envolviéndonos a ambos en un juego de luces y sombras que parece ilustrar la batalla interna que late en mi pecho.

—Haz lo que quieras, Alexander. Pero no olvides que cada decisión tiene un precio, y el tuyo podría ser más alto de lo que imaginas.

El eco de sus palabras me persigue cuando me marcho y el peso de su advertencia cae sobre mí sin avisar. Pero, por primera vez, ese peso se equilibra con algo más fuerte, algo que me empuja a avanzar sin volver la vista atrás.

El camino de vuelta a casa lo hago en silencio, interrumpido solo por el rugido del motor y el golpeteo suave de la lluvia en los cristales. La visita a mis padres ha sido todo lo que esperaba y temía: un recordatorio constante de las tradiciones, de lo que significa ser un MacNeil y de las cargas que conlleva. Ahora, mientras la silueta del castillo se recorta contra el cielo gris, una punzada de ansiedad me golpea al pensar en lo que me espera dentro. Eden. Su imagen se materializa en mi mente y la mezcla de su fuerza y su vulnerabilidad que ha hecho tambalear las bases de todo lo que creía inamovible.

Entro en el vestíbulo y dejo el abrigo en manos de Margaret, que me dedica una sonrisa cordial, aunque noto un atisbo de curiosidad en sus ojos. La rutina del castillo continúa como siempre: el repiqueteo de las tazas en el salón, el murmullo de las conversaciones del servicio y el crujido de las viejas escaleras de madera. Sin embargo, hay algo distinto en el ambiente, algo que me hace sentir que el equilibrio precario que he mantenido está a punto de romperse.

Subo las escaleras y, antes de llegar al pasillo que conduce a mi despacho, la veo. Está de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados y la mirada perdida en el horizonte. La lluvia dibuja caminos irregulares en el cristal y refleja su figura de manera casi fantasmal. Me acerco, pero ella no se gira, aunque sé que ha notado mi presencia.

—Has vuelto —dice sin emoción y sin apartar la vista de la ventana.

—Sí —respondo, buscando en su tono una pista de lo que siente.

Eden se gira despacio y nuestras miradas se encuentran. En sus ojos veo una mezcla de tristeza y de una acusación silenciosa que me hace tragar saliva.

—Espero que tu viaje haya sido productivo —su voz suena cortante.

—Sé que estás molesta —empiezo, dando un paso hacia ella, pero su expresión me detiene.

—¿Molesta? —repite, con una risa amarga—. No, Alex, estoy mucho más que eso. Estoy cansada. Cansada de sentir que siempre hay un muro entre nosotros y de que cada vez que doy un paso, tú retrocedes dos. Y ahora, después de lo que Bianca ha insinuado, empiezo a pensar que este... *nosotros*... no es más que una mentira que solo te conviene a ti.

El nudo en mi pecho se aprieta y, durante un segundo, no sé qué decir. La mención de Bianca me hace recordar todas sus advertencias, el peso de la herencia y las expectativas. Pero Eden está aquí, delante de mí, y la posibilidad de perderla supera cualquier otro temor.

—No es una mentira, Eden —mi voz tiembla más de lo que quisiera—. Pero tampoco es sencillo. La responsabilidad de ser un MacNeil no es algo que pueda ignorar, y durante toda mi

vida, ha definido lo que soy y lo que se espera de mí. Nunca planeé enamorarme, nunca me lo he permitido, porque sabía que era un lujo que no podía darme.

Ella me observa con los labios apretados, aunque veo que mis palabras han tocado una fibra sensible, pero no es suficiente.

—¿Y ahora? —pregunta, con la voz rota—. ¿Qué significa todo esto para ti? Porque para mí es más que un contrato, más que un acuerdo frío y calculado.

Doy otro paso, esta vez ella no se aparta. La distancia entre nosotros se reduce y alargo la mano para tocar su cara. Su piel está fría y ese leve contacto me reconforta y me asusta al mismo tiempo.

—Contigo es diferente —confieso, sintiendo que cada palabra que digo es un paso hacia un abismo—. Lo que siento por ti no estaba en mis planes. Me haces cuestionar todo lo que creía saber y eso me aterra. Porque sé que mi familia, mis padres, todo lo que me rodea, no lo acepta.

Sus ojos se llenan de lágrimas que intenta contener y, en ese momento, veo en ella la misma lucha que siento dentro de mí. Ambos estamos atrapados en un juego donde las reglas están escritas desde hace generaciones, pero que con ella deseo romper.

—¿Y qué vamos a hacer? —me pregunta con la voz temblorosa—. Porque no puedo seguir así, no puedo soportar la idea de ser solo un medio para un fin.

La distancia que he mantenido durante tanto tiempo se desmorona. Me acerco y la rodeo con mis brazos, sintiendo cómo su cuerpo se tensa antes de relajarse contra el mío. Respiro su perfume, una mezcla de lavanda y algo que es puramente ella, y cierro los ojos.

—Haremos lo que haga falta —susurro—. Porque perderte sería un precio demasiado alto para mí y es algo que no entra en mis planes.

Nos quedamos abrazados, mientras la lluvia sigue golpeando el cristal.

# Capítulo 16

# Eden

La rutina del castillo transcurre con la precisión de un reloj antiguo, pero para mí, cada día es una prueba interminable. Las primeras luces del amanecer se cuelan entre las cortinas de mi habitación, llenando el espacio de un resplandor gris, que acentúa la frialdad de las paredes de piedra. Me levanto con un peso en el pecho, que no he conseguido aligerar desde la confesión de Alex. Sus palabras siguen repitiéndose en mi mente: «Lo que siento por ti no estaba en mis planes». Respiro hondo y coloco una mano sobre mi vientre. La idea de la vida que crece dentro de mí me infunde tanto miedo como esperanza. Pero la esperanza es un hilo frágil, casi invisible, que se tensa cada vez que pienso en los padres de Alex, en las historias que nunca me han contado y en la sombra que parece cubrir todo lo que tiene que ver con los MacNeil.

Me pongo un vestido sencillo, de lino azul, y bajo al comedor para empezar el día. Margaret, siempre atenta, me dedica una sonrisa amable mientras deposita una bandeja con té y tostadas en la mesa.

—Buenos días, señorita Fraser. ¿Le apetece algo más?

—Esto está bien, Margaret, gracias —respondo, esforzándome por esbozar una sonrisa.

Apenas he tocado la taza de té cuando la puerta se abre y Alex entra. Su presencia llena el espacio con una energía que me hace contener la respiración. Lleva el cabello un poco desordenado y una sombra de cansancio en sus ojos grises. Por un momento, nuestras miradas se encuentran y el silencio se estira entre nosotros como un puente tambaleante.

—Buenos días, Eden —dice, rompiendo la tensión con un tono suave, casi vacilante.

—Buenos días —respondo, intentando que mi voz suene firme, aunque sé que notará el temblor en mis palabras.

Se sienta frente a mí y durante unos segundos ninguno de los dos dice nada. El sonido de la lluvia golpeando las ventanas se convierte en el único testigo de la distancia que ha crecido entre nosotros desde su regreso.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta buscando mis ojos con los suyos, pero desvío la mirada hacia la taza de té.

—Bien. Un poco cansada, pero bien —miento, aunque la verdad es que no he tenido una noche tranquila en semanas.

Alex asiente lentamente y la incomodidad se adueña del aire. No sé cuánto tiempo más puedo aguantar esta situación. Cada vez que trato de apartar mis sentimientos, vuelven a mí con más fuerza, como una ola que no deja de romper contra la orilla. Y ahora, con el bebé de por medio, la lucha interna es aún más desgastante.

—Hay algo que necesito que entiendas —comienza, y su tono se vuelve serio, atrapando toda mi atención. Sus manos se entrelazan sobre la mesa, lo que me revela la tensión que intenta ocultar—. Sé que todo esto es... complicado. Pero quiero que sepas que no estás sola.

Levanto la mirada y encuentro en sus ojos una mezcla de sinceridad y dolor que me desarma. Quiero creerle, me gustaría que esas palabras fueran suficientes para acallar las dudas que no me dejan en paz. Pero no lo son.

—¿Por qué es tan complicado? —le pregunto sintiendo cómo mi voz se rompe al pronunciar su nombre—. Nunca me lo has explicado del todo. Solo sé que tus padres no me aceptan, que hay algo que se interpone entre nosotros.

Él se pasa una mano por el pelo y su mirada se oscurece, como si estuviera decidiendo hasta dónde puede hablar.

—La historia de los MacNeil y los Fraser se remonta a siglos de enemistad, de traiciones y de acuerdos rotos. Para mi familia, mantener la pureza de nuestro linaje es una cuestión de honor. Tener un heredero con alguien de tu apellido sería visto como una traición al legado que tanto se esfuerzan por proteger —explica, y sus palabras, aunque me las ha dicho con suavidad, caen sobre mí como un peso que amenaza con aplastarme.

La respiración se me acelera y siento el calor de las lágrimas ardiendo en mis ojos. De repente, el contrato, el embarazo y la vida que estamos construyendo parece reducido a una simple cuestión de nombres y sangre.

—Entonces, soy solo eso, ¿no? Un medio para un fin, pero un fin que no encaja con lo que ellos esperan —digo, apartando la mirada para no dejar que vea cuánto me afectan sus palabras.

—No, Eden. No eres solo eso —responde y percibo una urgencia en su voz que me hace volver a mirarle—. Si fuera así, nunca habría dejado que esto llegara tan lejos. Nunca te habría confesado lo que siento.

—¿Y ahora qué? —pregunto en un susurro, sintiendo que el nudo que noto en mi pecho amenaza con romperme.

Alex se levanta de la mesa y se acerca a mí. Se arrodilla a mi lado y toma mis manos entre las suyas.

—Ahora, seguiremos adelante juntos. No sé cómo lo haremos ni qué consecuencias tendrá, pero sé que no puedo renunciar a ti.

Las lágrimas que he estado conteniendo se desbordan. Me inclino hacia él y dejo que su abrazo me envuelva, sintiendo que, por un momento, las dudas se disipan y solo quedamos él y yo, luchando por un amor que desafía todo lo que se espera de nosotros.

# Capítulo 17
# Alex

Caminamos en silencio junto al lago, donde las aguas, oscuras y profundas, reflejan el cielo plomizo y el contorno ondulante de las montañas. Eden camina a mi lado y, aunque nuestras manos no se tocan, siento la calidez que emana de su cuerpo, una presencia que llena el espacio entre nosotros con una intensidad que casi puedo tocar.

El sonido de las hojas que crujen bajo nuestros pies es nuestra única compañía, un ritmo constante y sereno que se mezcla con el canto lejano de las aves. Miro de reojo a Eden. Su cabello, ligeramente revuelto por el viento, le acaricia la mejilla y ella lo aparta con un gesto suave. La simplicidad de esa acción y la naturalidad con la que lo hace me hipnotizan. No es la primera vez que la observo así, pero hoy parece distinta, más cercana y al mismo tiempo más inalcanzable.

—Este lugar es precioso —me dice contemplando el espacio que nos rodea.

—Sí, lo es —le respondo mientras observo el paisaje que me ha visto crecer, pero que nunca me había parecido tan lleno de vida como ahora.

Nos detenemos al borde del lago, donde el agua se arrastra perezosa hasta la orilla, acariciando las piedras lisas y frías. Eden se agacha y toma una de ellas, sopesándola en su mano antes de lanzarla con un movimiento ágil. La piedra salta tres veces antes de hundirse y desaparecer en el fondo. Una sonrisa ligera se dibuja en sus labios y yo también la imito.

—Solía venir aquí de niño —digo, sin apartar la vista del lugar donde la piedra se ha sumergido—. Me escapaba cuando la presión de ser un MacNeil se volvía insoportable. Aquí, junto al lago, las expectativas y los apellidos dejaban de importar.

Eden me mira con esa expresión de curiosidad que siempre logra desnudar mis pensamientos. No responde, pero su silencio invita a que continúe.

—Con el tiempo, dejé de venir. Me convencí de que era mejor aceptar el peso de lo que significa ser un MacNeil, que rebelarme contra ello.

—¿Y ahora? —pregunta, sin apartar sus ojos de los míos.

—Ahora... —hago una pausa y dejo que el sonido del agua llene el vacío—. Ahora pienso que tal vez estaba equivocado.

Un viento frío pasa entre nosotros y hace que Eden se estremezca. Sin pensarlo, me acerco y le coloco mi chaqueta sobre los hombros. Su proximidad hace que mi corazón se acelere.

—Alex... —dice mi nombre como si quisiera advertirme, pero no puedo detenerme. El impulso es más fuerte que la razón y, sin esperar su permiso, me inclino y busco sus labios. El primer roce es leve, un tanteo, pero pronto se convierte en algo más, en un beso que no pide, sino que exige y entrega a partes iguales. Ella responde con la misma intensidad y, cuando sus manos se posan en mi cuello, sé que ya no hay vuelta atrás. El mundo que nos rodea se desvanece; la tradición, el apellido y los fantasmas que arrastramos se disipan con el roce de nuestras bocas. Lo único que existe es este momento y todo lo demás no importa. El aire parece cargarse de una electricidad sutil y, cuando nos separamos, ambos respiramos con rapidez, intentando asimilar lo

que acaba de suceder. Sus ojos, llenos de emociones que van desde la sorpresa hasta el deseo, se clavan en los míos.

—¿Qué significa esto? —me pregunta con la voz aún temblorosa.

—Significa que no quiero seguir viviendo una vida que no es mía —respondo, con más convicción de la que había sentido en mucho tiempo—. Significa que quiero una vida contigo y con nuestro hijo, lejos de las sombras de un apellido que ya no me importa tanto como creía.

Ella parpadea y, durante un segundo que se me hace eterno, temo haber hablado demasiado y haber cruzado una línea que la aleje de mí para siempre. Pero entonces, sus labios se curvan en una sonrisa que me hace sentir que, por fin, estamos en el mismo camino.

—Entonces, lucharemos juntos —me dice y su voz es un ancla que me devuelve a este instante que sé que recordaré siempre.

Nos quedamos aquí, al borde del lago, mientras la brisa juguetea con las hojas y el agua refleja un cielo que, aunque gris, me parece más esperanzador que nunca.

# Capítulo 18
# Eden

El aire en el castillo se ha vuelto casi opresivo. La familiaridad que alguna vez he sentido al caminar por sus pasillos ahora me parece eclipsada por un presentimiento que no sé de dónde viene. Alex lleva días distante, con un brillo inquieto en la mirada que no me deja tranquila. Se esfuerza en disimularlo, pero sus respuestas cortas y sus manos, que siempre se entrelazan nerviosas cuando está pensativo, hablan por sí mismas.

Hoy, la lluvia golpea los ventanales con más fuerza que nunca, como si quisiera advertirnos de algo. Margaret me ha preparado un té caliente, pero el calor de la taza apenas logra calmar la inquietud que me invade. La imagen de Alex con la mandíbula tensa y los ojos cansados da vueltas en mi cabeza sin freno. Estoy convencida de que hay algo que no va como debería y la incertidumbre empieza a corroerme.

—¿Señorita Fraser, todo bien? —La voz de Margaret me saca de mis pensamientos. Sus ojos, llenos de preocupación, me observan como si pudieran leer mis pensamientos.

—Sí, gracias —respondo, esforzándome por mantener una sonrisa, aunque sé que no engaño a nadie, y menos a ella. Margaret asiente, pero su mirada se queda fija en mí un segundo más, como si quisiera decir algo, aunque al final se limita a recoger la bandeja y salir del comedor.

Me quedo sola, escuchando el eco de la lluvia y el latido acelerado de mi corazón. La sensación de que algo se me escapa me asfixia. Necesito respuestas o, al menos, una señal que me indique que mis miedos no son más que una fantasía alimentada por la soledad y la incertidumbre. Subo las escaleras con paso rápido y me detengo frente a la biblioteca, el lugar donde Alex suele refugiarse cuando necesita pensar. La puerta está entreabierta y al ver que está vacía, me adentro en la estancia. Supongo que debe ser porque dicen que las embarazadas tenemos el sentido del olfato mucho más agudizado, pero percibo el olor a papel antiguo y cuero impregnado en los muebles que me envuelve mientras entro en la estancia para comprobar si está Alex. Me acerco a una de las ventanas y contemplo el paisaje de las Highlands. Las colinas y el cielo encapotado parecen compartir mi desasosiego, formando un lienzo que refleja la tormenta que se agita en mi interior. Pero cuando más perdida estoy en el paisaje, escucho la voz a mi espalda de Alex, baja y tensa, que interrumpe mis pensamientos.

—No te esperaba aquí —dice desde el umbral con un tono formal y contenido.

—Llevo días buscándote y te haces el escurridizo—replico, intentando que mi voz no suene a reproche, pero la ansiedad se filtra en cada una de mis palabras—. ¿Qué ocurre?

Él entra, cierra la puerta tras de sí y se queda de pie a mi lado. Sus ojos grises, que normalmente encuentro tan claros y directos, hoy están cargados de una sombra que nunca había visto antes. Siento que el silencio que se extiende entre nosotros me ahoga, cada segundo sin hablar ahora se convierte en un peso que no puedo soportar.

—Hay cosas que... complican nuestra situación —murmura, y noto cómo se le tensan los hombros al decirlo.

—¿Cosas? —repito arrugando el entrecejo y con la voz más frágil de lo que me gustaría

—. ¿Qué cosas, Alex? No puedo soportar más este silencio, me estás volviendo loca.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros y el único sonido es el de la lluvia que golpea con fuerza el cristal de la ventana. Alex se pasa la mano por el pelo, un gesto que conozco bien y que me dice que está buscando las palabras correctas, esas que nunca llegan a ser dichas con facilidad. Pero hoy no quiero respuestas medidas, ni explicaciones cuidadosas, quiero la verdad, aunque me duela.

—Henry ha estado aquí —admite al fin, y su nombre resuena en la habitación como un trueno. El primo de Alex, con su sonrisa calculadora y sus palabras llenas de veneno, es la personificación de todo lo que temo de los MacNeil. Mi respiración se acelera y noto cómo la sangre me late en las sienes—. Ha descubierto nuestro acuerdo y amenaza con revelarlo.

El impacto de sus palabras me deja sin aliento. Henry, con su ambición desmedida y su mirada que nunca llega a ser del todo sincera, es un enemigo más peligroso de lo que jamás imaginé.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —consigo preguntar con apenas un susurro cargado de decepción.

—Quería protegerte —me responde y, por primera vez en días, sus ojos se encuentran con los míos, llenos de dolor, culpa y algo más profundo que no sé si quiero nombrar—. Protegerte a ti y al bebé.

El aire se queda atrapado en mis pulmones. No solo por el miedo a lo que Henry pueda hacer, sino por la realidad de que nuestra historia, desde el principio, ha estado marcada por amenazas y secretos. Me siento traicionada, pero al mismo tiempo comprendo la intención detrás de su silencio. Aun así, no es suficiente.

—No puedes protegerme si me dejas al margen —replico y siento cómo las lágrimas arden en mis ojos, a punto de derramarse—. Pensaba que estábamos juntos en esto, pero ya veo que no....

—No sabes de lo que es capaz. Si revela el acuerdo, no solo manchará mi nombre; tú y nuestro hijo seréis las víctimas de su ambición y eso es algo que no puedo permitir —me dice negando con la cabeza.

Las consecuencias de lo que está en juego me golpean con una claridad dolorosa. No se trata solo de nosotros, sino del futuro de nuestro hijo y de la posibilidad de que crezca en medio de una guerra de poder que no pidió. Pero me niego a rendirme y a permitir que el miedo sea mi única respuesta.

—Entonces luchemos juntos —digo y mi voz, aunque rota, suena firme—. Si Henry quiere destruirnos, que sepa que no estamos dispuestos a rendirnos sin luchar.

Los ojos de Alex, que hasta ahora habían estado nublados por la incertidumbre, se iluminan al escucharme. Por fin, vuelvo a ver en ellos la misma determinación que cuando me abrió su corazón junto al lago, cuando por primera vez dejó de lado su papel de heredero para ser solo él, un hombre dispuesto a desafiarlo todo por nosotros.

—Lucharemos juntos —repite, y esta vez, cuando se acerca, siento que el muro que hay entre nosotros empieza a desmoronarse.

Me envuelve en sus brazos y, por un momento, encuentro refugio en su calor, en la promesa de que, pase lo que pase, no estoy sola en esta batalla.

El castillo sigue en silencio, con la lluvia golpeando los ventanales como si quisiera recordarnos que fuera el mundo sigue girando, con sus amenazas y sus intrigas. Pero dentro de estas paredes y envueltos en este abrazo, existe un pequeño universo en el que solo estamos

nosotros y, ahora mismo, eso es suficiente.

Margaret pasa cerca de la puerta y nos mira de reojo, sus ojos cálidos y sabios parecen entender más de lo que dicen. Se retira sin decir nada, dándonos ese momento de intimidad que tanto necesitábamos. Respiro hondo y alzo la mirada hacia Alex.

—No importa lo que suceda, estamos juntos en esto —digo y sé que mis palabras no solo son una promesa, sino un juramento.

Alex asiente, y en sus ojos, por primera vez en mucho tiempo, veo la esperanza que nos ha estado faltando.

—Siempre juntos —susurra, y sus labios rozan los míos en un gesto que es tanto un consuelo como un pacto.

# Capítulo 19

## Alex

El aire en la biblioteca me parece hoy más opresivo de lo habitual, como si las paredes de piedra fueran conscientes del peso de los secretos que ocultan. Me paso una mano por el cabello y dejo escapar un suspiro mientras intento concentrarme en el libro que tengo delante. Las palabras se mezclan y se disipan, incapaces de captar mi atención. El eco de las últimas conversaciones con Eden y las amenazas de Henry me mantienen en un estado de alerta constante e imagino que por eso no soy capaz de concentrarme en nada. El crujido de la puerta al abrirse me hace levantar la mirada. Eden entra con paso decidido, pero sus ojos reflejan una mezcla de cansancio y curiosidad. La sigo con la mirada mientras se acerca, y mi corazón late con fuerza al ver cómo sus dedos rozan el lomo de los libros, como si pudiera encontrar respuestas ocultas entre sus páginas.

—¿Te interrumpo? —pregunta, con una voz que, a pesar de su suavidad, lleva un matiz de desafío.

—No, nunca —le respondo y dejo a un lado el libro que tengo entre las manos.

Eden se detiene frente a una estantería antigua y, con un gesto distraído, aparta un libro que parece fuera de lugar. Al hacerlo, un retrato enmarcado cae al suelo, y el cristal se rompe en mil pedazos. Me levanto de un salto y me acerco a ella.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupado.

—Sí, solo me he asustado —responde, mirando el retrato caído y con una de sus manos sobre su vientre incipiente.

Lo recojo del suelo con cuidado, apartando los fragmentos de cristal que se han incrustado en el marco. La imagen muestra a una mujer de cabello oscuro y ojos profundos, envuelta en un vestido de época, con una expresión enigmática sonriendo a cámara. La observo con atención y algo en su rostro me resulta familiar, como si la conociera de algo.

—¿Quién es? —pregunta Eden, acercándose para observar el retrato con más detalle.

—No lo sé —admito, frunciendo el ceño y encogiéndome de hombros—. Nunca había visto esta fotografía.

Antes de que pueda añadir nada más, la puerta se abre de nuevo, y Margaret entra con una expresión que mezcla sorpresa y preocupación.

—¿Qué ha ocurrido? He oído un ruido... —dice, pero su mirada se detiene en el retrato que sostengo entre las manos. Al verlo, sus ojos se agrandan un poco, y noto cómo su respiración se entrecorta.

—Margaret, ¿conoces a esta mujer? —pregunto, mostrándole la pintura al ver su expresión.

La anciana se queda en silencio durante un momento, que me parece eterno, y luego asiente lentamente. Se acerca y toma asiento en la butaca más cercana a donde estamos, como si

lo que estuviera a punto de decirle le pesara demasiado y necesitara sentarse.

—La conocí por las historias que mi madre me contaba —comienza, con la voz temblorosa—. Ella era Hellen Fraser, una mujer cuyo nombre fue casi borrado de la memoria de esta familia. Su historia es una que pocos conocen, pero que marcó el destino de los MacNeil y los Fraser para siempre.

Eden y yo intercambiamos una mirada de asombro, y me arrodillo frente a Margaret, incapaz de apartar la mirada de su rostro cargado de recuerdos.

—¿Qué pasó con ella? —pregunto, sintiendo que el corazón me late con fuerza.

—Amaba a tu abuelo paterno —me dice Margaret, mirándome con una mezcla de tristeza y nostalgia—. Fue un amor prohibido, uno que desafió las normas de ambas familias. Se conocieron en secreto y se prometieron amor eterno, pero la familia de ella se enteró y lo impidió. Lo que siguió fue un escándalo, una traición... y una tragedia que dejó cicatrices en ambas casas. Hellen fue obligada a casarse con otro hombre y tu abuelo, devastado, nunca volvió a ser el mismo. A partir de entonces, la enemistad entre los MacNeil y los Fraser se convirtió en una cuestión de honor, de legado.

Las palabras de Margaret resuenan en la biblioteca como un eco que revela verdades enterradas bajo capas de silencio y tiempo. La figura en el retrato ahora parece más cercana, más real, y el peso de su historia se instala en mi pecho como un recordatorio de lo frágil que es el amor frente a las convenciones familiares.

—Es por eso que mi familia insiste tanto en la pureza del linaje —murmuro, comprendiendo al fin la raíz de la obstinación de mis padres.

—Sí, y es por eso que Henry cree que puede usarlo en vuestra contra —añade Margaret, dirigiendo una mirada seria a Eden—. Tened cuidado, porque la historia, si no se cuida, tiende a repetirse.

Eden se acerca y toma mi mano con una fuerza que me sorprende. Su gesto es un ancla en medio de la tormenta de pensamientos que se arremolinan en mi mente ahora mismo.

—No estamos solos en esto —susurra, y en sus ojos veo la promesa de que no cometeremos los mismos errores.

—No, no lo estamos —respondo, apretando su mano y sintiendo, por primera vez, que estamos preparados para lo que venga, sin importar el precio que debamos pagar.

El retrato de Hellen Fraser, con su expresión que mezcla desafío y ternura, nos observa desde el suelo. Como un testigo silencioso que nos recuerda que el amor, por más difícil que sea, siempre merece ser defendido.

# Capítulo 20

# Alex

El despacho se inunda de un silencio que solo rompe el crujido ocasional del fuego en la chimenea. Margaret que acaba de entrar al despacho, ha cerrado la puerta con un gesto solemne tras entregarme un manojo de cartas amarillentas, atadas con una cinta que alguna vez fue roja. Esas cartas fueron las que mi abuelo recibía y guardaba de parte de su amada Hellen. Pero cuando fueron descubiertos, la madre de mi abuelo hizo que la madre de Margaret arrojara las cartas al fuego. Por suerte, la madre de Margaret desobedeció a su señora y guardó las cartas a buen recaudo. El peso de estas cartas entre mis manos las siento como mucho más que el de unas simples hojas de papel; porque son la carga de un pasado silenciado, una historia que podría cambiarlo todo.

El aroma a cuero viejo y madera impregnada de historia me rodea mientras desato la cinta con manos temblorosas. Cada carta lleva la misma caligrafía elegante y cuidada: la letra de Hellen Fraser, trazos firmes y llenos de emoción. Al desplegar el primer pliego de papel, siento una punzada de nervios y respeto, como si estuviera invadiendo un secreto que nunca debió ser revelado.

*«Tú y yo nos encontramos una vez más en nuestro refugio. Allí, donde el mundo parecía detenerse, allí me prometiste que no importaba lo que sucediera, porque siempre lucharíamos por lo nuestro. Pero el miedo y las voces de otros se interpusieron...»*

Las palabras se clavan en mi mente como espinas. Imagino a Hellen y a mi abuelo Donald, jóvenes y enamorados, soñando con un futuro que nunca llegó a ser y la rabia y la tristeza se entremezclan en mi pecho. Las imposiciones de nuestras familias no solo destruyeron su amor, sino que forjaron la enemistad que ahora amenaza con repetirse, esta vez sobre nosotros, sobre Eden y sobre nuestro hijo.

Me inclino sobre la mesa, pasando la mirada por el resto de las cartas. En una de ellas, Hellen menciona un lugar en las Highlands: Glenn Slante. Un paraje que describe como su escondite.

El sonido de la lluvia golpea las ventanas, como si el cielo compartiera mi inquietud. Miro al ventanal y, en la penumbra, la silueta del castillo se dibuja sólida y eterna, ajena a las pasiones humanas que han sido silenciadas entre estos muros. Pero ya no puedo permitir que la historia se repita. El nombre de Henry resuena en mi mente como un tambor de advertencia, un recordatorio de la amenaza constante que acecha a nuestra espalda.

Una de las cartas revela más: Hellen escribió sobre la promesa de un futuro juntos, un hogar en Glenn Slante, donde los MacNeil y los Fraser podrían haberse unido de una vez por todas. Pero las mentiras y la presión de los padres de Donald arruinaron ese sueño.

El reflejo de mi rostro en el cristal me devuelve una mirada decidida. Esta historia no se va a repetir. Eden y nuestro hijo merecen más que el peso de un apellido y el veneno de la

tradición.

La puerta de mi despacho se abre de golpe y Eden aparece con el rostro tenso y buscando respuestas.

—¿Qué ocurre, Alex? Has estado aquí encerrado todo el día —dice, con la voz cargada de preocupación.

Me incorporo despacio, dejando que las cartas descansen sobre la mesa. Su mirada se detiene en ellas, y en un segundo lo comprende. Se acerca y sus dedos rozan la esquina de una de las cartas.

—Son de ella, ¿verdad? —pregunta en un susurro. Asiento y, sin dudarlo, le tomo la mano.

—Sí, Eden. Y contienen la verdad sobre lo que les pasó a Hellen y a mi abuelo. Lo que podría haber sido si no fuera por el orgullo y el miedo de nuestras familias.

Sus ojos se humedecen y aprieta mis dedos con fuerza. Me atrevo a pensar que, por primera vez, estamos viendo el pasado con la claridad que nos permite entender nuestro presente.

—Glenn Slante —murmuro, y veo cómo Eden alza la cabeza, intrigada—. Un lugar que Hellen menciona en sus cartas. Un refugio, donde ella y Donald soñaban con un futuro juntos.

Ella me mira, y en sus ojos leo la misma resolución que crece en mí.

—Entonces, es hora de descubrir qué secretos guarda ese lugar —dice, y su voz se tiñe de una valentía que me contagia.

El eco de su frase queda suspendido en el aire, y sé que hemos dado el primer paso hacia un destino que, esta vez, no dejaremos que otros dicten.

# Capítulo 21

# Eden

El frío de la piedra bajo mis pies desnudos se cuela a través de mis finas zapatillas de tela mientras recorro los pasillos del castillo. La penumbra de las lámparas arroja sombras danzantes sobre las paredes revestidas de tapices antiguos. Pero hoy, la opulencia de este lugar me parece un recordatorio constante de que no pertenezco a este mundo que me juzga cada uno de los pasos que doy.

Llego al comedor y, antes de entrar, me detengo al escuchar el murmullo de voces que oigo, como un zumbido molesto que no cesa. No es difícil captar algunas palabras que, aunque dichas entre susurros, llegan a mí.

—...una Fraser... —murmura una de las cocineras, ladeando la cabeza con gesto despectivo.

—No debería estar aquí, por mucho que... —la voz de un joven aprendiz se apaga al notar mi presencia en el umbral del comedor. El silencio que sigue es incómodo. Las miradas que antes eran rápidas y furtivas ahora se clavan en mí, como si esperaran ver mi reacción.

Levanto la barbilla y respiro hondo. Me repito que soy fuerte, que nada de esto me afecta, pero siento el ardor de las lágrimas asomando en mis ojos. Margaret, de pie junto a la mesa central, con una bandeja entre las manos, me observa con los ojos llenos de una preocupación que no necesita palabras. No obstante, me limito a pasar de largo, con la mirada fija al frente. No voy a detenerme, no puedo.

El pasillo que me conduce a la biblioteca parece más largo de lo habitual, como si las paredes, testigos mudos de una historia que se repite, quisieran que retrocediera. Me obligo a seguir adelante y empujo la puerta con suavidad. La biblioteca, con sus estanterías altas repletas de libros encuadernados en cuero y el aroma de la madera impregnada de historia, me recibe con su habitual silencio solemne. Aquí, al menos, siento que puedo pensar, porque las voces ajenas quedan lejos y la única que importa es la mía.

—Eden —la voz de Margaret, que ha entrado sin que me diera cuenta, me hace girarme de golpe. Sus pasos pausados se detienen frente a mí.

—Necesito respuestas —le digo antes de que pueda decir nada—. No puedo seguir en esta casa sin saber por qué todo el mundo me mira como si fuera una intrusa.

Margaret suspira, dejando que sus hombros caigan un poco hacia adelante, y su mirada, cargada de recuerdos, se clava en la mía.

—Hay cosas que es mejor no remover —responde, y la calidez de su voz se transforma en un frío que me cala hondo.

—No, esta vez no —insisto, acercándome a ella—. Necesito entender qué nos separa, qué oculta esta enemistad entre las dos familias y que parece que todos conocéis menos yo.

Sus ojos, que siempre me han transmitido una seguridad casi maternal, titubean. La veo

dudar, luchar entre lo que sabe y lo que cree que es prudente contarme. Al final, se sienta en uno de los sillones, con un cansancio que nunca había mostrado.

—Donald MacNeil y tu abuela Hellen Fraser —empieza y escuchar de sus labios el nombre de mi abuela hace que mi corazón se detenga un segundo—. Eran jóvenes, rebeldes y se amaban de una manera que desafiaba las reglas de ambas familias. Pero su historia terminó en tragedia.

—¿Por qué? —susurro, sentándome frente a ella sin apartar los ojos de su cara.

—Porque las voces de otros se interpusieron entre ellos—susurra, y sus palabras me recuerdan el fragmento de una carta de mi abuela, que Alex me leyó en voz alta días atrás, una confesión escrita por ella que relataba su lucha y su dolor.

En este momento, la biblioteca me parece más pequeña, las estanterías más altas y las sombras más densas. Siento que estoy a punto de desenterrar algo que cambiará mi vida y la de Alex para siempre.

—Ellos querían estar juntos, lejos de las imposiciones de sus padres y de las rivalidades que marcaban sus apellidos —continúa Margaret, con los ojos brillantes por la emoción contenida—. Pero sus familias no aprobaban su unión y ambos fueron obligados a renunciar a su amor.

El silencio que sigue es abrumador. La historia de Hellen y Donald explicada por la propia Margaret, la siento como un espejo que refleja nuestra lucha, la mía y la de Alex. Me levanto despacio y camino hacia la ventana. Las gotas de lluvia resbalan por el cristal en un baile caótico que parece imitar el torbellino de pensamientos que gira de manera incansable en mi cabeza.

—¿Por qué nadie habló de esto durante todos estos años? —pregunto, volviéndome hacia Margaret, que me observa con pesar.

—Porque el orgullo y el miedo pesan más que la verdad, querida. Pero las cosas han cambiado y tal vez sea hora de que sepas que no estás sola en esto.

El calor de sus palabras me reconforta, aunque la incertidumbre sigue instalada en mi pecho. No sé qué significará todo esto para Alex y para mí, pero algo dentro de mí se niega a seguir viviendo en la sombra de un pasado que no he elegido.

—Gracias, Margaret —murmuro y sé que hemos dado el primer paso hacia una verdad que lleva demasiado tiempo oculta.

El eco de sus pasos al salir de la biblioteca se desvanece lentamente, mientras yo me me hago la promesa de que no voy a permitir que la historia se repita.

# Capítulo 22

# Alex

El ambiente del castillo se ha vuelto opresivo, como si las paredes mismas se alimentaran de la tensión que se respira en cada rincón. El eco de mis pasos resuena en el pasillo mientras me dirijo al despacho, consciente de que esta conversación con Henry, que ha venido de nuevo a hacerme una de sus *amables* visitas, va a ser definitiva. Al abrir la puerta, lo veo ahí, de pie, junto al ventanal. Su figura, arrogante y relajada, emana una seguridad que siempre me ha sacado de quicio, pero hoy percibo algo más en sus ojos, un brillo malicioso que me pone en alerta.

—Henry —le saludo con frialdad, cerrando la puerta detrás de mí.

Él se gira con una sonrisa ladeada, cruzándose de brazos como si tuviera todo bajo control.

—Alex, *querido* primo. Qué gusto verte —responde y noto cómo sus palabras rezuman sarcasmo.

Sin perder más tiempo, avanzo hasta quedarme a escasos pasos de él, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Qué quieres? —le pregunto, sin rodeos.

La sonrisa en su cara se ensancha y sus ojos destellan con un orgullo que me resulta repugnante.

—¿Qué quiero? Simple. Quiero lo que siempre debió ser mío: la herencia y el respeto de los MacNeil —sus palabras son tajantes, llenas de una convicción que hasta ahora había subestimado—. Y estoy dispuesto a destruirte si es necesario.

El impacto de sus palabras me golpea como una corriente de aire helada. Pero no me amedrento. Doy un paso adelante sin dejar de mirarle fijamente a los ojos.

—No vas a conseguirlo —le respondo manteniendo un tono calmado en mi voz—. No permitiré que uses a Eden para conseguir tus ambiciones.

Henry se ríe, una carcajada seca que reverbera en el despacho como un eco siniestro. Su sonrisa se transforma en una mueca de desprecio y veo cómo sus dedos tamborilean sobre el respaldo de una silla.

—¿No lo permitirás? —repite burlón—. ¿De verdad crees que puedes detenerme? Todos conocen ya la historia de los Fraser y los MacNeil. Es cuestión de tiempo que se descubra lo de vuestro contrato.

El aire en la sala se vuelve asfixiante y siento cómo la furia empieza a hervir en mi interior. Me esfuerzo por no permitir que se note, pero Henry parece captar cada pequeño matiz de mi gesto y eso solo alimenta su satisfacción.

—Eres un cobarde —le escupo—. Te escondes tras las sombras de la familia, aprovechándote de las rivalidades, sin ser capaz de hacer nada por ti mismo.

Su rostro se endurece y su máscara de seguridad se rompe durante un instante. Pero en

lugar de retroceder, se aproxima a mí tanto que noto cómo su aliento casi roza mi cara.

—Eres tú quien no lo entiende —susurra, con un tono tan bajo que parece una amenaza —. Esta es la vida que nos ha tocado. Yo solo estoy dispuesto a tomar lo que siempre debió ser mío. Tú... tú no eres digno de todo esto. Eres débil y lo mejor de todo es que tu debilidad es Eden.

—No digas su nombre —le advierto y mi voz se rompe por un segundo, suficiente para que él se dé cuenta de cuánto me importa.

Su sonrisa triunfal vuelve a aparecer y se da la vuelta, como si nuestra conversación ya hubiera terminado.

—Te lo advierto. No hay nada que puedas hacer para evitarlo. Si no aceptas tu lugar, me aseguraré de que todo esto caiga sobre ti como una losa.

Sus palabras resuenan dentro de mi cabeza mientras lo veo salir del despacho haciendo resonar sus pasos con una seguridad que me irrita. Las implicaciones de esta conversación me abruman, y sé que, para proteger a Eden y a nuestro hijo, tengo que contarle la verdad. Ya no puedo mantenerla al margen.

Salgo del despacho aún con el corazón latiendo con fuerza y los puños cerrados por la rabia que me ha provocado la visita de Henry. Cruzo el pasillo y voy hacia donde sé que estará Eden. Al doblar una esquina, la veo, de pie, con esa mezcla de fragilidad y fuerza que tanto me gusta.

—Alex —dice en un susurro al verme, como si supiera que algo importante ha sucedido.

Me acerco a ella y, antes de que pueda hablar, su voz me detiene. Sus ojos, llenos de una mezcla de inquietud y resolución, se clavan en los míos.

—Necesito que me digas la verdad —me pide, con un tono que no permite evasivas—. ¿Por qué tienes una fotografía mía desde antes de conocernos?

La pregunta me toma por sorpresa. La he evitado, pensando que no era relevante, que ella no necesitaba saberlo. Pero ahora, frente a su mirada que exige respuestas, comprendo que es hora de ser completamente sincero.

—Eden... —comienzo y respiro hondo antes de continuar—. Siempre sentí una curiosidad enorme por los Fraser. Aunque en mi familia me prohibieron acercarme a vosotros, algo dentro de mí me empujaba a saber más. Desde niño, cuando descubrí quiénes érais, quise entender qué sucedía y cuando me enteré de tu existencia, me obsesioné en saber quién eras.

La miro y noto cómo sus ojos se abren mientras me escucha.

—Durante años, busqué fotografías. Encontraba una, luego otra, y gracias a las redes sociales, pude seguirte. Ver cómo cambiabas, cómo crecías. No podía evitarlo, Eden. Eras un misterio que necesitaba resolver.

Ella aparta la mirada de mí por un instante, y el silencio que nos rodea se vuelve casi doloroso. Su respiración es pausada, como si estuviera procesando mis palabras y evaluando cada una de ellas.

—¿Y qué significaba para ti esa obsesión? —pregunta, con un tono bajo, pero firme—. ¿Era solo curiosidad o algo más?

Siento que mis palabras están al filo de un abismo y cualquier respuesta que le dé podría hacerla caer o, tal vez, llevarla a entender la profundidad de lo que siento.

—Al principio, fue solo curiosidad, lo admito —confieso sin apartar la mirada de ella—. Pero con el tiempo, empecé a sentir que eras alguien importante para mí, aunque no te conociera. Algo me decía que nuestras vidas estaban unidas de una forma que no podía explicar.

Sus labios se entreabren en un gesto de incredulidad y algo más, tal vez comprensión. Se queda en silencio para dejarme continuar.

—Desde el primer momento en que te vi en persona, supe que entre tú y yo no había solo una conexión familiar o una rivalidad ancestral —mi voz tiembla y le acaricio suavemente el rostro—. Eras tú, Eden. No la hija de los Fraser, ni la enemiga de mi familia. Eras tú. Y eso me daba igual, solo quería conocerte, saber quién eras.

El brillo en sus ojos se intensifica y noto cómo relaja los hombros. Poco a poco, su gesto cambia y, aunque sigue habiendo una mezcla de emociones en sus gestos, algo en ella parece ceder, como si por fin entendiera lo que hay detrás de mi silencio y mi vigilancia.

—¿Y por eso inventaste todo esto del vientre de alquiler?

—Sí, lo siento…

—No entiendo por qué tuviste que engañarme —me dice negando con la cabeza.

—No vi otra manera de acercarme y de unirme a ti de la manera que sabía que jamás podrían separarnos…

—¿Teniendo un hijo?

—Sí…

—Es un poco egoísta por tu parte, ¿no crees?

—Sí, por completo… pero te aseguro que nada me hace más feliz que ser padre de un hijo tuyo —le digo tomándola de las manos. Al escucharme, ella levanta la mirada y la posa en la mía y en ese instante puedo ver cómo la emoción la embarga. La rodeo con mis brazos y ella reposa la cabeza en mi pecho, rindiéndose a mi abrazo.

—¿Y Henry? —susurra, y el solo nombre hace que la furia regrese a mí.

—Henry hará todo lo posible por separarnos. No le importa si te hiere a ti o a nuestro hijo. Solo busca el poder y ser el heredero de los MacNeil. Y lo peor es que cree que puede utilizar nuestro pasado familiar en nuestra contra.

Ella entrelaza sus dedos con los míos, y la fuerza de su contacto es un ancla que me calma. Siento su confianza y su decisión de seguir a mi lado, pese a la amenaza que se cierne sobre nosotros.

—Entonces, no vamos a permitir que lo haga —me responde y yo la beso, con la certeza de que el camino que tenemos por delante no será sencillo, pero estoy dispuesto a luchar para mantener lo que me pertenece.

# Capítulo 23

# Eden

El vestíbulo del castillo de los padres de Alex es más grande de lo que había imaginado, con techos altos que parecen extenderse hacia el cielo y paredes adornadas con retratos de antepasados, que me observan con la solemnidad propia de siglos de historia y orgullo familiar. Las voces se entremezclan en el ambiente. Alex me toma de la mano y ese pequeño gesto debería ser suficiente para calmarme. Sin embargo, siento que el peso de las miradas posadas sobre mí es más fuerte que el cálido contacto de su piel.

—Estás preciosa —me susurra, inclinándose lo suficiente para que su voz se pierda entre nosotros.

Le dedico una sonrisa temblorosa que pretende ser segura, aunque ambos sabemos que estoy lejos de sentirme así. Llevo un vestido que Alex eligió para mí. El suave tejido acaricia mi piel y deja entrever mi incipiente barriga, pero ni siquiera el lujo de esa prenda puede mitigar la inseguridad que crece dentro de mí. Desde el momento en que cruzamos la entrada de esta propiedad, me he sentido fuera de lugar, una invitada en un espacio que no está hecho para mí y donde tengo la certeza de que no soy bien recibida.

—Es solo un evento —me dice Alex, como si supiera exactamente lo que estoy pensando. Sus palabras son un consuelo, pero no borran el hecho de que, a pesar de su presencia, estoy sola ante estas miradas inquisitivas que llevo pegadas a mí.

Avanzamos entre los invitados y, a medida que nos acercamos al gran salón, puedo sentir cómo las conversaciones disminuyen a nuestro paso. Intento ignorarlas y concentrarme en la cálida presión de la mano de Alex en la mía, pero cada mirada que se posa hacia mí, y cada susurro que nace tras mi espalda se clavan en mi pecho como espinas que no puedo arrancar.

—Esa es la chica, ¿verdad? La Fraser —murmura una mujer de voz afilada lo suficiente alto como para que la oiga.

—Dicen que solo está aquí por un contrato, que es todo un acuerdo para asegurar un heredero —añade otra voz, cargada de sorna y desprecio.

—¿Un MacNeil y una Fraser? ¡Qué locura!

—A quien se le ocurre…

Cada palabra cae sobre mí como un golpe invisible, tan certero y doloroso que me obliga a detenerme. Me siento expuesta, como si esas personas estuvieran arrancando cada una de las capas que me protege, dejándome desnuda ante su juicio. Alex, ajeno a esas palabras, continúa avanzando, pero yo me quedo atrás, congelada en el sitio, incapaz de moverme. No tengo la menor duda de que ha sido Henry quien ha esparcido esos rumores.

Alex se da cuenta de que he dejado de caminar y se gira, con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —pregunta mirándome con preocupación.

Intento recomponerme, forzar una sonrisa que le haga creer que todo está bien. Pero al

mirarlo, las palabras se agolpan en mi garganta, y sé que no puedo fingir. Los comentarios que he escuchado han dejado una marca en mí que no puedo ignorar, un miedo que empieza a crecer, devorando la confianza que había conseguido en esta relación.

—Alex, no sé si debería estar aquí... —digo en un susurro, sintiéndome vulnerable y pequeña.

Él me observa, con su profunda mirada gris, que parece leerme como si fuera un libro abierto y, sin decir nada, me toma de la mano con más firmeza, como si su agarre pudiera mantenerme anclada a este lugar.

—Eden, no les des el poder de hacerte dudar de quién eres, ni de por qué estás aquí —me dice con voz suave pero firme.

Pero su voz, aunque reconfortante, no puede borrar el eco de esos comentarios hirientes. Los años de enemistad entre nuestras familias y los prejuicios que se han transmitido de generación en generación... Todo eso sigue aquí, entre estas paredes, en los susurros de aquellos que me ven como una intrusa. Me invade un miedo sordo, una sensación de que no importa lo que haga, nunca seré aceptada.

—¿Vale la pena todo esto? —le pregunto, alzando la vista para mirarle—. ¿Vale la pena luchar por algo que tal vez nunca nos van a permitir tener?

Él me observa en silencio, su rostro se suaviza, y sus ojos, que normalmente transmiten una seguridad inquebrantable, ahora están llenos de ternura.

—No he llegado hasta aquí para rendirme, Eden. Ni contigo, ni con nuestro hijo —responde, con una fuerza que casi consigue acallar las dudas que me devoran.

Pero su respuesta, no es suficiente para disipar la inseguridad que siento. Quién sabe si, con el tiempo, el peso de esas miradas y de esos murmullos terminará por destruirnos.

# Capítulo 24

# Alex

El ambiente de la fiesta me incomoda desde el primer momento en que cruzamos el vestíbulo del castillo de mis padres. Me esfuerzo en mantener la compostura, en sostener la mano de Eden con firmeza para transmitirle que estoy con ella y que debemos hacer como si no existieran las miradas y los murmullos de desprecio que noto en cada rincón de esta maldita reunión. Pero el peso de las opiniones ajenas, cargadas de años de rivalidad y prejuicios, se filtra en el aire. Es como si cada cuadro en la pared, cada candelabro y cada susurro se convirtieran en armas silenciosas dirigidas hacia ella.

—Estás preciosa —le susurro, inclinándome para que solo ella me escuche, intentando aliviar la tensión que noto en sus hombros. Eden me devuelve una sonrisa temblorosa y eso, por un segundo, consigue calmar mi rabia contenida.

Pero entonces veo a mis padres. Su presencia es imponente, como si los años y la rigidez de sus normas les hubieran dado una estatura moral que pretenden imponer sin ningún esfuerzo. Los saludo y siento cómo la frialdad de su mirada se dirige a Eden, como si ni siquiera mereciera estar aquí. Intento ignorarlo y mantenerme firme, pero cuando se acercan hasta nosotros para hablarme, siento que cada palabra es una puñalada dirigida a ambos.

—¿De verdad has tenido la desfachatez de presentarte aquí con una Fraser? —espeta mi madre, sin molestarse en ocultar el desprecio en su tono y mirando de reojo el vientre de Eden—. Se te tendría que caer la cara de vergüenza.

Las palabras se me clavan como garras en el pecho. Su juicio no es solo una condena hacia Eden; es un ataque directo a mí, a mis decisiones y a mi vida. Me contengo para no perder los estribos, pero el dolor en la expresión de Eden me destroza.

—Es nuestra elección —respondo con voz tensa, tratando de mantener la calma—. Eden y yo estamos juntos. Y este no es lugar para menospreciarla.

—Una elección equivocada —replica mi padre con su tono tajante y frío, esa voz que tantas veces me ha obligado a obedecer sin cuestionar—. No esperábamos otra cosa de alguien como ella. Para ti, Alex, esperábamos algo mejor, algo digno de un MacNeil.

Siento cómo Eden aprieta mi mano y cuando la miro, veo la tormenta de emociones que está intentando contener, pero que finalmente la desborda. Antes de que pueda detenerla, se da la vuelta y, sin decir una palabra, sale del castillo con pasos rápidos, apenas controlando la marea de lágrimas que sé que lucha por retener.

—¿Veis lo que habéis conseguido? —digo mirándoles con una mezcla de rabia y decepción —. Vuestra terquedad y vuestros prejuicios solo sirven para hacer daño.

No espero su respuesta y con el corazón en un puño, salgo tras ella. Al llegar al vestíbulo, veo cómo la puerta se cierra a su paso y corro hacia la entrada justo a tiempo para verla subir a uno de los taxis libres que esperan frente a la puerta del castillo. Mi desesperación

crece y empiezo a correr detrás del coche, gritando su nombre, pero el taxi no se detiene. La frustración me invade y, sin pensarlo dos veces, regreso al castillo para subir a mi propio coche y perseguirla.

Acelero, siguiendo las luces traseras del taxi que se aleja por el camino bordeado de árboles. El aire fresco de la noche entra por la ventanilla abierta y me ayuda a calmarme, pero la rabia y el dolor persisten. Eden no merece esto, ni las miradas de desprecio, ni las palabras hirientes de quienes deberían haberla recibido con respeto. Acelero un poco más, con la vista fija en el taxi que va delante de mí, sin saber hacia dónde se dirige.

El coche aminora la marcha en una curva y aprovecho para tocar el claxon. Por fin, el taxi se detiene en una cuneta, y bajo de mi deportivo apresurado, con el corazón latiendo a toda velocidad. Veo a Eden dentro, con la mirada perdida, y el conductor se gira hacia ella.

—Eden, por favor... —digo, abriendo la puerta y tendiéndole la mano—. Déjame hablar contigo.

Ella me observa en silencio, con los ojos brillantes por las lágrimas y la voz ahogada. Finalmente, asiente, sale del coche y se queda frente a mí, con una distancia entre nosotros que parece mayor de lo que realmente es.

—¿Por qué insistes en esto? —su voz es apenas un susurro, cargado de dolor y desilusión—. ¿No ves que ellos nunca me aceptarán? Siempre me verán como una intrusa.

Intento acercarme, pero da un paso atrás, como si necesitara espacio para procesar lo que siente y yo respeto su necesidad, aunque me duele cada milímetro de esa distancia que me impone.

—Escúchame. Esto... esto no va a volver a pasar. —Mis palabras suenan firmes y me esfuerzo por transmitir la sinceridad que quiero que vea en mis ojos—. Si mis padres me hacen elegir entre ser el heredero de los MacNeil y estar contigo... te elijo a ti. A ti y a nuestro hijo. No tengo la menor duda.

Ella me observa, parpadeando, y veo cómo otra lágrima desciende por su mejilla. La veo temblar, y me acerco un paso más, tendiéndole la mano, hasta que finalmente la toma.

—¿De verdad dices eso? —pregunta con la voz rota, dudando, como si temiera que esta promesa se rompiera también.

—Nunca he estado tan seguro de algo en mi vida —le respondo, apretando sus manos entre las mías—. Nadie, ni siquiera mis padres, tiene el derecho de decirnos cómo vivir nuestra vida. Esto es nuestro. Nosotros somos lo que importa.

Ella se queda en silencio, procesando mis palabras, y siento cómo el peso de la tensión entre nosotros comienza a disolverse. Poco a poco, su expresión cambia, y veo en sus ojos una mezcla de alivio y emoción que me llena de esperanza.

—Alex... —su voz se quiebra y, en ese momento, nuestras miradas se encuentran en un vínculo que no necesita palabras.

Nos acercamos el uno al otro y, sin pensarlo, nuestras bocas se encuentran en un beso cargado de pasión y promesas. Siento cómo sus manos se aferran a mí, cómo sus labios, entrelazados con los míos, borran cualquier rastro de duda. La rodeo con mis brazos y, en este abrazo, encuentro el sentido de todo lo que estoy dispuesto a arriesgar, porque nada en este mundo me importa más que ella y lo que estamos construyendo juntos.

Nos quedamos abrazados, bajo la luz tenue de la noche y el murmullo de la carretera lejana. El frío rodea nuestros cuerpos, pero su calidez y la fuerza de nuestro vínculo me envuelven y me dan fuerzas. Al separarnos, veo en sus ojos la misma determinación que he

sentido, y sé que, aunque el camino sea difícil, no estamos dispuestos a rendirnos.

—Volvamos a casa —susurra y me acaricia el rostro con una suavidad que derrite cualquier sombra de duda que pudiera quedar en mi interior.

Asiento, y la ayudo a subir a mi coche. Durante el trayecto de regreso, nuestras manos permanecen unidas, como un ancla que nos mantiene firmes y conectados, y con la certeza de que aunque el mundo esté en nuestra contra, mientras estemos juntos, nada ni nadie podrá separanos.

# Capítulo 25

# Eden

El aire en el castillo de los MacNeil parece estar cargado de un peso invisible que se desploma sobre mí, haciendo que cada respiración sea densa y pesada. El silencio de estos muros, que alguna vez encontré imponentes y llenos de historia, lo siento ahora inquietante, como si escondiera secretos que no soy capaz de ver pero que me acechan en cada rincón. Sé que algo ocurre, lo noto en las miradas evasivas de los sirvientes y en los susurros que apenas se ahogan cuando me acerco. Siento cómo las palabras se escapan de sus bocas como veneno que no puedo alcanzar a detener, pero que siempre parece estar dirigido hacia mí.

Alex también está extraño. Lo percibo tenso, con esa rigidez en la mandíbula que surge cada vez que algo le preocupa. Aunque intenta disimularlo, sus gestos le traicionan. Conozco sus manos, que tienden a cerrarse en puños cuando está preocupado, y sé que ahora oculta algo. Le pregunto qué ocurre, pero él desvía la mirada y cambia de tema con una facilidad que me deja con un amargo sabor en la boca.

Pero hoy he decidido que no puedo seguir así. El bebé que crece tras mi ombligo merece que lo proteja, y aunque Alex se empeñe en acallar mis miedos con palabras reconfortantes, sé que la amenaza de Henry continúa sobrevolando nuestras cabezas como un águila famélica dispuesta a atacar en cualquier momento. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras alguien intenta hacerme sentir una intrusa en la vida que estamos construyendo.

Cruzo el pasillo principal del castillo, con mis pasos resonando con firmeza sobre las losas de piedra, y noto cómo algunos miembros del servicio me observan desde las sombras. Sus caras no me transmiten nada, pero sus ojos me siguen con esa mezcla de curiosidad y desaprobación, que me hacen sentir muy incómoda. Siento el peso de sus miradas sobre mí, como si evaluaran cada movimiento que hago y cada palabra que digo, juzgándome sin reparo.

Una vez en la biblioteca, trato de calmar mi respiración. Me pierdo entre los libros, intentando distraerme para aliviar esta ansiedad que me consume. Mis dedos recorren los lomos de los volúmenes antiguos, sin realmente prestarles atención. Es en ese momento cuando Margaret aparece a mi lado, silenciosa como un susurro.

—Señorita Eden —me dice en voz baja, pero con esa calidez que siempre me ofrece—. ¿Se encuentra bien?

La miro, intentando que mi sonrisa sea convincente, aunque sé que no engaño a nadie, y mucho menos a ella. Margaret me observa con esa mirada penetrante, cargada con los años y las historias que ha visto pasar ante ella.

—No estoy segura —le confieso dejando que mis palabras lleven el peso de mi duda—. Hay algo en esta casa que me hace sentir fuera de lugar, como si alguien estuviera empeñado en hacerme desaparecer.

Margaret asiente, como si mis palabras confirmaran algo que ella ya sabía, algo que

quizá ha notado en el ambiente mucho antes que yo. Sus manos se entrelazan, y su expresión se ensombrece.

—El señor Henry es un hombre astuto, señorita Eden —susurra, y sus palabras resuenan en la biblioteca como un eco de advertencia—. Ha estado tramando cosas desde hace tiempo, y temo que su ambición lo lleve a cometer actos que nadie espera. Ándese con cuidado, se lo ruego.

Su confesión me hace contener la respiración. Tenía claro que Henry no me quiere aquí, pero ignoraba hasta qué punto estaba dispuesto a llegar.

—¿Qué es lo que quiere? —le pregunto con apenas un hilo de voz.

Ella baja la mirada, y durante un segundo parece debatirse en si contarme la verdad o protegerme de ella.

—Quiere la herencia de los MacNeil, y para conseguirla está dispuesto a deshacerse de cualquier obstáculo que encuentre en su camino —responde al fin con una seriedad impregnada en sus palabras que me estremece—. Y teme que usted y su hijo le arrebaten esa oportunidad.

Siento cómo mis manos se tensan alrededor de la tela de mi vestido, mis dedos se aferran a él como si de esa forma pudiera anclarme al suelo, a esta realidad que de repente parece tambalearse bajo mis pies. No puedo creer que alguien sea capaz de ir tan lejos solo por ambición.

—No voy a permitir que me aparte de Alex —digo, más para mí que para Margaret, como si necesitara escuchar esas palabras para darme fuerza.

Margaret asiente al escucharme. Ella entiende lo que estoy pasando y su presencia es para mí un recordatorio de que no estoy sola en esta lucha.

—Cuídese, señorita Eden —me dice, y su voz es un susurro cargado de advertencia—. No se fíe de nadie que no haya demostrado estar de su lado. Hay gente en esta familia, que está dispuesta a hacer lo que sea por dinero y poder.

Asiento, dejando que sus palabras se graben en mi memoria. No puedo confiar en nadie más que en Alex y en mí misma. Esta es nuestra lucha y no estoy dispuesta a quedarme de brazos cruzados esperando que los demás decidan mi destino.

# Capítulo 26

# Alex

La tensión en el aire es tan densa que parece envolverme mientras camino por el pasillo hacia el salón, donde Henry me espera. Cada paso retumba en mi cabeza y siento que mi pulso se acelera al ritmo de mis pensamientos. No tengo ni la menor duda de que esta conversación con él es inevitable. He dejado pasar demasiado tiempo sin hacer frente a la realidad de lo que está sucediendo, permitiendo que Henry envenene a mis padres y que esa influencia perversa cale hasta los cimientos del resto de mi familia.

Cuando llego, Henry está de pie, junto al ventanal, con la misma postura arrogante que me ha irritado toda la vida. La media sonrisa en su rostro es la de alguien que cree tenerlo todo bajo control, alguien que no teme al enfrentamiento. Ese pequeño gesto es suficiente para hacer que sienta cómo la rabia me invade, un fuego que arde en mi pecho y amenaza con consumirme. Pero mantengo la compostura, me esfuerzo en respirar hondo y controlarme, porque sé que perder los estribos solo le daría a él la ventaja que busca.

—¿Has conseguido lo que querías? —le espeto al entrar, sin perder el tiempo en formalidades, y cierro la puerta tras de mí con un golpe seco.

Henry se gira, con esa expresión de falsa sorpresa que me resulta insoportable. Aparenta una calma estudiada, pero noto el brillo de triunfo en sus ojos.

—¿A qué te refieres, primo? —responde con voz suave, pero cargada de veneno.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —le digo avanzando un paso hacia él—. Has estado manipulando a mis padres, susurrándoles al oído, envenenando sus pensamientos contra Eden y nuestro hijo. Y todo porque temes perder lo que nunca fue tuyo.

Henry deja escapar una risa seca y se cruza de brazos, observándome con un aire de superioridad que provoca que cada músculo de mi cuerpo se tense.

—Ay, primito, tú siempre tan ingenuo… —murmura con desdén—. Crees que por traer a una mujer cualquiera a esta familia y engendrar a un niño podrás hacer que todo el mundo olvide de dónde viene ella y que todo esto se convierta en un idílico cuento de hadas, porque sabes tan bien como yo que la vida no funciona así. Los MacNeil merecen algo mejor, alguien que esté a la altura. No una Fraser que solo viene a aprovecharse de lo que no le corresponde.

El veneno en sus palabras despierta una furia contenida que he estado intentando controlar. Pero hoy es distinto. Hoy no pienso quedarme callado y no darle el gusto de explotar ante sus provocaciones, no se merece ni eso.

—No tienes ni idea de lo que dices. Eden no es como tú. No vive de ambiciones mezquinas, ni necesita manipular a nadie para encontrar su lugar. Está aquí porque la amo y porque hemos decidido formar una familia, lejos de las rivalidades absurdas que tú alimentas para tu propio beneficio.

Mi voz resuena en el salón, y noto cómo Henry, aunque intenta mantener la compostura,

empieza a tamborilear los dedos en el respaldo de la silla, un pequeño gesto que revela su incomodidad.

—¿Amor? —se burla, ladeando la cabeza—. No seas ridículo. Esto no es una novela. Es la vida real. Y en la vida real, lo que importa es el poder, la posición y la herencia. Eso que tú estás dispuesto a tirar por la borda por un capricho…

—¡Basta! —grito, perdiendo finalmente el control, y siento cómo mi cuerpo se inclina hacia él, acercándome hasta que apenas queda espacio entre nosotros—. No permitiré que sigas difamando a la mujer que amo. ¿Y sabes qué? Tú eres el único que sobra aquí. No tienes nada. Nada, Henry. Solo tus artimañas y tu veneno. Y, si mis padres siguen apoyándote en esto, me perderán a mí también.

La amenaza, implícita en mis palabras, cae en el salón como un peso muerto. Henry me mira, por primera vez sin esa arrogancia que le caracteriza y ve en mis ojos, que estoy hablando en serio y que esta vez no pienso dar un paso atrás. Justo en ese momento, la puerta se abre, y veo a mi padre y a mi madre en el umbral. Ambos nos observan con una mezcla de sorpresa y, en el caso de mi madre, de desagrado. Me enderezo y vuelvo a centrarme en ellos, sin borrar la expresión de determinación que llevo en el rostro.

—Papá, mamá… —los saludo, manteniendo la voz firme, aunque la tensión me recorre el cuerpo me enerva —. Espero que hayáis escuchado suficiente. Es hora de que entendáis que no pienso seguir tolerando el comportamiento de Henry. Ni en mi vida, ni en la de Eden y, por supuesto, tampoco en la de nuestro hijo.

Mi padre frunce el ceño, y su postura rígida refleja su descontento. Su mirada pasa de Henry a mí, como si nos estuviera evaluando a ambos, como si esta disputa fuera una batalla en la que debe decidir quién es el vencedor.

—Alex, estás dejando que tus emociones nublen tu juicio —me reprende con voz severa —. Esta familia necesita estabilidad, porque necesita mantener su posición y no vamos a permitir que una relación impulsiva con una mujer de dudoso origen comprometa nuestro legado.

Sus palabras me atraviesan como una estocada en medio del pecho, pero me mantengo firme. Miro a mi madre, esperando encontrar en su gesto algún atisbo de comprensión, pero su expresión es tan fría como la de mi padre. Es entonces cuando comprendo que, por primera vez en mi vida, estoy verdaderamente solo ante ellos. Pero esta soledad no me da miedo, porque sé que Eden y nuestro hijo me necesitan mucho más que esta maldita herencia.

—Entonces, es simple —digo, sin apartar la vista de ellos—. Si para vosotros Henry es más importante que mi felicidad y mi familia, entonces habéis perdido a vuestro hijo. No volveréis a verme.

Mis palabras caen en la estancia como un jarro de agua fría. Henry me observa con incredulidad, mientras mis padres permanecen en silencio, asimilando lo que les acabo de decir. No espero respuesta, porque no necesito su aprobación. Lo único que importa ahora es proteger a Eden y al hijo que viene en camino. Doy media vuelta y salgo del salón, dejando atrás el peso de su desprecio y sus expectativas.

# Capítulo 27

# Eden

El aire en el pasillo está tan cargado que apenas puedo respirar. Me escondo en la penumbra, cerca del salón, con los dedos aferrados al marco de la puerta. No debería estar aquí, pero las voces, tensas y cargadas de ira, me han atraído como una fuerza invisible. Reconozco cada voz: la de Alex, la de su madre, la de su padre… y también la de Henry.

Mi pecho se encoge al oír el tono de desprecio en la voz de su madre. Cada palabra que sale de sus labios es una sentencia que parece dirigirse no solo a Alex, sino también a mí. Hablan de mí y de nuestro hijo, como si fuéramos poco más que una molestia o un obstáculo en su camino. Y aunque intento convencerme de que no me importa, de que lo único que necesito es a Alex y que él me ha elegido… sus palabras se clavan en mi corazón como puñales.

—¿De verdad has tenido la desfachatez de presentarte aquí con una Fraser? —la voz de su madre resuena en la estancia y me estremezco—. Se te tendría que caer la cara de vergüenza.

No puedo ver la expresión de Alex, pero en su silencio noto la tensión que le invade. Me duele imaginarlo, ahí, de pie, soportando esos juicios en mi nombre, defendiéndonos.

—Es nuestra elección —responde y, aunque intenta sonar calmado, percibo la exaltación en su voz—. Eden y yo estamos juntos. Y este no es lugar para menospreciarla.

La frialdad de su padre la siento incluso a través de las paredes.

—Pues es una elección errónea —dice con una firmeza que me hiela la sangre—. No esperábamos otra cosa de alguien como ella. En cambio, para ti, Alex, esperábamos algo mejor, algo digno de un MacNeil.

No puedo soportarlo más. Quiero correr, salir de aquí y olvidar que alguna vez me consideraron *indigna*. Pero mis piernas no me responden. Estoy atrapada en este pasillo, obligada a escuchar cómo despedazan lo que hay entre Alex y yo..

—Eden no es como tú, Henry. No vive de ambiciones mezquinas, ni necesita manipular a nadie para encontrar su lugar —responde Alex, y aunque su voz no tiembla, siento lo angustiado que se siente.

Las palabras de Alex deberían ser suficientes para aliviarme y recordarme que está de mi lado, pero en el fondo de mi pecho, una pequeña duda comienza a abrirse camino. ¿Soy realmente la razón por la que Alex está peleando contra su familia? ¿Y si, en realidad, estoy empeorando su vida y complicándosela?

Henry interviene con un tono despreciativo que corta el aire como una navaja.

—No seas ridículo. Esto no es una novela. Es la vida real. Y en la vida real, lo que importa es el poder, la posición y la herencia. Eso que tú estás dispuesto a tirar por la borda por una simple caprichosa…

Un escalofrío recorre mi espalda. Una caprichosa. La madre de Alex no ha dejado de insinuarlo y Henry lo dice sin rodeos. Como si no fuera más que una amenaza, alguien que ha

venido a perturbar la *estabilidad* de esta familia. En ese momento, me pregunto si debería hacerles un favor y salir de sus vidas. No sé si soy capaz de soportar la idea de ver a Alex perderlo todo por mi culpa.

—¡Basta! —grita Alex y su voz traspasa las paredes—. No permitiré que sigas difamando a la mujer que amo. ¿Y sabes qué? Tú eres el único que sobra aquí. No tienes nada. Nada, Henry. Solo tus artimañas y tu veneno. Y, si mis padres siguen apoyándote en esto, me perderán a mí también.

Siento cómo las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas, sin poder detenerlas. La mezcla de alivio y culpa me abruma. Alex me está defendiendo, me ha elegido a mí, a nuestro hijo… y, sin embargo, no puedo evitar pensar que soy yo la razón de todo este odio, la causa de la fractura en su familia.

Justo entonces, oigo el sonido de pasos acercándose y retrocedo, intentando recuperar la compostura. Pero es tarde. La puerta se abre y Alex aparece en el umbral. Al verme, su expresión cambia de inmediato, se suaviza, y noto la preocupación en sus ojos.

—Eden… —susurra, acercándose a mí con cautela, como si temiera que pudiera romperme.

Me llevo las manos a la cara, intentando ocultar las lágrimas que fluyen sin control desde mis ojos. Pero Alex me rodea con sus brazos y en su abrazo me siento pequeña, frágil, una niña que no sabe si puede seguir soportando tanto peso.

—Lo siento —murmuro, y mi voz apenas es un hilo roto—. Lo siento… no quería escuchar, pero… todo esto…

Alex me aparta el cabello de la cara y sus ojos se encuentran con los míos, llenos de esa ternura que siempre ha tenido para mí, incluso en los momentos más oscuros.

—No tienes nada de qué disculparte —me dice con voz firme, pero con una suavidad que me desarma—. Eden, esto no es tu culpa. Tú no eres el problema. No voy a dejar que ellos nos separen. No pienso permitirlo.

Intento esbozar una sonrisa, pero las palabras de su madre y de Henry siguen resonando en mi cabeza. No puedo dejar de preguntarme si, en el fondo, tienen razón. Si, tal vez, soy yo quien está dañando la vida de Alex.

—Alex… —le miro, buscando las palabras adecuadas—. ¿De verdad vale la pena todo esto? ¿Realmente quieres enfrentarte a tu familia por mí?

Él toma mis manos y sus dedos se entrelazan con los míos y me mira con una intensidad que me hace olvidar por un segundo todo lo demás.

—No he estado tan seguro de nada en mi vida. Si mis padres no son capaces de aceptar a la mujer que amo y al hijo que estamos esperando, entonces serán ellos quienes desaparezcan de nuestra vida, no al revés.

Sus palabras son un consuelo para mí, pero no borran las dudas que siguen incrustadas en mi pecho. Sé que Alex está dispuesto a enfrentarse al mundo por nosotros, pero… ¿y yo? ¿Tengo la fortaleza suficiente para soportar el rechazo de su familia y para criar a nuestro hijo sabiendo que tal vez siempre seremos una piedra en el zapato para ellos?

Antes de que pueda responder, Alex me acaricia la cara secando mis lágrimas.

—Por favor, confía en mí. Le miro y en sus ojos encuentro la promesa de alguien que está dispuesto a luchar por lo nuestro, que ha decidido quedarse a pesar de todo lo que tiene en contra. Pero no puedo evitar la incertidumbre que ha empezado a crecer en mi interior, como una sombra que se niega a desvanecerse. Tal vez el tiempo logre disipar estos temores, o tal vez

siempre lleve conmigo la duda de si, al final, este amor que compartimos será suficiente para sostenernos.

Suspirando, asiento y le abrazo, aunque mis pensamientos siguen enredados en un torbellino de dudas. Y, por ahora, ese abrazo es suficiente, porque en sus brazos en cuentro el refugio que me permite seguir adelante, al menos un día más.

# Capítulo 28

# Alex

En Glenn Slante, el silencio y la paz nos envuelven. Esta casa en medio de la naturaleza, que para otros puede parecer imponente, se ha convertido en nuestro refugio, un rincón del mundo que siento propio, especialmente ahora que Eden y yo estamos aquí juntos, soñando con un futuro que cada día parece más real y nuestro. En este espacio, lejos de los ecos de las intrigas familiares, las palabras suenan sinceras, y los gestos son tan íntimos que casi parecen existir solo para nosotros dos.

Estamos sentados en la biblioteca, un lugar que se ha convertido en nuestro rincón favorito de este lugar. La luz tenue se cuela por las ventanas altas y dibuja un ambiente sereno, perfecto para las confidencias. Eden, con una mano apoyada sobre su vientre, se recuesta en el sillón frente a mí y, por un momento, me pierdo en la dulzura de su expresión y en la paz que refleja su cara. Mi corazón se acelera al verla así, y siento la necesidad de decirle algo que tengo en mente desde hace tiempo.

—Quiero que sepas algo —comienzo, buscando su mirada para asegurarme de que mis palabras lleguen hasta lo más profundo de su ser—. Tú y nuestro hijo sois lo único que me importa. Sois mi prioridad. Si alguna vez he dudado de algo en mi vida, contigo es distinto.

Ella me observa en silencio, con los ojos brillantes de emoción. Asiente, pero noto en su mirada una pequeña sombra de miedo, de duda, que me hace querer protegerla aún más. En Glenn Slante hemos encontrado un respiro, un refugio seguro, pero sé que dentro de su cabeza aún resuenan las palabras de Henry y la desaprobación de mis padres. Estos días han sido intensos y, aunque ahora estamos aquí, siento que su corazón aún no logra deshacerse de las sombras que la han acechado desde que llegó.

—Todo aquí parece tan… real —murmura ella finalmente, acariciando su vientre con una suavidad que me enternece. Su voz suena como un susurro que acaricia el aire, llena de esperanza, pero también de vulnerabilidad—. Como si fuera lo único que necesitamos, Alex, como si el resto del mundo no existiera.

—Es que no existe —respondo, sin dudar ni un segundo, y le sonrío con ternura, deseando que sienta mi sinceridad en cada una de mis palabras—. Lo único que quiero en este momento, es que este sea nuestro mundo y que nada ni nadie lo rompa.

Eden entrelaza sus dedos con los míos, lo que me reconforta de una manera indescriptible. Su piel es suave y cálida, y en este contacto encuentro una fortaleza que pocas veces había sentido. Con ella, cada día parece un paso más hacia la vida que realmente deseo, una vida llena de las luchas de poder de mi familia.

Ella permanece en silencio unos segundos, pensativa, y entonces alza la mirada con una

pequeña sonrisa cargada de emoción.

—¿Y qué haremos cuando llegue el bebé? —pregunta y en su voz noto una mezcla de felicidad y nerviosismo, como si la idea de que la vida de nuestro hijo está creciendo en su interior aún la tomara por sorpresa a ratos.

La miro con una adoración que no puedo ni quiero ocultar. La imagen de Eden y nuestro hijo aquí, en Glenn Slante, me llena de una paz y un gozo que nunca había experimentado. Este lugar, que antes me parecía simplemente una herencia más de la familia, ahora lo veo como un hogar, un refugio para nosotros.

—Le enseñaremos a amar este lugar —respondo, deslizando suavemente mis dedos por su mejilla y observando cómo cierra los ojos al notar mi contacto para disfrutar de la caricia—. Glenn Slante será su hogar, un lugar lleno de amor y de paz, donde podrá crecer sin temores ni rencores. Aquí podrá ser libre, y tú también.

Al escucharme, Eden suspira y apoya la cabeza en mi hombro y, por un instante, siento que el mundo entero se reduce a nosotros dos, a nuestro sueño compartido y a esa vida que estamos construyendo juntos y que tanto deseamos. Nos quedamos así, en silencio, dejándonos envolver por la tranquilidad del momento, sabiendo que mientras estemos unidos, nada podrá romper lo que tenemos.

Sin embargo, la calma se rompe cuando el teléfono de Eden vibra inesperadamente sobre la mesa. Ella se estremece y noto cómo sus dedos se tensan alrededor de los míos. La veo alcanzar el móvil con cautela, y cuando su mirada se posa en la pantalla, el brillo de paz en sus ojos desaparece, dejando paso a una expresión de desconcierto y temor.

—¿Quién es? —pregunto, esforzándome en mantener un tono sereno, aunque en mi interior algo me alerta.

Eden observa el teléfono sin responder y cuando finalmente contesta, noto en su voz una vacilación que no es propia de ella. Siento que algo dentro de mí se revuelve al ver su expresión.

—Sí… soy yo —dice, y puedo notar cómo su voz tiembla ligeramente, como si quien quiera que esté al otro lado de la línea le resultara inesperado y perturbador.

Desde donde estoy no logro escuchar lo que le dicen, pero observo cómo su rostro cambia y cómo la inquietud empieza a dibujarse en sus facciones. Sus dedos comienzan a juguetear con el borde de su vestido, un gesto que hace siempre que está nerviosa, y ver ese movimiento me hace recordar todas las veces en las que Henry ha intentado meterse en nuestra vida, desestabilizarnos, y cómo, a pesar de nuestro esfuerzo por alejarnos, las sombras de su ambición siguen persiguiéndonos.

Eden termina la llamada de forma abrupta y deja el teléfono sobre la mesa, pero veo cómo sus manos tiemblan. Trato de acercarme, de sostener su mirada y de darle ese apoyo que siempre he querido brindarle, pero sus ojos están perdidos, como si lo que ha escuchado la hubiera llevado lejos de mí, muy lejos.

—¿Eden? —pregunto en voz baja, tomando su mano con suavidad y entrelazando nuestros dedos. Al tocarla, siento su piel fría, y eso me hace apretar un poco más mi mano alrededor de la suya, como si así pudiera devolverle algo de la calma que ha perdido—. ¿Quién era?

Alza la mirada lentamente y en sus ojos veo un destello de miedo y desconcierto. Traga saliva antes de hablar, y cuando finalmente lo hace, su voz es un susurro, cargado de algo que no logro descifrar.

—No… no estoy segura, Alex. Era alguien que me dijo… que debía tener cuidado. Que

no me fie de nadie, porque hay cosas que no sabemos. Que todo lo que creemos seguro podría tambalearse en cualquier momento.

Sus palabras caen sobre mí como una losa pesada. Mi mente intenta procesarlas, entender el significado oculto detrás de esa advertencia, pero mi primera reacción es pensar en Henry y en sus intentos por desestabilizarnos, en cómo ha sido capaz de manipular a mis padres y de sembrar la duda en nuestras vidas. Una llamada como esta solo puede ser parte de sus artimañas, una jugada más en su juego sucio.

—No dejes que te asuste —digo, tratando de sonar firme, de brindarle la seguridad que necesita en este momento—. Nadie va a arrebatarnos lo que tenemos aquí. Nadie.

Ella asiente lentamente, pero en sus ojos veo que las dudas siguen allí, instaladas en su mente como un veneno que se expande. No quiero que estas palabras misteriosas la carcoman, no quiero que el miedo vuelva a ensombrecer su sonrisa, así que acerco su rostro al mío y la miro a los ojos, dejando que vea la firmeza de mi decisión.

—Prometo que todo estará bien —le susurro, y siento cómo sus hombros se relajan levemente. La abrazo y me permito rodearla con mis brazos, buscando con este gesto alejar cualquier sombra que intente acercarse a nosotros.

Durante un rato, permanecemos en silencio, dejando que el aire tranquilo de Glenn Slante vuelva a colarse en nuestros pulmones, recordándonos que, pese a todo, este lugar sigue siendo nuestro refugio, como también lo fue para Hellen y Donald. La miro y, en ese instante me doy cuenta de que, pase lo que pase, no pienso permitir que nada ni nadie altere la paz que hemos encontrado.

—Mañana podremos dar un paseo —sugiero suavemente, apartando un mechón de pelo de su cara—. Iremos al lago, será solo para nosotros dos. Glenn Slante es inmenso y, te lo prometo, que lo único que oiremos será el sonido del viento entre los árboles. Nadie más.

Ella asiente y en su sonrisa cansada veo que mi propuesta ha conseguido, al menos, aliviar su preocupación, aunque solo sea un poco por el momento.

# Capítulo 29

# Eden

La carretera se extiende ante nosotros como una cinta oscura y sinuosa bordeada de árboles de color verde profundo. La noche empieza a caer, y el cielo se tiñe de un gris profundo que anuncia la llegada de la oscuridad. De vez en cuando, Alex aparta los ojos de la carretera y me dedica una breve mirada, una sonrisa suave que ilumina sus facciones y que me recuerda que, a pesar de todo, estamos juntos y decididos a hacer frente a lo que venga.

Sin embargo, algo en el ambiente me incomoda, una inquietud que se asienta en mi pecho y que no consigo sacarme de encima. Quizá sea el agotamiento acumulado de los últimos días o el recuerdo de la llamada extraña que recibí en Glenn Slante. Pero, justo cuando estoy a punto de mencionarle mi preocupación, noto que su mirada se endurece. Veo cómo sus manos se aferran al volante y sus nudillos se vuelven blancos. Su expresión cambia, se tensa, y el aire en el coche se vuelve tan denso que parece difícil de respirar.

—¿Qué pasa? —pregunto, tratando de mantener la calma.

Alex no responde de inmediato, pero veo cómo su mirada se alterna entre el espejo retrovisor y la carretera, con una mezcla de preocupación y tensión que no logra disimular.

—Es Henry —murmura finalmente, y ese nombre me golpea como un puñetazo en el estómago.

Mi cuerpo se tensa automáticamente y giro la cabeza para mirar hacia atrás. Y entonces lo veo, el deportivo oscuro que sigue cada uno de nuestros movimientos como una sombra maliciosa, demasiado pegado a nuestro coche. La velocidad a la que se acerca me provoca una sensación de vértigo y terror.

—¿Qué está haciendo? —le pregunto en un susurro, cargado de temor.

—Intenta asustarnos, probablemente —responde Alex, sin apartar la vista de la carretera —. O algo peor.

El coche de Henry se acerca aún más, hasta que puedo distinguir con claridad la expresión en su rostro por el resplandor de las luces de freno de nuestro coche. Su mirada es fría, calculadora, como si estuviera disfrutando de nuestra incomodidad, como si todo esto no fuera más que un juego para él.

—Alex… —empiezo a decir, pero las palabras se me ahogan en la garganta cuando veo cómo Henry acelera y se coloca peligrosamente cerca de nosotros.

—Tranquila—me dice él, con un tono firme pero suave—. No voy a dejar que nos pase nada.

Pero las palabras de Alex, aunque reconfortantes, no logran calmar el pánico que comienza a apoderarse de mí. Las curvas de la carretera se suceden una tras otra y la cercanía de Henry se convierte en una amenaza demasiado real. El deportivo se lanza hacia nosotros en un intento descarado de empujarnos y de sacarnos de la carretera. Alex lucha por mantener el

control del coche con las manos firmes en el volante, pero noto la tensión en cada músculo de su cuerpo y en su mirada que no se aparta de la carretera.

—¡Cuidado! —grito cuando siento que el coche derrapa ligeramente en una de las curvas.

Alex corrige la dirección con habilidad, pero la maniobra de Henry es demasiado agresiva y antes de que pueda reaccionar, siento el impacto en el lateral de nuestro coche. Un golpe seco que hace que mi cuerpo se sacuda violentamente y que un dolor punzante atraviese mi vientre, llenándome de un miedo irracional y aterrador.

—¡Eden! —exclama Alex, pero apenas oigo su voz, ahogada por el rugido de los motores y el sonido del metal crujiendo.

Otro golpe nos sacude y esta vez siento cómo el coche pierde el control. La carretera se convierte en un borrón mientras nos desestabilizamos en la curva. Alex hace un último intento por mantener el control, pero es inútil. El coche se desliza hacia la cuneta y, en cuestión de segundos, el mundo a nuestro alrededor se convierte en una mezcla de sonidos ensordecedores, de luces que parpadean en la oscuridad y de una sacudida violenta que parece no tener fin.

Cuando el coche se detiene finalmente, siento que el silencio regresa, pero es un silencio cargado de miedo y confusión. Intento abrir los ojos, pero lo veo todo borroso. Me duele todo y el sonido de mi respiración entrecortada es lo único que rompe el mutismo total en el que estamos sumidos. Lucho por orientarme, por entender lo que ha ocurrido, pero lo único que ocupa mi mente en este momento es el bebé, nuestro bebé, y el pánico de no saber si está bien.

—Eden, ¿me escuchas? —La voz de Alex llega a mí como un susurro distante, pero al sentir su mano cálida sobre la mía, me aferro a ese contacto como si fuera un salvavidas en medio de la tormenta.

—El bebé… —consigo murmurar, sintiendo cómo una lágrima cálida resbala por mi mejilla—. ¿Está… está bien?

—Todo va a estar bien, cariño —me asegura él, pero noto el temblor en su voz, una señal de que ni siquiera está seguro de lo que dice—. Voy a llamar a una ambulancia, no te preocupes.

El tiempo parece ralentizarse mientras espero, sumida en una mezcla de dolor y ansiedad. Escucho a Alex hablar por teléfono con la voz tensa y desesperada mientras pide ayuda. Cada segundo que pasa se convierte en una eternidad y la angustia que siento se mezcla con la impotencia que me invade. Mi cuerpo me traiciona, dejándome vulnerable y frágil, y el miedo a perder al bebé se apodera de mí con una intensidad que nunca había sentido.

Pasan unos minutos o tal vez una eternidad, hasta que oigo el sonido de sirenas a lo lejos. Las luces parpadeantes se acercan rápidamente y el alivio se mezcla con el terror que no logro apartar de mi interior. Alex permanece a mi lado, sosteniendo mi mano con una firmeza desesperada.

Los paramédicos llegan y, con movimientos rápidos y eficaces, me colocan en una camilla. Al instante, me encuentro rodeada de personas que hablan en voz baja, con rostros desenfocados en mi visión borrosa. Intento concentrarme en sus palabras, en los gestos amables que me ofrecen, pero mi mente se niega a calmarse. El miedo sigue ahí, pegajoso e implacable, recordándome lo vulnerable que soy en este momento.

—Voy con ella —escucho la voz de Alex, firme y decidida, aunque los paramédicos intentan disuadirlo.

—Señor, necesitamos espacio para trabajar —dice uno de ellos, pero la mirada de Alex

es tan intensa que finalmente ceden, permitiéndole subir a la ambulancia a mi lado.

Durante el trayecto, no me suelta mi mano ni un segundo. Sus dedos se entrelazan con los míos, transmitiéndome una calidez que me ayuda a mantener la calma, aunque el pánico sigue acechando en cada rincón de mi mente. Miro su cara y veo la angustia reflejada en sus ojos y me doy cuenta de que, por primera vez, le veo asustado. Siento que, a pesar de su intento por mantener la calma, la posibilidad de perderme o de perder a nuestro hijo, lo está destrozando.

Finalmente, llegamos al hospital. Me llevan rápidamente a una sala de urgencias, donde no dejan entrar a Alex. Los sanitarios comienzan a hacer preguntas y a prepararse para realizarme pruebas. La sensación de soledad me invade por completo, pero en el fondo sé que tengo que ser fuerte, por mí, por Alex y por nuestro hijo.

Cada minuto que pasa es una agonía. Los médicos trabajan a mi alrededor, pero no puedo evitar sentir que el tiempo se dilata, que cada segundo cuenta y que todo podría cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Por suerte, poco a poco, el dolor que siento comienza a amainar, y la voz de uno de los médicos me devuelve a la realidad.

# Capítulo 30

# Alex

El silencio del hospital es distinto a cualquier otro. Es un silencio cargado, tenso, como si las paredes absorbieran la ansiedad y el miedo de quienes, como yo, esperan noticias que pueden cambiar su vida en un segundo. Estoy solo en esta sala blanca y estéril, me siento tan pequeño, tan insignificante en este sitio impersonal, que ni siquiera sé cómo manejar el peso de la angustia que me invade.

Me paso una mano por el pelo, sintiendo el cansancio en cada músculo de mi cuerpo y en cada latido acelerado de mi corazón, que solo me recuerda la interminable espera. Pienso en Eden y en el bebé que crece dentro de ella, y el terror se apodera de mí con una fuerza que no había conocido hasta ahora. Jamás imaginé que podría tener tanto miedo, que un sentimiento tan oscuro pudiera doblegarme de esta manera.

¿Cómo puede alguien, en su propio afán de poder y venganza, llegar al punto de atacar a lo más sagrado que tengo en la vida? Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en la pared y chasqueo los labios. Intento entenderlo, buscar alguna lógica en los actos de Henry, pero me resulta imposible. No hay nada en este mundo que pueda justificar su maldad y su desprecio por la vida de Eden y nuestro hijo. Y mientras pienso en él, siento cómo mi rabia crece y cómo se convierte en un fuego que me quema por dentro, que me hace temblar y me obliga a levantarme de la incómoda silla en la que llevo no sé cuánto tiempo esperando noticias de Eden.

Camino de un lado a otro, incapaz de quedarme quieto, como si con cada paso pudiera alejar de nosotros la amenaza que representa Henry. Pero sé que no es tan fácil. Necesito algo más que pasos nerviosos y respiraciones agitadas para protegerlos.

De repente, las palabras surgen en mi mente, y antes de que me dé cuenta, estoy rezando en voz baja, aferrado a la única certeza que tengo: Eden y nuestro hijo son lo único que me importa en esta vida. Aprieto los puños y cierro los ojos, pronunciando mis pensamientos en un susurro que apenas rompe el silencio de la sala.

—Te prometo que no permitiré que nada ni nadie os haga daño —murmuro, sintiendo cómo el peso de la promesa se instala en mi pecho—. Os protegeré con todo lo que tengo y con todo lo que soy. Porque sois mi vida, mi futuro y no hay nada en este mundo que me importe más que vosotros.

Me siento de nuevo y bajo la cabeza, llevándome las manos a la cara en un intento por controlar la rabia y el dolor que se mezclan dentro de mí. Las imágenes de Eden en el coche, su mirada asustada y el instante en que perdimos el control… regresa a mí como un golpe seco. Fue solo un segundo, un segundo en el que temí lo peor, en el que el mundo se desmoronó a mi alrededor y ahora cada uno de esos recuerdos me atraviesan el pecho como afilados puñales.

Me doy cuenta de que he dejado que mi familia se convierta en una trampa, que mi apellido, ese que antes llevaba con tanto orgullo, se ha transformado en una especie de

maldición. La codicia de Henry ha contaminado todo, ha podrido los cimientos de lo que alguna vez significó ser un MacNeil. Porque si ser un MacNeil significa tolerar la maldad y la falta de escrúpulos, entonces yo no quiero ser parte de eso. Prefiero renunciar a todo, dejar atrás la herencia y el título, si eso significa que Eden y nuestro hijo estarán a salvo.

Y entonces, en medio de mi tormento, pienso en las promesas que le hice a Eden. Le prometí que siempre estaríamos juntos, que la protegería de cualquier peligro, y aquí estoy, en un hospital, incapaz de hacer nada más que esperar. Resoplo y recuesto la espalda en la silla. La impotencia me consume y siento que cada minuto es una prueba de mi resistencia, de mi amor por ella y por nuestro hijo. Porque en este momento no hay nada más que eso, nada más que los dos. Mi amor por ellos es lo único que me sostiene, la única fuerza que me mantiene cuerdo.

Pasado un rato, una enfermera entra a la sala y se me acerca. Me levanto de repente de la silla y me acerco hasta ella. Su expresión es serena, y aunque sus ojos denotan cansancio, encuentro en ellos un atisbo de comprensión, de ese tipo de compasión que solo alguien que ha visto mucho dolor puede tener.

—Señor MacNeil —me dice en voz baja—, su esposa está estable y su bebé también. Ha sido un gran susto, pero ambos están bien. Cuando quiera, puede entrar a verla.

Las palabras me golpean como un bálsamo, y el alivio que siento es tan inmenso que tengo que apoyarme en la pared para no caer. Mis ojos se llenan de lágrimas que no me esfuerzo en reprimir, porque en este momento no me importa nada más que el hecho de que están bien, de que el peor miedo de mi vida no se ha hecho realidad.

—Gracias… —consigo murmurar con la voz quebrada, y la enfermera asiente antes de retirarse, dejándome solo con la noticia que, durante horas, temí no recibir.

Avanzo hacia la puerta con pasos vacilantes, como si necesitara asegurarme de que realmente están bien, de que Eden está a salvo. Entro en la habitación, y ahí está, recostada en la cama, pálida pero consciente. Sus ojos se encuentran con los míos, y lo que veo en su mirada es un reflejo de mi propia vulnerabilidad, de la mezcla de terror y alivio que hemos experimentado.

—Eden… —murmuro mientras me acerco a ella, con la voz cargada de todo lo que siento, pero que no soy capaz de expresar con palabras.

Ella me sonríe débilmente y extiende su mano hacia mí y yo la envuelvo entre las mías como si fuera lo más valioso que poseo. Al sentir su tacto, encuentro la calma, la paz que tanto necesito en este momento, y me doy cuenta de que, pase lo que pase, nunca dejaré que nadie nos quite esto.

—Todo va a estar bien —le digo, aunque en realidad es a mí mismo a quien intento convencer—. Te lo prometo, mi amor. Nada ni nadie os hará daño mientras yo esté aquí.

Ella asiente y en su mirada veo un amor y una confianza que me desarman. Me inclino hacia ella y le doy un beso en su frente, sintiendo cómo el alivio se transforma en una promesa silenciosa. Porque ahora sé que este amor que siento y esta familia que estamos formando, es lo único que necesito, y no voy a permitir que el odio y la maldad de nadie lo destruyan.

Pasamos un rato en silencio y siento cómo su respiración se vuelve más tranquila y cómo su cuerpo se relaja mientras estoy a su lado.

Esa noche, mientras Eden duerme, me quedo a su lado, velando su sueño y el de nuestro hijo, prometiéndome a mí mismo que haré todo lo que esté en mi mano para protegerlos.

# Capítulo 31

# Eden

El suave murmullo de las conversaciones y el sonido rítmico de los pasos en los pasillos del hospital me envuelven como una banda sonora lejana mientras sigo en la cama, con Alex sosteniendo mi mano. Su presencia es como un ancla, algo sólido a lo que aferrarme en este momento en el que mi cuerpo aún continúa débil y mi mente sigue reviviendo el accidente. Cierro los ojos, intentando concentrarme en su respiración, en el calor de su piel contra la mía y permito que esa sensación me devuelva poco a poco la calma que necesito.

Siento cómo su pulgar acaricia el dorso de mi mano con suavidad, una caricia que intenta ser tranquilizadora y que me transmite un amor profundo, sin palabras, ese amor que hemos compartido y que ha crecido entre nosotros, superando tantas barreras.

—¿Cómo te encuentras? —me susurra inclinándose hacia mí. Su mirada está cargada de preocupación, pero también de ese cariño que jamás ha flaqueado, ni siquiera en los momentos más oscuros.

—Estoy mejor —respondo en voz baja, intentando no preocuparle más de lo que está—. Solo… me siento un poco aturdida, pero creo que es normal después de todo.

Alex asiente y veo que sus ojos se humedecen levemente, como si aún estuviera reviviendo el temor que debe haber sentido al pensar que podía perderme. Me siento muy afortunada de tenerle a mi lado, de saber que, pase lo que pase, siempre estará aquí para cuidarnos a mí y a nuestro bebé.

Al cabo de un rato, escuchamos el sonido de unos pasos firmes que se acercan a la habitación. Alex levanta la mirada hacia la puerta y noto cómo su expresión cambia, como si una mezcla de emociones lo invadiera de repente. Giro la cabeza y veo que sus padres han entrado en el dormitorio. Sorprendida, miro a Alex, que no aparta la mirada de sus padres. Su madre, con el rostro tenso, avanza unos pasos, seguida de su padre, que se detiene al vernos a ambos. La tensión entre ellos es palpable, como una barrera invisible que parece dividirnos, pero en sus miradas detecto algo distinto y que me sorprende.

Los padres de Alex, que siempre me han mirado con frialdad, parecen distintos hoy, como si la preocupación hubiese hecho mella en sus corazones y los hubiese acercado hasta aquí de un modo en el que jamás habría imaginado.

—Eden… —comienza su madre, con un tono de voz que intenta ser suave, aunque percibo la cautela en cada palabra—. Nos enteramos de lo sucedido y… no podíamos quedarnos al margen. Queríamos saber cómo estás.

Mi primera reacción es quedarme en silencio, observándola, buscando en su mirada alguna señal que confirme lo que sus palabras me transmiten. Su rostro, siempre serio, hoy tiene una expresión que casi parece frágil y al notar su vacilación, algo dentro de mí me dice que esta visita no es solo por cortesía.

—Gracias… —respondo, manteniendo la voz baja y calmada, aunque los nervios invaden mi cuerpo—. Estoy recuperándome.

—Estamos… —interviene su padre, aunque se detiene al ver la expresión de Alex—, estamos aliviados de que estés bien.

Las palabras de su padre me sorprenden. Siempre le he visto como un hombre firme, incluso distante, y en su tono detecto una especie de rendición, como si este accidente hubiera removido algo profundo en él, algo que, tal vez, ha empezado a hacerle ver las cosas de otro modo.

Alex, que ha estado observando en silencio, me aprieta la mano con firmeza y da un paso hacia ellos. Sus ojos reflejan una mezcla de emociones que es difícil de descifrar: el amor que siente por ellos, el resentimiento que ha acumulado en su corazón por la falta de apoyo hacia nosotros, y ahora, una especie de necesidad de reconciliación, aunque con cautela.

—Mamá, papá… —dice finalmente, con la voz tan cargada de sentimientos, que hace que la tensión en la sala se intensifique por un instante—. Esta es la familia que estoy formando y es lo que realmente me importa en mi vida ahora.

Su madre baja la mirada, como si esas palabras hubieran impactado de manera profunda en ella. Siento cómo mis ojos se humedecen al ver la expresión de Alex, su entrega y esa protección con la que me envuelve, sin importar quién esté delante. Siempre me ha defendido, pero hoy siento que lo hace con una convicción aún más profunda, como si el accidente hubiera sido el catalizador que necesitaba para reafirmarse frente a sus padres.

—Alex… —su madre levanta la mirada y me sorprende ver sus ojos empañados de lágrimas, algo que jamás habría esperado de una mujer que siempre se ha mostrado tan inquebrantable—. Creo que… creo que hemos sido injustos con vosotros. Esta experiencia nos ha hecho darnos cuenta de lo que realmente importa y… me duele ver que hemos llegado hasta este punto.

Su voz se rompe ligeramente y, al escucharla, una parte de mí empieza a entender que, a pesar de todo el rechazo que he sentido de su parte, ellos también están luchando con sus propios sentimientos. Supongo que no ha sido fácil para ellos aceptar nuestra relación y el hijo que viene en camino, pero ahora, parece que esta experiencia traumática, les ha hecho replantearse su postura.

Alex se queda en silencio, asimilando las palabras de su madre, mientras su padre se acerca un poco más hasta colocarse junto a ella. Ambos intercambian una mirada breve y luego nos observan a nosotros, como si finalmente entendieran que nuestra familia ya no es solo un concepto, sino que es algo real, algo que no pueden continuar ignorando.

—Eden, nosotros… —empieza su padre, con una voz que intenta ser firme, pero que revela una vulnerabilidad desconocida en él—. Queremos que sepas que… aunque no hemos estado de acuerdo con muchas cosas, no queríamos llegar a esto. No queríamos que sufrieras de esta manera.

Sus palabras calan en mí de un modo que no esperaba. Siento que, de algún modo, esta experiencia ha despojado a cada uno de nosotros de las capas que hemos ido construyendo a lo largo del tiempo. Los rencores, las desconfianzas… todo eso parece desvanecerse en el aire de esta pequeña habitación de hospital. Es un momento frágil, pero auténtico, y me doy cuenta de que, tal vez, esta sea la primera vez en la que sus padres me ven realmente, no como una amenaza, sino como parte de la vida de su hijo y como la madre de su nieto.

—Agradezco que estéis aquí —les digo, esforzándome por mantener mi voz firme a

pesar de la emoción que me invade—. Significa mucho para nosotros.

Ellos asienten y, por un instante, el silencio se convierte en un puente entre nuestras diferencias, en una especie de tregua que todos sabemos que es necesaria. Alex, que hasta ahora había estado observando con cautela, se relaja ligeramente, y noto cómo su mano se afloja en la mía, como si esta visita le hubiera dado un alivio inesperado.

—Esperamos poder estar más presentes —dice su madre, dirigiendo su mirada hacia Alex—. Queremos estar ahí para ti, para Eden y… para nuestro nieto.

El nudo en mi garganta se hace más grande al escuchar esa palabra. Nieto. Por primera vez, lo mencionan de un modo que no está cargado de juicios ni reproches. Es solo una palabra, pero en este contexto tiene una importancia inmensa. Alex me mira, y en sus ojos veo la misma emoción que yo siento.

—Será bien recibido —respondo, mirándolos con una sonrisa leve—. Ser parte de nuestras vidas siempre será una opción, siempre y cuando estéis dispuestos a aceptar lo que somos, sin condiciones.

Ambos asienten y, aunque ninguno pronuncia una respuesta inmediata, en sus caras veo el esfuerzo por aceptar lo que les estoy pidiendo. Imagino que no será fácil para ellos cambiar de perspectiva de la noche a la mañana, pero esta conversación es un paso, un acercamiento que, después de tanto tiempo de tensiones, parece tener el poder de arreglar las cosas entre nosotros.

Al cabo de unos minutos, deciden marcharse y Alex les despide en la puerta con un abrazo breve, pero significativo, y después regresa a mi lado. Se sienta junto a mí y me toma la mano, en silencio, como si cada uno de nosotros estuviera asimilando lo que acaba de suceder.

—¿Te sientes mejor? —me pregunta, con una sonrisa serena, aunque en su mirada aún se percibe la emoción.

—Mucho —respondo, apretando su mano—. Siento que… tal vez las cosas comiencen a cambiar.

Asiente y me acaricia la mejilla, dejando que sus dedos se deslicen por mi piel con una suavidad que solo él sabe transmitir. En su mirada veo una promesa silenciosa, una certeza de que, pase lo que pase, siempre estaremos juntos. Y en este instante, en el que por fin parece que hemos encontrado un poco de paz, siento que, a pesar de todos los obstáculos, nuestra familia está comenzando a unirse de una manera que jamás habría imaginado.

# Capítulo 32

# Alex

Eden está de vuelta en casa y su recuperación avanza, pero el peso de todo lo ocurrido aún nos persigue. Cada rincón del castillo me recuerda a lo que sucedió los últimos días y a lo cerca que estuvimos de perderlo todo.

Sentada en el sofá, Eden con la piel aún pálida y con la mirada cansada, se acomoda con cuidado. Se inclina ligeramente, y yo me siento a su lado, pasando un brazo tras sus hombros para que se apoye. Nos quedamos en silencio durante unos segundos, mientras el crepitar de la chimenea llena la estancia de una calidez que trata de contrarrestar el frío que me ha dejado en el pecho todo lo que nos ha hecho Henry.

—Gracias, mi amor —murmura mientras entrelaza sus dedos con los míos y me mira con una ternura que me desarma.

—Soy yo quien debería darte las gracias —respondo, sin apartar mi mirada de la suya—. Por ser fuerte y soportar todo esto sin perder la esperanza.

En ese instante, el sonido de pasos en el pasillo interrumpe nuestros pensamientos. Me levanto y veo a mis padres entrando en el salón, con gestos serios pero contenidos, como si cada paso los acercara a una verdad de la que ya no pueden huir. Mi madre, con su habitual autocontrol, me observa y luego dirige su mirada a Eden, que la saluda, aunque su expresión es cautelosa.

—¿Cómo estás, Eden? —pregunta mi madre, sin apartar la vista de ella.

—Estoy mejor, gracias —responde con un tono amable pero firme, mientras acaricia su vientre abultado.

Es el momento. Me dirijo a mi padre, cuya expresión es indescifrable, y comienzo a hablar, sabiendo que esta es la conversación definitiva. Me coloco frente a ellos, con los brazos cruzados y la mirada fija.

—Quiero que entendáis algo —comienzo, manteniendo un tono sereno—. Lo que ocurrió no fue un accidente. Henry nos embistió deliberadamente, sabiendo que Eden, embarazada de nuestro hijo, estaba en el coche. Lo hizo sin el menor escrúpulo, consciente del riesgo, y por eso le he denunciado.

Al escucharme, los rostros de mis padres se crispan, primero con sorpresa, luego con incredulidad y, finalmente, con una mezcla de horror y desconcierto. Mi padre, que rara vez muestra emociones, parece digerir mis palabras con dificultad. Veo cómo su mandíbula se tensa y su mirada se nubla.

—Alex, ¿estás seguro de lo que has hecho? —pregunta finalmente mi padre, con un tono que delata su incredulidad.

—Más que seguro —respondo sin dudar—. El accidente fue intencionado. No se trató de un error ni de un malentendido. Lo hizo con la frialdad y la intención de hacernos daño y acabar

con nosotros.

Mi madre se lleva una mano al pecho y noto en su expresión la confusión que siente y la intención de comprender la magnitud de la situación. Durante tantos años han tolerado las excentricidades y abusos de Henry, pero esta vez, no hay lugar para el beneficio de la duda. Les obligo a mirar el peligro de frente, sin que puedan desviarse, porque estoy decidido a que se enfrenten a la verdad que, hasta ahora, han preferido ignorar.

—Siempre le habéis excusado, siempre le habéis permitido campar a sus anchas, como si no existieran límites para su maldad—añado, sin apartar la mirada de ellos—. Pero esto es inaceptable. Se acabaron las justificaciones y si seguís apoyándolo después de lo que ha hecho, me perderéis a mí, a Eden y a vuestro nieto.

Mis palabras resuenan en el salón, cargadas de una firmeza que ni siquiera yo sabía que poseía. Eden se mantiene en su sitio, observando con atención, sin interrumpir, pero sé que está a mi lado, apoyándome en cada una de mis palabras.

Mi padre alza la mirada y se gira hacia mi madre, quien asiente casi imperceptiblemente, como si entre ambos hubieran alcanzado un acuerdo tácito. Después, me mira directamente a los ojos.

—Entendemos que las cosas han llegado demasiado lejos —admite con la voz más rota de lo que jamás le había oído—. Henry… no es la persona que creíamos.

Mi madre, en un gesto inusual, extiende una mano hacia Eden y, aunque vacila por un momento, finalmente la posa sobre la de ella. Es un gesto pequeño, casi insignificante, pero que encierra una disculpa muda, una promesa de empezar de nuevo y de reconsiderar las cosas.

—No podemos cambiar lo que ha sucedido —dice mi madre en voz baja—, pero como ya os dijimos en el hospital, estamos aquí para vosotros. Para ti, para Eden y para el bebé.

Veo que Eden contiene la respiración, más convencida ahora del cambio de mi madre. A pesar de los roces y la desconfianza, parece que este último acto de crueldad de Henry ha destrozado algo en ellos, algo que tal vez necesitaba romperse para que, por fin, aceptaran lo evidente: Eden es mi elección y no pienso dejar que nada ni nadie altere la paz que estamos construyendo.

—Me duele que hayamos llegado a este punto —continúa mi padre, mirando a mi madre y luego a mí—. No es lo que queríamos para la familia, y mucho menos para ti, Alex.

—No es tarde para empezar a arreglar las cosas —respondo, mirándolos con una mezcla de alivio y desconfianza—. Pero eso significa aceptar a Eden y a nuestro hijo sin reservas ni condiciones. Si no podéis hacerlo, prefiero que cada uno siga su camino.

Mis palabras caen con peso, pero ellos asienten, esta vez sin titubeos. Quizás Henry, en su afán por destruir, ha conseguido unirnos como nunca. Y aunque la relación entre nosotros sigue siendo frágil, siento que hemos dado un paso hacia algo más sincero y honesto.

Nos quedamos en el salón unos momentos más, sumidos en un silencio que parece diferente, menos tenso, como si por primera vez pudiéramos empezar a mirar hacia adelante sin tantos fantasmas del pasado entre nosotros. Cuando mis padres se despiden, lo hacen con miradas que parecen reflejar una comprensión renovada y una promesa de intentar ser parte de nuestra vida de una forma totalmente nueva.

Cuando se marchan, me giro hacia Eden, que me observa con una mezcla de gratitud y alivio. Me acerco a ella y la tomo de las manos.

—¿Estás bien? —le pregunto con ternura.

—Sí —responde, esbozando una leve sonrisa—. Creo que por primera vez siento que

estamos en el camino correcto y que vamos a poder avanzar.

# Capítulo 33

# Eden

La sala del castillo MacNeil está decorada con una elegancia solemne, con tonos oscuros y detalles en plata que le dan un aire de distinción y sobriedad. La luz de las lámparas se refleja en los espejos antiguos y en la cristalería impecable que adorna cada mesa, creando un ambiente de opulencia que resulta imponente. Los padres de Alex han organizado este evento, y el motivo no podría ser más importante. Por primera vez, la noticia de mi embarazo será pública y no solo eso, también Alex hablará ante todos sobre nuestro futuro y el legado que quiere construir para nuestro hijo.

Mi pulso se acelera cuando veo cómo empiezan a llegar los invitados, que muestran sus respetos a los anfitriones, pero también muestran su curiosidad ante la familia que hoy será el centro de todas las miradas. Mi vientre, aunque todavía poco visible bajo el elegante vestido que he elegido, se convierte en el motivo de los susurros y las miradas que no dejan de observarme con una mezcla de sorpresa y, en algunos casos, de recelo. Aunque mi origen como Fraser siempre ha sido motivo de comentarios entre la aristocracia de la zona, hoy siento que no estoy sola en esta batalla. Hoy, Alex y su familia están de mi lado, y su apoyo me otorga una fortaleza que nunca pensé que tendría.

—Estás preciosa —me susurra Alex al oído mientras su mano se posa en mi cintura, un gesto que me hace sentir segura y que, al mismo tiempo, es una declaración abierta de su compromiso conmigo ante los ojos de los demás.

—Gracias… —le digo con una sonrisa que refleja la mezcla de emoción y nervios que siento. Mis manos tiemblan ligeramente, y él, como si lo notara, entrelaza sus dedos con los míos, transmitiéndome su calma y apoyo.

La llegada de los padres de Alex marca el comienzo de una serie de presentaciones formales. Su madre, con su porte siempre impecable, intercambia saludos y breves palabras con algunos de los asistentes, mientras su padre, con su habitual discreción, se asegura de que cada detalle esté bajo control.

—Es hora —dice Alex en voz baja, mirándome con una expresión que combina el nerviosismo y la determinación.

Asiento, tomando aire para prepararme. La sala se queda en silencio cuando Alex sube al estrado, acompañado por una mirada de orgullo por parte de su padre y una pequeña sonrisa de aliento de su madre. Me doy cuenta de que, por primera vez, están mostrando una aceptación que va más allá de las palabras, y eso me hace sentir una calidez que nunca había experimentado.

—Gracias a todos por acompañarnos esta noche —comienza Alex y su voz resuena en la sala con una firmeza que refleja su convicción—. Hoy es un día especial para mí y para mi familia, y no solo porque tenemos la oportunidad de compartir con todos vosotros este momento, sino porque también quiero anunciar algo muy importante.

Las miradas se cruzan entre los invitados, expectantes y sorprendidos. Es evidente que muchos de ellos no tienen idea de lo que Alex está a punto de decir, y esa incertidumbre solo aumenta la tensión en la sala.

—Como algunos de vosotros ya sabéis —continúa—, Eden y yo vamos a formar una familia. Dentro de unos meses seré padre, y para mí no existe mayor privilegio ni responsabilidad que la de preparar un futuro para nuestro hijo.

Los murmullos de sorpresa invaden la sala. Puedo ver cómo algunos de los presentes intercambian miradas de asombro y, en algunos casos, de desconcierto. Sé que para muchos de ellos, que una Fraser forme parte de los MacNeil es algo difícil de asimilar, pero también tengo la certeza de que Alex no permitirá que eso nos afecte. Lo veo en su postura y en la forma en que me mira desde el estrado, como si me prometiera que, pase lo que pase, siempre estará ahí para nosotros.

—Quiero que todos sepáis —añade, alzando la voz un poco más— que mi compromiso con Eden y con nuestro hijo es absoluto. Mi deseo es construir un legado, no solo basado en títulos o propiedades, sino en valores y en el amor que compartimos. Y eso empieza aquí, con todos vosotros como testigos.

Las palabras de Alex me conmueven profundamente. Siento que ha dejado de lado cualquier duda de forma definitiva y que realmente está dispuesto a enfrentarse a cualquier obstáculo por nosotros. Miro a los padres de Alex y, por un segundo, noto una expresión en sus caras que me sorprende. No es solo orgullo, sino una aceptación real, como si finalmente comprendieran que nuestra familia es parte de su legado también.

Su madre se adelanta y toma la palabra, con una voz suave pero firme:

—Para nosotros, como familia, es un honor poder compartir esta noticia con todos vosotros. Eden ha demostrado una fuerza y una dignidad que merece todo nuestro respeto y apoyo.

Las palabras de la madre de Alex me dejan sin habla. No esperaba que se dirigiera a mí de ese modo y menos aún en público. La frialdad que siempre había percibido en ella parece haberse desvanecido y ha dado paso a una calidez que, aunque cautelosa, me demuestra que está dispuesta a aceptarme como parte de esta familia.

—Estamos aquí —añade el padre de Alex— para asegurar que la familia MacNeil siga adelante, pero también para mostrar nuestro apoyo a Alex, a Eden y al futuro que están construyendo juntos.

Los aplausos llenan la sala. Las palabras de los padres de Alex, sus miradas hacia mí y hacia nuestro hijo son para mí un símbolo de reconciliación y de un comienzo nuevo en el que todos, aunque de formas distintas, estamos aprendiendo a aceptar y a respetar lo que somos y lo que representamos. Siento cómo los ojos se me anegan de lágrimas y veo que Alex, al darse cuenta, me sonríe y entrelaza sus dedos con los míos.

Nos quedamos así, juntos, mientras los invitados se acercan uno por uno a felicitarnos. A medida que recibo sus palabras, abrazos y sonrisas, siento que, poco a poco, este mundo, que alguna vez me pareció ajeno y distante, empieza a abrir sus puertas para nosotros.

Y en medio de la multitud, Alex me susurra al oído:

—Todo va a salir bien.

Siento que la tensión se disuelve un poco más con cada sonrisa y gesto amable que recibimos de los invitados. Incluso aquellos que al principio parecían fríos y escépticos ahora nos miran con respeto. Y aquí estamos, frente a todos ellos, compartiendo nuestro amor y el futuro

que hemos soñado juntos.

Los padres de Alex se mantienen cerca de nosotros, como una muestra visible de apoyo y protección. La mirada de su madre se suaviza cada vez que se posa en mí, y aunque nuestro camino hasta aquí ha sido complejo, siento que en este instante estamos comenzando a entendernos, a dejar atrás las diferencias y a construir algo que realmente valga la pena.

Alex no se separa de mi lado, su presencia me reconforta y me recuerda que todo lo que estamos viviendo ahora es real y que por fin, después de tanto esfuerzo, hemos encontrado un lugar para nosotros. De repente, escucho su voz de nuevo, esta vez solo para mí, susurrándome con una ternura que hace que mi corazón lata con fuerza.

—¿Sabes? Todo esto lo hacemos por nuestro hijo, por lo que queremos construir para él. Y no hay nada que desee más en esta vida que compartirlo contigo.

Asiento, emocionada, sintiendo cómo sus palabras me llenan de esperanza. Sus ojos se iluminan mientras me sonríe, y sé que está tan ilusionado como yo con lo que estamos viviendo.

# Capítulo 34

# Alex

El eco de las risas y las conversaciones se va apagando a medida que los invitados abandonan la gran sala del castillo familiar. Las luces, aunque todavía resplandecientes, parecen más suaves y el ambiente queda impregnado de esa calma que llega después de un momento importante. Eden se ha ido a la habitación a descansar y yo me he quedado en la sala principal, observando cómo el personal del servicio recoge la cristalería y retira las bandejas que han quedado vacías. Aún puedo sentir la calidez de la noche en el aire y el orgullo que me ha llenado al compartir nuestro futuro con el resto del mundo. Ahora, la paz que empieza a asentarse en el castillo tiene una profundidad que, en el fondo, esperaba encontrar algún día.

Escucho unos pasos a mi espalda y, al girarme, veo a mi madre, que se acerca lentamente, con esa elegancia natural que siempre la ha caracterizado. Lleva las manos entrelazadas delante de ella y su gesto, a diferencia de otras ocasiones, parece más cálido, casi… vulnerable. Noto que sus ojos tienen una expresión que no reconozco del todo, como si hubiera algo que ha querido decirme desde hace tiempo y solo ahora hubiera encontrado el momento.

—Alex —me dice, en voz baja, y hace una pausa antes de continuar, como si el peso de lo que va a decir la estuviera frenando—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Asiento, sin apartar la mirada de ella. En nuestra familia, las palabras no se eligen a la ligera, y mi madre rara vez muestra dudas o inseguridad. Nos quedamos en silencio unos segundos, el tipo de silencio que anticipa una conversación que sabemos que será importante.

—Te he visto esta noche junto a Eden, y he notado algo en ti… algo que no había visto antes —comienza, con una serenidad que no deja de sorprenderme—. La forma en que la miras y en que hablas de ella… Creo que no lo he comprendido realmente hasta hoy. He visto a un hombre que ha encontrado su lugar al lado de una mujer que lo merece.

La observo, intentando leer más allá de sus palabras y de su tono pausado. Es una mujer orgullosa, alguien que siempre ha seguido los valores de nuestra familia, pero que también ha sabido imponer su propio criterio. Y hoy parece que algo en su interior ha cambiado, como si estuviera lista para soltar una carga que ha llevado durante demasiado tiempo.

—Mamá… —murmuro, dándole la oportunidad de continuar.

Ella da un paso más hacia mí y baja la mirada, como si estuviera reuniendo fuerzas antes de continuar hablando.

—La historia de nuestra familia siempre ha sido importante para mí, Alex. Sabes que mi madre me enseñó a valorar nuestras tradiciones, a honrar el linaje y a mantener el nombre de los MacNeil en lo más alto, después de casarme con tu padre —dice, con una voz que, por primera vez, suena más humana y cercana—. Y por eso, ahora que te veo construir una familia con Eden, siento una mezcla de orgullo y… temor. Temor porque es una Fraser, porque el camino que habéis elegido no es el que yo imaginé para ti.

Asiento, dándole el espacio que necesita para expresar lo que quiere decirme. Es la primera vez que escucho una confesión tan sincera de su parte y no la quiero interrumpir.

—Pero esta noche, cuando te he visto tan seguro de tus palabras y tan convencido de vivir junto a Eden, he comprendido que, a veces, las tradiciones tienen que adaptarse, que el linaje MacNeil no depende solo del apellido, sino de la fortaleza que tú has demostrado tener. Esa fuerza, Alex… es la que define quién eres y quiénes somos.

Su voz se quiebra ligeramente y veo en sus ojos un brillo que pocas veces ha mostrado. Mi madre no es una mujer que exprese sus emociones con facilidad, y sé que decir estas palabras le está costando un verdadero esfuerzo.

—Eden ha demostrado que tiene la fuerza y el valor para ser parte de esta familia —añade, y noto un leve temblor en su mano cuando saca algo del bolso que lleva colgado—. Y quiero que ella lo sepa, quiero que entienda que ahora tiene un lugar aquí y que estoy dispuesta a aceptar el camino que habéis elegido juntos.

Miro su mano y veo que sostiene un pequeño estuche de terciopelo azul. El aire parece detenerse cuando lo abre y veo el anillo. Reconozco la joya al instante: es el mismo anillo que la madre de mi padre le entregó a ella cuando se casaron, el símbolo de la unión entre nuestras familias, una reliquia que solo se entrega a quien, verdaderamente, se considera parte de nuestro linaje.

—Este anillo me lo dio tu abuela el día en el que me prometí con tu padre —dice, con voz suave, mientras el reflejo de la piedra preciosa brilla bajo las luces del salón—. Ella me lo entregó con una promesa, una promesa de fortaleza y amor. Ahora quiero que Eden lo tenga, porque sé que va a honrar ese legado y, sobre todo, porque sé que te hace feliz.

Las palabras me tocan de una forma que no creía. Mi madre, siempre tan firme y tan apegada a nuestras tradicionesha decidido dar este paso, y ese anillo simboliza mucho más de lo que parece. Es una aceptación, un reconocimiento de que nuestra historia, con todos sus prejuicios y expectativas, puede transformarse y evolucionar. En este instante, sé que mi madre ha dado el paso más importante que jamás podría haber imaginado.

—Gracias, mamá —digo y me acerco a ella con el corazón acelerado—. Esto significa mucho para mí. Sé que Eden lo valorará, y yo también. Gracias por entenderlo.

Ella sonríe y, sin dudar, toma mi mano, depositando el estuche en ella. Siento el peso de la joya en mi palma, y con ello, el peso de todo lo que representa.

—Eres mi hijo, Alex, y quiero que sepas que te apoyo en todo lo que decidas. Eden y tú estáis construyendo algo hermoso, y me enorgullece veros juntos.

Asiento, emocionado, mientras mi madre da un paso atrás, dejándome con el anillo en la mano. La veo alejarse, pero su expresión serena me asegura que este gesto ha sido una muestra real de su aceptación, algo que siempre había deseado para Eden y para mí. Miro el anillo y sé que este momento, este paso que ha dado mi madre, es el cierre de una etapa y el inicio de otra.

Poco después, subo las escaleras y entro en la habitación donde Eden ya está descansando. Sus ojos se iluminan al verme. Me siento junto a ella en la cama y le entrego el estuche sin decir nada.

Ella lo abre, y cuando sus ojos se posan en el anillo, su expresión cambia. La sorpresa inicial da paso a la emoción y noto cómo se le humedecen los ojos mientras me mira, incrédula.

—Alex… —murmura, con la voz temblorosa—. ¿Qué significa esto?

—Significa que mi madre te acepta como parte de esta familia —le digo, tomando su mano entre las mías—. Este anillo es una muestra de su apoyo y de que está dispuesta a dejar

atrás cualquier rencor, cualquier prejuicio. A partir de ahora, eres una MacNeil.

Ella me mira y en sus ojos veo una mezcla de alivio y felicidad que me llena el alma. Siento que, finalmente, hemos logrado construir el espacio que siempre soñamos, un lugar en el que no haya barreras ni dudas, un hogar en el que nuestro hijo pueda crecer rodeado de amor.

—No sabes cuánto significa esto para mí —me dice con la entrecortada por la emoción.

La beso, con una ternura que no necesita palabras, y nos quedamos abrazados en un silencio que, esta vez, está lleno de paz y de la certeza de que, por fin, todo lo que nos impedía estar juntos ha desaparecido.

# Capítulo 35

# Eden

La calidez del anillo en mi mano aún me conmueve mientras me arreglo para la cena en el castillo. Las palabras de Alex y su madre resuenan en mi mente, como una melodía suave que se repite, regalándome consuelo. En este instante, sosteniendo este anillo, siento que pertenezco a esta familia, que los MacNeil han abierto su corazón y su historia para incluirme en ella.

Cuando termino de vestirme, observo el reflejo de mi mano con el anillo mientras me acaricio el vientre al notar las pataditas de mi bebé, que cada vez está más grande. La joya, tan antigua y llena de significado, brilla con una intensidad que parece envolverme en un vínculo inquebrantable. Este castillo con sus paredes de piedra, los muebles de madera tallada y las miradas a veces severas de sus habitantes ya no me intimidan. Ahora siento que cada rincón es parte de mí y de nuestra historia, y que, de algún modo, he echado raíces en este lugar que antes me resultaba ajeno.

Bajo las escaleras con el pulso acelerado, y al entrar en el comedor veo a Alex esperándome. Me sonríe con esa calidez que siempre logra apaciguar mis miedos. Me toma de la mano, llevándome hacia la mesa donde todos están sentados, incluidos sus padres y, para mi sorpresa, también está Margaret, nuestra querida y anciana ama de llaves, quien me dedica una sonrisa amable.

El comedor principal del castillo es imponente. Los candelabros de plata relucen bajo la tenue luz de las lámparas y las sillas están dispuestas con precisión alrededor de la mesa, decorada con detalles que combinan la historia y el buen gusto de la familia. Es un ambiente solemne, pero esta noche parece distinto, como si, por fin, un manto de paz se hubiera instalado sobre todos nosotros. Alex y yo tomamos asiento juntos, y puedo sentir la expectación e que flota en el ambiente. Todos nos miran, algunos con sonrisas reservadas, otros con una emoción apenas contenida, y es entonces cuando Margaret, con una voz tranquila y segura, toma la palabra.

—Esta noche, quiero compartir una historia que muchos conocéis, pero que quizá no habéis escuchado en su totalidad —empieza, y noto cómo algunos de los presentes levantan la vista, sorprendidos por el tono sereno que utiliza—. La historia de Hellen y Donald.

Los murmullos se detienen. Incluso el leve sonido de la vajilla queda en silencio, mientras todos dirigimos nuestra atención hacia ella. Su voz, impregnada de un matiz de nostalgia, llena el comedor con una calidez inesperada.

—Donald, el abuelo de Alex, fue un hombre de corazón noble, alguien que amaba profundamente, pero cuyo amor le trajo muchas dificultades —continúa Margaret, y su mirada se suaviza al recordar—. Hellen Fraser fue la razón de su felicidad, pero también su mayor dolor. Su historia no fue fácil, porque se amaron en tiempos difíciles, cuando nuestras familias no

entendían que el amor no siempre sigue las reglas que la sociedad impone.

Mi corazón late con fuerza al escuchar sus palabras. Siento la mirada de Alex sobre mí, y en su expresión descubro una mezcla de ternura y comprensión que hace que mi pecho se llene de una gratitud infinita.

—Ambos tuvieron que hacer frente a numerosos obstáculos —prosigue Margaret, y sus ojos recorren a los asistentes con serenidad—. Pero, a pesar de todo, se amaron hasta el final. Hellen fue una mujer valiente, alguien que decidió vivir su amor, aunque sabía que tendría que renunciar a muchas cosas. Y Donald, en su afán por protegerla, nunca dejó de amarla, incluso cuando las circunstancias los separaron.

Margaret se detiene un momento, como si las palabras le costaran, y puedo ver en su cara el reflejo de un pasado que aún la conmueve. Su mirada se detiene en la mía, y, sin que pronuncie ninguna palabra, siento una conexión inexplicable, como si la historia de Hellen y Donald nos uniera de un modo que va más allá de las palabras.

—Esta noche, sin embargo, no quiero recordar esta historia con tristeza —añade, con una sonrisa suave—. Quiero contarla desde la esperanza, porque veo que, en cierto modo, vosotros, Alex y Eden, habéis encontrado la manera de darle un nuevo final, uno lleno de amor y de aceptación.

Las palabras de Margaret resuenan con fuerza en mi pecho. Todo el peso de la historia que llevo en mis venas, de las luchas y sacrificios que han marcado a los Fraser y a los MacNeil, parece desvanecerse ante esta nueva perspectiva. Veo a los padres de Alex mirarnos, y siento que, por fin, hay un puente tendido entre nosotros, uno que promete ser duradero.

—Quiero que sepáis que, al igual que muchos en esta familia, he aprendido a valorar el amor y la fortaleza que compartís —añade Margaret—. Y que, aunque el pasado siempre estará ahí, ahora tenemos la oportunidad de crear un futuro en el que estas dos familias encuentren la paz que tanto necesitaban.

La emoción en su tono es evidente, y siento cómo los ojos se me humedecen al entender el significado profundo de sus palabras. Alex aprieta mi mano bajo la mesa, y en su mirada descubro la promesa de un amor que ha trascendido barreras y prejuicios.

La cena continúa con una atmósfera de paz que jamás imaginé que sería posible en este lugar. Las conversaciones son amables, los gestos sinceros y el aire se llena de risas y miradas de complicidad. Por primera vez, siento que pertenezco, que este lugar es también mi hogar, y que, a pesar de todo lo que hemos tenido que superar, este amor que compartimos ha encontrado su espacio en el corazón de esta familia.

Al terminar la cena, Alex me acompaña a una de las terrazas del castillo, donde el aire fresco de la noche nos envuelve en un manto de tranquilidad. Me gira hacia él, mirándome con sus grandes ojos grises, que me robaron el corazón y que siempre consiguen hacer que me sienta segura.

—Gracias por todo —me dice en voz baja—. Por quedarte, por confiar en mí y en nosotros, incluso cuando las cosas parecían imposibles.

Le sonrío y acaricio su mejilla, sintiendo cómo el amor que nos une ha crecido aún más después de esta noche. Sé que todavía queda camino por recorrer, que habrá días difíciles, pero en este instante no tengo dudas de que, juntos, podemos superarlo todo.

Nos abrazamos bajo el cielo estrellado y en su calidez encuentro la certeza de que este es solo el comienzo de una historia que continuará, una historia que llevará en sus páginas los

nombres de nuestras familias, unidas finalmente en un legado de amor y esperanza.

# Capítulo 36

# Alex

La suave brisa que recorre Glenn Slante acaricia las montañas y se mezcla con el murmullo de los invitados. Hoy, este lugar que lleva grabada la historia de nuestras familias es el escenario de un nuevo comienzo, de una promesa que traspasará las barreras del tiempo, como ya lo hizo la de Hellen y Donald.

Observo a nuestro alrededor y siento que todo encaja, que cada elemento está en su sitio, como si el paisaje y la vida se hubieran unido para crear un instante perfecto. A lo lejos, el brillo del agua se mezcla con el verde profundo de las colinas, y sé que este lugar ha sido testigo de mucho más que los días y las noches que han pasado, que guarda los secretos de aquellos que alguna vez amaron intensamente y que apostaron por un amor que sobrevive en cada rincón.

Me coloco frente al altar improvisado y miro hacia donde Eden aparecerá en unos instantes. Solo interrumpe el silencio el canto de algún pájaro solitario y el susurro de los invitados que se sientan con calma, esperando a que ella llegue. Entre ellos están algunos amigos de confianza y familiares, que han decidido acompañarnos en este día tan especial, y cada una de sus caras refleja la calidez de estar aquí para compartir nuestra felicidad.

Siento que mi corazón late con fuerza mientras intento calmarme. Pienso en el largo camino que hemos recorrido para llegar a este instante y en la fuerza que Eden ha tenido para superar cada obstáculo que hemos encontrado en nuestro camino. Hoy no celebramos solo nuestra boda; sino la confirmación de un amor que, contra todo pronóstico, ha florecido. Y justo cuando creo que la espera va a desbordarme, levanto la mirada y ahí está ella.

Cuando Eden aparece, el mundo entero parece detenerse. Está radiante, con un vestido blanco que cae delicadamente sobre su figura y que resalta el abultado vientre donde crece nuestro hijo. Su sonrisa, amplia y llena de amor, ilumina todo a su alrededor, y los ojos de los presentes se humedecen al verla avanzar. No aparto la mirada de ella mientras se acerca, como si temiera que fuera un sueño y se desvaneciera en cualquier momento. Su belleza hoy es algo que va más allá de lo físico; es una belleza que nace de la serenidad, de la certeza de haber encontrado su lugar, y eso me conmueve de una manera que jamás había experimentado.

Finalmente, llega hasta mí y toma mi mano. Nos miramos en silencio, como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor y, durante un breve instante, todo se reduce a nosotros dos.

El oficiante comienza a hablar, pero sus palabras se diluyen en el aire. Lo único que existe es Eden y la promesa que nos hacemos con cada mirada. Los votos, aunque sencillos, están cargados de significado.

—Eden, te prometo estar a tu lado siempre, en los momentos buenos y en los difíciles. Prometo ser tu refugio y tu compañero, tu amante y tu amigo. Cada día me sorprende tu fuerza y tu bondad, y haces que quiera ser un hombre mejor para estar a tu lado. Eres mi hogar, mi razón

y mi amor eterno, y hoy te entrego todo lo que soy, con la promesa de construir juntos una vida llena de amor y esperanza —le digo sin dejar de mirarla a los ojos.

—Alex —me dice, en un susurro cargado de emoción—. Prometo amarte con todo mi ser y cuidar de ti y de nuestro hijo. Prometo que, sin importar lo que pase, siempre estaremos juntos.

En sus palabras siento el peso de cada obstáculo que hemos superado, de cada miedo que hemos vencido, y cuando termina, no hay nadie que no se conmueva con lo que acabamos de compartir. El viento parece acompañarnos, acariciándonos, envolviéndonos en un abrazo invisible que nos une más allá de lo tangible.

Nos miramos y, en ese instante, sellamos nuestra promesa con un beso que lo abarca todo. No es solo un beso; es un pacto silencioso, una promesa de amor eterno, y cuando nos separamos, el sonido de los aplausos nos recuerda que no estamos solos. A nuestro alrededor, las caras sonrientes de nuestros seres queridos reflejan la alegría que sienten, y sé que este momento quedará grabado en la memoria de todos.

Después de la ceremonia, nos dirigimos a una mesa decorada con flores silvestres y detalles en tonos suaves que contrastan con la majestuosidad de la naturaleza que nos rodea. A la comida, sencilla y deliciosa, la acompañan brindis y palabras de cariño de aquellos que han estado a nuestro lado en cada paso del camino. En algún momento, Margaret se levanta y toma la palabra. Nos mira a ambos con una sonrisa, y al escucharla, siento un nudo en la garganta.

—No puedo evitar recordar a Hellen y Donald en este momento —dice con voz firme y llena de emoción—. Ellos fueron un ejemplo de amor y valentía, y aunque su historia fue difícil, hoy siento que algo de ellos vive en vosotros. Alex, Eden, sé que estáis destinados a construir un amor que durará más allá del tiempo.

Sus palabras llenan el aire de emoción y miro a Eden, quien me devuelve la mirada con una sonrisa que me confirma que siente lo mismo. En este instante, todos los fantasmas del pasado parecen encontrar la paz, y sé que nosotros estamos aquí para continuar con ese legado de amor que comenzó hace mucho tiempo.

La tarde se desliza hacia la noche y mientras la luz cambia en el horizonte, bailo con Eden entre los susurros del viento y las miradas de quienes nos acompañan. Su cuerpo se acopla al mío con una naturalidad que me hace sentir completo, como si todos los momentos que hemos vivido nos hubieran traído exactamente a este punto. La miro a los ojos y acaricio su mejilla, sabiendo que en este instante nada ni nadie puede romper lo que hemos construido.

—Gracias por darme la vida que siempre soñé —le digo en voz baja.

Ella sonríe y apoya su cabeza en mi hombro, y juntos dejamos que el tiempo se detenga mientras disfrutamos de cada segundo, conscientes de que este es solo el comienzo de una historia que aún tiene mucho por contar.

Esta noche, bajo las estrellas, siento que hemos creado algo único, algo que, como las montañas que nos rodean, resistirá el paso de los años.

# Capítulo 37

# Eden

El silencio de la mañana se rompe con un golpe seco en la puerta principal, un sonido que me hace sobresaltarme y lleva a Alex a fruncir el ceño mientras deja la taza de café sobre la mesa. Nos miramos, sin necesidad de palabras, como si ambos sintiéramos que ese golpe trae consigo algo que habíamos temido, pero preferíamos ignorar. Me acomodo en el sofá, mientras acaricio mi vientre abultad y contengo la respiración mientras Alex se dirige hacia la puerta principal. Hamish le entrega a Alex un sobre, que le acaba de entregar un mensajero. El sobre que Alex sostiene entre sus manos está lacrado y parece pesado. Observo cómo Alex abre el sobre y saca los papeles que hay dentro de él. Al leer las primeras líneas, veo cómo su rostro se oscurece. Da un paso atrás, y el peso de la noticia parece hundirle los hombros.

—¿Qué pasa? —pregunto, tratando de mantener la calma, pero la inquietud ya se ha instalado en mi pecho.

Alex cierra los ojos un instante, como si intentara encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, se acerca y extiende los documentos para que los lea.

—Henry ha presentado una demanda desde la cárcel. Su abogado ha enviado estos documentos al tribunal local. Quiere… quiere despojarme de la herencia, alegando que no soy digno de ella y que mi relación contigo ha contaminado el honor de los MacNeil —dice, y en su voz percibo una mezcla de indignación y cansancio.

Tomo los papeles entre mis manos temblorosas. Me cuesta creerlo. Después de todo lo que hemos vivido. ¿Henry nunca se cansa de intentar destruirnos? El aire a mi alrededor se vuelve denso. No importa que esté en la cárcel; su influencia y su odio nos siguen persiguiendo.

—No puede hacer esto —murmuro, aunque en el fondo sé que, viniendo de Henry, cualquier cosa es posible.

Alex se sienta junto a mí, pasándose una mano por el pelo con frustración. En sus ojos veo una mezcla de agotamiento y rabia contenida, pero cuando me mira, siento que una chispa de determinación comienza a encenderse en su interior.

—No va a quitarnos nada —afirma con una firmeza que me reconforta—. No pienso permitir que vuelva a interponerse en nuestras vidas. Esto… esto es la última trampa de Henry, y voy a luchar para que no logre salirse con la suya.

Me incorporo en el asiento y, sin soltar su mano, le miro directamente a los ojos.

—Estoy contigo, Alex —le digo, sintiendo que cada palabra sale de lo más profundo de mi ser—. No permitiré que nadie intente arrebatarte lo que te pertenece.

Él asiente, agradecido, y sé que esta lucha será difícil, pero ahora ya no estamos solos y este es solo un último intento desesperado de Henry, y no pienso permitir que tenga éxito.

Pasamos las horas siguientes concentrados revisando los documentos de la demanda. Cada línea está cargada de un veneno que pretende manipular la historia a favor de él,

desacreditando a Alex y a su derecho como heredero. Es astuto, manipulador y, por supuesto, intenta ensuciarme a mí, como si mi presencia fuese una mancha en el apellido MacNeil.

—Esta acusación es ridícula —murmura Alex con el ceño fruncido, pasando la vista por una línea que menciona nuestra relación como que, según Henry, ha puesto en riesgo la estabilidad de la familia—. Henry está desesperado por recuperar algo de control, incluso desde la cárcel.

—Entonces, usaremos la verdad en su contra —le digo, con una confianza que sorprende incluso a Alex—. No vamos a responderle solo con palabras. Vamos a demostrar quién es realmente. No somos nosotros quienes deshonran el apellido. Es él.

La idea de que nuestra historia y la historia de nuestras familias, sean el arma que desenmascare a Henry me llena de una energía que hace que mi cuerpo responda, a pesar del peso de mi avanzado embarazo. Decidimos que ha llegado el momento de investigar más sobre nuestras raíces, sobre los secretos que durante generaciones han sido ignorados, y sacar a la luz todo lo que Henry intentaba ocultar. Sabemos que detrás de cada familia antigua hay secretos, pero estamos decididos a que esta vez la verdad esté de nuestro lado.

Alex llama a Margaret, quien llega en unos minutos, siempre dispuesta a ayudar y con una sabiduría que parece interminable. Cuando le hablamos de la demanda, su rostro refleja la tristeza que siente y sin que haga falta que diga nada, sé que está con nosotros.

—¿Qué queréis saber? —pregunta, y su voz tiene una gravedad que no necesita explicaciones.

—Todo lo que puedas contarnos sobre Henry, sobre lo que se oculta en el pasado de los MacNeil y de los Fraser —responde Alex, mientras le ofrece una silla para que se acomode—. Sabemos que no podemos cambiar la historia, pero esta vez queremos conocerla a fondo, para que Henry no pueda volver a utilizarla en nuestra contra.

Margaret asiente y durante los días siguientes, el castillo se convierte en el centro de nuestra investigación. La biblioteca, con sus estanterías cargadas de documentos y manuscritos antiguos, guarda los secretos de generaciones. Margaret y Alex pasan horas revisando libros, investigando cada detalle sobre el linaje y buscando cualquier indicio que pueda fortalecer nuestra defensa.

Yo, mientras tanto, me uno a ellos cada vez que puedo. Aunque mi estado me limita, no pienso quedarme al margen. Siento que esto es tanto mi batalla como la de Alex, y que, al proteger nuestro futuro, también estoy protegiendo el legado de nuestro hijo.

Margaret nos revela detalles de antiguas disputas familiares, de alianzas y traiciones que durante años han moldeado el destino de los MacNeil y los Fraser. Descubrimos cartas y diarios, fragmentos de vidas pasadas que cobran sentido en nuestro presente, como si todos esos ecos quisieran advertirnos de algo.

—Es increíble la cantidad de secretos que se han mantenido ocultos —digo en voz baja una tarde, mientras paso mis manos sobre uno de los antiguos diarios de Donald—. Toda esta historia… es como si siempre hubiera estado esperando a salir a la luz.

Finalmente, después de días de incansable búsqueda, encontramos lo que necesitamos. Un documento, escrito a mano y firmado por el propio Donald MacNeil, que especifica cómo el legado debe ser preservado y respetado por aquellos que realmente comprendan su valor y propósito. El documento menciona claramente que cualquiera que intente destruir la esencia de la familia, traicionar sus principios o actuar de manera deshonrosa perderá automáticamente el derecho a la herencia.

—Esto lo cambia todo —dice Alex, con una sonrisa que refleja la victoria que tanto hemos esperado—. Henry jamás podrá desmentir algo escrito por Donald. Es una prueba de que él, y no nosotros, es quien ha faltado el respeto al legado.

Me siento aliviada, como si todo el esfuerzo y las noches de incertidumbre por fin hubieran dado sus frutos. Al mirar a Alex, veo en sus ojos la promesa de un futuro seguro, libre de las amenazas de Henry y de cualquier obstáculo que intente interponerse entre nosotros.

—Hemos ganado —le susurro, con una sonrisa que refleja la paz que tanto habíamos anhelado—. Este es el comienzo de una nueva etapa, y nadie podrá arrebatárnosla.

Alex me abraza con fuerza, y siento que, por fin, todos nuestros sacrificios han valido la pena.

# Capítulo 38

# Alex

Hemos pasado días trabajando con nuestro abogado en nuestra defensa, explorando archivos antiguos y documentos olvidados en las estanterías de la biblioteca y buscando pruebas que demuestren que las acusaciones de Henry no tienen ningún fundamento.

Hoy es el día del juicio. Eden está a mi lado, revisando algunos de los papeles que hemos preparado. Veo su gesto serio, su mirada decidida y sé que esta lucha no solo es mía; ella también ha asumido esta batalla como propia. Su compañía me da fuerzas y me recuerda que estamos juntos en esto, y que nuestra unión es más fuerte que cualquier ataque de Henry o de quien sea.

—¿Preparado? —me pregunta con voz suave pero firme. Al mirarla veo cómo sus ojos reflejan la confianza que siempre ha tenido en nosotros.

—Sí, lo estoy —respondo, tomando su mano. Su piel cálida me reconforta y le sonrío.

La gran sala del juzgado, donde hoy sabremos el veredicto del juez, está llena de personas. Nuestros amigos más cercanos, miembros de la familia y algunos aliados que han decidido apoyarnos se han reunido aquí para ser testigos de este momento. La demanda de Henry no solo es una amenaza para mí, sino también para el legado que este castillo y esta familia representan. Es una prueba para demostrar que los valores que los MacNeil han defendido durante generaciones siguen vivos.

El abogado de Henry está al otro lado de la sala, revisando documentos con una expresión impasible, como si esta fuera una batalla que ya da por ganada. Pero no sabe lo que nosotros sabemos, no ha visto las pruebas que tenemos.

Cuando el abogado de Henry toma la palabra, lanza una serie de acusaciones que hemos escuchado tantas veces que casi podría recitarlas de memoria. Entre otras lindezas dice que no soy digno del legado de los MacNeil, que mi relación con Eden ha manchado el honor de esta familia, que la herencia merece estar en manos de alguien más *adecuado*… Cada palabra que dice es un recordatorio de la lucha que hemos vivido desde el principio, una batalla contra el odio y la manipulación de un hombre que ha intentado destruirnos.

Pero esta vez, no estoy solo.

Eden, con su abultado vientre y una calma que admiro profundamente, toma la palabra para refutar las mentiras. Su voz es firme, clara, y cada palabra que pronuncia está llena de una verdad que desarma a nuestro adversario. Explica cómo Henry ha manipulado a todos a su alrededor y cómo ha intentado imponer su voluntad con mentiras y amenazas.

—Lo que Alex y yo defendemos no es solo un derecho legal, sino la integridad de una familia —dice, mirando al juez con una serenidad que conquista la sala—. El verdadero legado de los MacNeil no está en los títulos ni en las propiedades, sino en los valores que esta familia ha defendido durante generaciones.

El silencio en la sala es absoluto. Los asistentes nos observan, algunos con admiración y respeto y siento que, en ese momento, la historia que Henry ha intentado manipular se desmorona como un castillo de naipes. Lo que Eden ha dicho es tan sencillo y, a la vez, tan profundo, que nadie se atreve a cuestionarlo.

Cuando es mi turno, me pongo en pie. Respiro hondo y mirando directamente al juez, hablo desde el corazón, consciente de que este es el momento decisivo.

—Señoría, mi abuelo, Donald MacNeil, me enseñó que el honor de esta familia está en la verdad, en el compromiso que tenemos con nuestras tierras y con nuestra gente. Henry MacNeil ha intentado pisotear todo eso, ha traicionado los principios que mis antepasados defendieron y lo hace ahora, con mentiras y manipulaciones. Pero hoy, estamos aquí para demostrar que el honor y la verdad de los MacNeil son más fuertes que cualquier falsedad.

Mis palabras son un duro golpe contra las acusaciones de Henry. Las pruebas que hemos reunido y los documentos que refuerzan nuestra posición sirven como testimonio de que nuestra defensa no es solo una reacción, sino un acto de justicia. Eden y yo nos miramos, y sé que en este instante somos más fuertes que nunca.

El juez revisa cada documento y cuando emite su veredicto, sus palabras son contundentes:

—El tribunal desestima las acusaciones de Henry MacNeil. No existe fundamento legal ni moral para retirar a Alexander MacNeil de su posición como heredero de los MacNeil. Esta familia ha demostrado con pruebas y con actos su compromiso con su historia y con sus principios.

Las palabras del juez resuenan en la sala y siento una oleada de alivio y orgullo que me envuelve. La batalla ha terminado. Tomo la mano de Eden y nos dirigimos hacia nuestros amigos y familiares que nos esperan con sonrisas y felicitaciones. Entre ellos veo a Margaret, nuestra leal ama de llaves, que nos observa con emoción.

—Lo han logrado —nos dice, con una calidez en la voz que me reconforta—. Han defendido la verdad de esta familia. Estoy muy orgullosa.

La abrazo, agradecido, y sé que este triunfo no es solo nuestro. Este es un triunfo para todos aquellos que nos han apoyado y han creído en nosotros.

Esa noche, el castillo de los MacNeil resplandece con una nueva luz. La cena que compartimos con nuestros seres queridos tiene un sabor especial, el sabor de la victoria y de la justicia. Eden, con una sonrisa serena, se recuesta en el sofá del gran salón, y mientras acaricia su vientre, siento que estamos viviendo el comienzo de una nueva etapa. Me siento a su lado y me sonríe. Toma mi mano y la pone sobre su vientre.

—¿Lo has notado? —me pregunta sonriente, mientras bajo mi mano siento las pataditas de nuestro hijo, que también parece que está celebrando el triunfo de nuestra familia sobre las mentiras y manipulaciones de Henry.

# Capítulo 39

# Eden

La quietud que envuelve el castillo es distinta hoy. Es una paz cálida, un silencio cargado de promesas cumplidas. Todo lo que hemos vivido, las luchas, las amenazas y las miradas de escepticismo, parece haberse disipado en el aire como si nunca hubiese existido. Y mientras contemplo desde la ventana las colinas verdes que rodean las propiedades de Alex, siento que este lugar, que alguna vez me resultó tan ajeno, es ahora mi hogar.

Acaricio mi vientre abultado, sintiendo el leve movimiento de nuestro hijo. Una sonrisa se me escapa y me parece increíble que, en unas semanas, tendré a esta personita entre mis brazos y al fin podré decirle mirando su carita cuánto le amo. La expectativa crece cada día, y la ternura de este momento me llena de calma y de gratitud.

—¿Estás bien? —Alex aparece en la puerta, con una sonrisa que le ilumina el rostro.

—Mejor que nunca —le respondo, dejándome envolver por la calidez de sus brazos.

La habitación del bebé, que hemos estado decorando con tanto cariño, está casi lista. Cada detalle lo hemos elegido con esmero, desde los tonos suaves de las paredes que invitan a la tranquilidad, hasta los pequeños juguetes de madera que Alex insistió en restaurar personalmente de cuando él era pequeño. Este proyecto nos ha unido de una forma especial; cada pincelada en la pared y cada pieza de mobiliario han sido una declaración silenciosa de nuestro amor y de los sueños que nos hemos atrevido a compartir.

—Creo que ya solo falta colgar el móvil que trajiste de la tienda de antigüedades —le digo, señalando una pequeña caja de madera que reposa en la esquina.

Alex sonríe y asiente, acercándose a la caja con una expresión de orgullo. Lo abre con cuidado y saca un móvil de delicadas figuritas de animales que cuelgan en perfecto equilibrio. Es tan sencillo y, a la vez, tan hermoso que parece que está hecho especialmente solo para nuestro bebé.

—Es perfecto —murmuro mientras observo cómo Alex lo cuelga con destreza sobre la cuna, y lo hace girar con suavidad creando una danza de sombras sobre las paredes.

Nos quedamos en silencio un momento, observando el cuarto que pronto acogerá a nuestro hijo. Siento cómo Alex toma mi mano y entrelaza sus dedos con los míos y me sonríe.

—No puedo creer que en poco tiempo estaremos aquí con él —dice, y en su voz noto una mezcla de emoción y nerviosismo que me enternece profundamente.

—Yo tampoco —le respondo emocionada.

El resto del día transcurre entre risas y momentos de complicidad mientras ultimamos cada detalle. Alex insiste en ajustar personalmente cada pequeño elemento de la habitación, y su dedicación me conmueve. Este hombre que tengo a mi lado, el mismo que me propuso que fuera su vientre de alquiler a cambio de un millón de libras, ahora está aquí, cuidando cada detalle para que nuestro bebé llegue a un hogar lleno de amor.

Al anochecer, cuando la última luz del día se cuela por las ventanas del castillo, Alex me lleva de la mano hasta el salón. La chimenea está encendida, y el suave crepitar del fuego acompaña el silencio que compartimos. Nos acomodamos en el sofá, y siento que mi cuerpo, aunque pesado por las últimas semanas de embarazo, se acopla perfectamente a su lado. Descanso la cabeza en su hombro y me dejo llevar por la tranquilidad del momento.

—¿Te imaginas cómo será? —le pregunto, acariciando mi vientre—. Me pregunto si tendrá tus ojos o si heredará tu sonrisa.

Alex sonríe y me da un beso suave en los labios.

—Sea como sea, estoy seguro de que será perfecto —me responde y su tono seguro y amoroso me reconforta.

Pasan los minutos y nos dejamos envolver por la paz de la noche. Pienso en todo lo que hemos construido y en cómo cada rincón del castillo guarda ahora nuestros recuerdos y nuestras risas y promesas. Me siento afortunada y agradecida por esta vida que estamos creando juntos.

—Sabes —digo en voz baja—, hace unos meses nunca habría imaginado estar aquí, así, contigo, y a punto de ser padres.

Alex me acaricia la mano y siento cómo su pulgar recorre suavemente mi piel.

—Y aquí estamos, mi amor. Lo hemos conseguido. Y ahora, lo único que importa es que vamos a ser una familia —me dice antes de volver a darme otro beso.

Nos quedamos en silencio y, en ese instante, siento que nuestro bebé se mueve de nuevo dentro de mí, como si respondiera a las palabras de su padre. La sensación me llena de una felicidad tan pura que parece irreal. Miramos juntos el fuego y, en su luz, veo el reflejo de todo lo que nos espera: una vida llena de momentos compartidos, de risas y, sobre todo, de amor.

Este instante de calma después de la tormenta, me hace sentir que todo lo que hemos pasado ha valido la pena. Hemos construido un hogar en el que podemos ser nosotros mismos, un lugar donde nuestro hijo crecerá rodeado de amor, de historia y de esperanza. Y sé que, mientras tengamos este amor, nada podrá romper la familia que estamos formando.

# Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de Alex y Eden, te animo a que empieces a leer la siguiente entrega de esta serie: *Matt. Una empleada perfecta para el heredero.* Esta es su sinopsis:

Después de descubrir al **hombre con el que se va a casar**, **liándose con su jefe**, **Lara Whitmore huye de su propia boda**. Dispuesta a empezar de cero, **deja Nueva York** y acepta un contrato temporal como **decoradora** en la majestuosa *mansión Glenmoore,* en el corazón de las **Highlands escocesas**.

**Matt Campbell**, el **enigmático** dueño de Glenmoore, vive atrapado entre el peso de un pasado marcado por **pérdidas** y la oscura **evasión** que encuentra en un **exclusivo club privado libera**l, donde las emociones se callan y los límites desaparecen entre **encuentros sin compromiso con desconocidos**. Pero la **llegada de Lara** pone en jaque su mundo, despertando emociones que creía enterradas y desafiando la vida controlada que ha construido para **proteger a su pequeña hija, Emily**.

Mientras Lara se esfuerza por encontrar su lugar en la mansión, Emily, con su inocencia y curiosidad, se convierte en el puente que une **dos corazones heridos**. Sin embargo, a medida que las barreras entre ellos comienzan a caer, tanto Matt como Lara tendrán que enfrentarse no solo a los **fantasmas del pasado**, sino también a las **tentaciones y secretos** que amenazan con separarlos.

Con una **ambientación envolvente** y personajes inolvidables, este **romance contemporáneo** te hará suspirar, emocionarte y creer en la magia de empezar de nuevo… aunque el camino esté lleno de sombras.

**¿Se impondrá el amor en los caminos de Matt y Lara?**

¡Atrévete a descubrirlo!

Y ahora, empieza a leerlo:

## Matt. Una empleada perfecta para el heredero
## Serie Herederos, 7

### Prólogo
### Lara

La risa ahogada de un hombre llega hasta mis oídos desde el otro lado de la puerta entreabierta. Al

principio, pienso que es solo un invitado, quizás algún amigo de Henry que se
ha apartado un momento del bullicio de la fiesta para refugiarse en un rincón
más íntimo de la mansión. Pero hay algo en esa risa, en la que reconozco un
tono familiar, que me provoca una especie de nudo en el estómago, una
incomodidad sutil que apenas logro descifrar. Es extraño, porque sé que no
debería estar aquí, en este ala privada de la mansión de mis suegros, pero, por
alguna razón, mis pies parecen aferrados al suelo.

La curiosidad se mezcla

con una inquietud, que intento disipar recordando que hoy es un día importante,

el día en el que Henry y yo nos vamos a convertir en marido y mujer. Me acuerdo

de las promesas que hemos compartido, sus palabras de amor y las imágenes de un

futuro brillante que hemos imaginado juntos. Pero ahora, en este pasillo

silencioso y apartado, ese sueño me parece algo lejano y casi irreal y no tengo

ni idea de por qué.

Doy un paso hacia la

puerta a medio cerrar, sin realmente saber la razón Tal vez es la curiosidad,

esa necesidad que tenemos los humanos de querer ver y entender lo que ocurre a

nuestro alrededor. La puerta está entreabierta, apenas un resquicio que deja

escapar un poco de luz y voces apagadas, murmullos que no logro comprender del

todo. Y entonces, antes de que pueda darme la vuelta y continuar mi

camino,

escucho una risa, baja y cómplice, que me resulta conocida. Es una voz que he

escuchado cientos de veces en la oficina, durante las cenas de empresa, y

siempre en el contexto de un respeto profesional. Esa voz, la de Daniel, mi

jefe.

El presentimiento se

convierte en un peso en mi pecho, y algo en mi interior me dice que debo

alejarme, que no debo mirar, sino salir de ahí y olvidarlo. Pero, incapaz de

resistirme, acerco la mano a la puerta y empujo apenas un poco más. El espacio

se amplía lo justo para darme una visión clara del interior de la habitación.

Y, en ese instante, todo lo que alguna vez creí como los sólidos cimientos en

los que se sustentaba mi vida, se vienen abajo como un castillo de naipes

empujado por el viento.

Ahí está Henry, mi

prometido, mi compañero de vida, el hombre con el que he compartido mis sueños

y al que he entregado mi confianza, en una situación que jamás podría haber

imaginado. Lo veo a él y a Daniel, mi jefe, en una escena que me es tan íntima

como devastadora. Están desnudos y abrazados, enredados el uno en el otro,

ajenos al mundo exterior, completamente sumidos en una conexión que creía que

Henry solo reservaba para mí.

La imagen es como un
golpe seco que me arranca el aire de los pulmones. Retrocedo instintivamente,
llevándome la mano al pecho como si intentara detener el dolor físico que
siento en este momento. Mis dedos tiemblan y un frío me recorre el cuerpo, tan
intenso que casi puedo sentirlo en la piel. Me cuesta respirar y la mansión,
que hace unos minutos me parecía el escenario perfecto para hacer realidad el
sueño de casarme con Henry, ahora se convierte en una jaula de oro opresiva en
los Hamptons. No puedo moverme, ni siquiera pensar. Lo único que consigo es
observar con incredulidad, tratando de encontrar alguna lógica en esta
situación absurda. «¿Cómo es posible?» me pregunto horrorizada. Henry y yo
hemos compartido tantas cosas, hemos hablado de nuestros planes, de formar una
familia, de crecer juntos, de… tantas cosas que ahora solo serán eso… planes
que nunca llegarán a convertirse en realidad.
En mi cabeza, repaso
como él ha insistido en cuidar cada detalle de la boda, como sus ojos brillaban
cuando hablaba de nuestro futuro.
¿Era todo una
mentira?
¿Todo esto era solo una
imagen para ocultar lo que realmente deseaba?
Un torrente de
pensamientos comienza a asaltarme. Recuerdo cada momento

compartido, cada
promesa, cada pequeño gesto que ahora me parece una burla, como una carcajada
amarga lanzada en mi cara. La risa que oí hace unos segundos resuena en mi
cabeza como una burla, como si me estuvieran diciendo que he sido una ingenua,
que he estado tan ciega, que no he visto lo que ocurría delante de mis propios
ojos.
Sin darme cuenta, me
echo hacia atrás, tambaleante, y mis manos buscan apoyo en la pared, como si de
alguna forma pudiera evitar que el mundo se desmorone a mi alrededor. No quiero
que me vean; no quiero que ni Henry ni Daniel sepan que los he descubierto. La
humillación es tan profunda que me consume. Jamás pensé que experimentaría algo
así, un dolor tan brutal, que ni siquiera sé cómo describir. Es como si alguien
hubiera arrancado una parte de mí y la hubiera destrozado sin piedad, dejándome
vacía y rota en este pasillo oscuro a pesar de estar decorado con el mayor de
los lujos y con máxima opulencia.
Con cada paso que doy
para alejarme, siento el peso de la traición como un yugo alrededor de mi
cuello. Es un sentimiento asfixiante, una mezcla de furia, tristeza y decepción
que me impulsa a correr, a escapar de esta pesadilla. Me dirijo hacia la salida
de la mansión, ignorando las miradas de los invitados que me cruzo

en el
camino. No quiero hablar con nadie, no quiero escuchar excusas ni
explicaciones. Lo único que quiero es alejarme lo máximo posible de esta escena
esperpéntica que me ahoga
Cuando salgo al
exterior, el sol me golpea con su calor, como si quisiera recordarme que el
mundo sigue, que el día es tan radiante como lo había imaginado, pero nada
tiene sentido ahora. Con el vestido de novia aún puesto y mis lágrimas desbordándose
desde mis ojos por mis mejillas sin control, me subo a mi coche, un
descapotable rojo que, en este instante, me resulta casi una burla. La ironía
de la situación no se me escapa y, sin pensarlo dos veces, me quito el velo y
lo arrojo lejos, echándolo hacia atrás como si así pudiera dejar atrás también
el dolor.
Arranco el coche y, con
el pie en el acelerador, salgo de la mansión a toda velocidad. Cada milla que
avanzo me aleja de la vida que hasta hace unos minutos creía real. Una vida
que, ahora me doy cuenta, no era más que una farsa, una construcción falsa que
se ha derrumbado ante mis ojos. La rabia y la tristeza se mezclan dentro de mí
y crean una tormenta de emociones que me ahoga, pero sigo conduciendo, sin un
rumbo fijo, sin saber adónde ir. Lo único que sé es que no puedo volver atrás.
Durante el trayecto, mi

mente viaja entre recuerdos. Revivo cada momento, cada caricia y cada palabra de Henry. Trato de entender si en algún momento fui ciega, si ignoré señales evidentes de lo que ocurría, pero no encuentro respuestas... Me pregunto qué hice mal, en qué momento dejé de ser suficiente para él. La duda y la autocompasión se apoderan de mí, haciéndome cuestionar cada aspecto de mi relación, cada decisión y cada instante.

Recuerdo cuando nos conocimos, aquella noche en una gala de la empresa. Sus palabras amables y también su sonrisa encantadora. Me hizo sentir especial desde el primer momento, me dio una confianza que… ahora parece ridícula. Le entregué todo de mí, confié en él, lo amé con una sinceridad que me duele recordar. ¿En qué momento se desvaneció esa ilusión? ¿Cuánto tiempo llevaba engañándome? ¿Había sentido algo por mí alguna vez o solo fui la novia perfecta para esconder su verdadera vida?

Las lágrimas continúan cayendo por mis mejillas mientras las preguntas se arremolinan en mi cabeza, sin lograr encontrar una respuesta para ellas. Me siento pequeña, desamparada, como si todo lo que conocía se hubiera desvanecido en un instante. Lo peor de todo es que no hay marcha atrás. No puedo olvidar lo que he visto, no puedo fingir que no ha ocurrido. La imagen de Henry y Daniel juntos está grabada en

mi memoria como una herida que nunca sanará.

Finalmente, después de

lo que parecen horas de conducir sin rumbo, regreso a mi apartamento en Nueva

York. Al entrar, el silencio me envuelve y, por primera, vez me siento

realmente sola. Sigo con el vestido de novia puesto, arrugado y manchado, que

me recuerda la promesa rota y del amor traicionado. Con manos temblorosas, lo

deslizo por mis hombros y lo dejo caer al suelo, como si despojarme de él

pudiera aliviar un poco el dolor que llevo dentro, aunque me quedo lejos de

conseguirlo, muy lejos.

Me miro en el espejo,

viendo reflejada a una mujer diferente, una mujer rota, herida, aunque aún con

una chispa de determinación en los ojos. No sé qué será de mi vida a partir de

ahora, no tengo un plan, ni una dirección, pero sé una cosa: no puedo seguir

viviendo esta farsa. He perdido demasiado y he ganado una certeza amarga, pero

es mía y con eso debe bastarme por ahora.

Me abrazo a mí misma,

intentando encontrar consuelo en la quietud de la habitación y en el eco de mis

propios pensamientos. De alguna manera, siento que este dolor, esta traición,

marcarán el comienzo de algo nuevo, algo que aún no tengo ni idea de cómo será,

ni hacia dónde me llevará.

## Capítulo 1

## Lara

Sentada en el sofá de mi pequeño apartamento y envuelta en una quietud densa que parece absorber todo el ruido de la ciudad, me siento perdida. El vestido de novia yace arrugado en el suelo, como un trágico testigo de lo que nunca llegó a ser. Lo observo con una mezcla de ira y tristeza, y la seda que hasta hace unas horas me parecía un símbolo de felicidad, ahora no es más que un reflejo cruel de un amor que no existió.

Me he dado una ducha caliente, intentando borrar cada huella de este día. Pero el agua no ha podido arrancar de mi piel el rastro de la traición. Mis pensamientos giran en círculos, recorriendo cada recuerdo, cada palabra de Henry y cada promesa que me hizo.

¿Cuánto tiempo ha durado esta mentira? Me invade una sensación de asco al pensar en su sonrisa, en sus caricias y en todas esas veces que me dijo que me amaba. Ahora todo me parece una burla. Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y me sujeto la cabeza entre las manos. Hay una parte de mí que no logra aceptar lo que ha visto, que se niega a creer que el hombre con el que he planeado cada detalle de mi vida futura pueda haberme traicionado de esa forma.

De repente, el silencio del apartamento se me hace insoportable. Me levanto y empiezo a

pasear por el
salón, acariciando los objetos con los que, hasta hoy, había construido mi vida
con Henry. Cada detalle de este espacio está impregnado de recuerdos compartidos
y de promesas que nunca se harán realidad.
De pie frente a la
ventana, miro las luces de la ciudad. En algún lugar, a pocos kilómetros de
aquí, Henry debe de estar tranquilamente en su habitación, convencido de que ha
controlado todos los aspectos de esta situación, seguro de que yo jamás
descubriría su doble vida. Quizás, incluso, esté aliviado de que todo haya
terminado antes de decir el *sí, quiero*. No puedo contener una
risa amarga que suena extraña en el silencio de la noche. ¿Quién soy yo para Henry?
¿Qué significo realmente? Me siento profundamente humillada al darme cuenta de
que, mientras yo soñaba con un futuro juntos, él ya tenía su propia vida con
otra persona… con alguien a quien yo veía cada día, mi propio jefe. Era tan
fácil para él vivir una mentira mientras yo seguía pensando en construir algo
sólido y real a su lado.
Suspiro y vuelvo a
sentarme. Repaso los momentos de los últimos años, intentando encontrar las
señales que debí haber visto, las pequeñas pistas que indicaban que todo esto
no era más que una mentira. Las veces en las que Henry estaba

distraído, las
citas a las que llegaba tarde, las excusas vagas y las llamadas nocturnas que
nunca supe de dónde venían. ¿Por qué no me di cuenta de nada?
—Lara, has sido una
ingenua —me digo, apretando los dientes con rabia.
¿O acaso fue él quien se
encargó de que yo nunca viera nada? La duda me asalta y me doy cuenta de que
quizás, desde el principio, todo estaba planeado y cada gesto suyo fue
calculado para que yo no sospechara. La ira que siento ahora es tan intensa que
me cuesta respirar. Me levanto otra vez, tratando de controlar la avalancha de
emociones que me arrastra sin compasión. «No puedo quedarme aquí», me digo de
repente, sorprendida por la claridad de mis propios pensamientos. Este
apartamento está lleno de recuerdos de Henry, de las veces que pasamos noches
enteras planificando nuestro futuro, de los momentos en los que imaginábamos
nuestra vida juntos, los viajes que haríamos, la familia que formaríamos… Todo
aquí me recuerda a él y, ahora, cada rincón se convierte en una herida que no
deja de sangrar.
—Tengo que salir de aquí
—murmuro en voz baja, como si al verbalizarlo me diera fuerzas.
Mis pensamientos
regresan a mi trabajo, al lugar en el que me sentía valorada y respetada. Pero
la imagen de Daniel, mi jefe, se mezcla con la de Henry y siento que

allí

tampoco puedo encontrar consuelo. Hasta ahora, veía a Daniel como un mentor,

una figura a la que le debía gran parte de mi carrera. En cambio, ahora me

siento profundamente traicionada al darme cuenta de que su amabilidad, esas

palabras de aliento y los comentarios cercanos, no eran más que una cortina de

humo para mantenerme tranquila mientras él y Henry se divertían a mis espaldas.

¿Qué valor tiene ahora todo lo que creía haber logrado?

—Ni siquiera mi trabajo

era real —me digo con una mezcla de incredulidad y tristeza.

Por un momento, pienso

en lo fácil que sería llamar a mis amigas, contarles todo y dejar que me

consolaran. Pero algo en mi interior me impide hacerlo. Me siento demasiado

humillada para compartir esto con nadie. No quiero ver en sus caras una mezcla

de lástima y sorpresa, ni escuchar las palabras de consuelo que sé que

intentarán darme. No quiero que intenten entender lo que ni yo misma soy capaz

de asimilar.

—No… esto tengo que

afrontarlo sola —murmuro, sintiendo una extraña determinación que me obliga a

mirar de frente mi dolor.

Mi mirada se posa en el

vestido de novia tirado en el suelo. Tan caro, tan hermoso… y ahora tan inútil.

Camino hasta él y lo levanto, dejando que la seda suave resbale entre

mis
dedos. Lo coloco en el respaldo del sofá, como si estuviera observando los
restos de un sueño hecho pedazos. Pienso en todas las ilusiones que puse en
este día, en el amor que creía inquebrantable, en los votos que estaba lista
para recitar… Y todo se ha ido a la mierda, todo se ha convertido en cenizas.
Me siento en el suelo y
me abrazo las piernas, y el silencio vuelve a envolverme. Es un silencio frío,
lleno de preguntas sin respuesta, de una tristeza profunda que me cala hasta
los huesos. No puedo entender como alguien que decía quererme ha sido capaz de
destrozar todo lo que habíamos construido y de convertir nuestra relación en
una mentira tan profunda. Siento un nudo en la garganta y, sin poder evitarlo,
las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas. No son lágrimas de tristeza,
sino de una mezcla de rabia, frustración y algo parecido al alivio, como si en
el fondo supiera que, por muy doloroso que sea, estoy mejor lejos de esa
mentira.
—Lara, tienes que recomponerte…
no puedes quedarte aquí —me digo en voz baja, mientras las lágrimas siguen
cayendo sin que pueda controlarlas.
Respiro hondo,
intentando controlar la angustia que me desgarra por dentro y empiezo a pensar

en lo que voy a hacer a partir de mañana. No tengo un plan, no sé adónde iré ni

cómo empezar de nuevo, pero tengo claro que aquí, en este apartamento, no puedo

quedarme. Necesito alejarme de todo esto, empezar de cero en un lugar donde no

existan recuerdos de Henry ni de la traición que ha destrozado mi vida.

De repente, me invade

una especie de energía nueva, una chispa que, aunque pequeña, me da fuerzas.

Quizás esta sea mi oportunidad de encontrarme a mí misma, de descubrir quién

soy sin Henry y sin un trabajo en el que ahora solo veo mentiras. Poco a poco,

la idea loca de dar un cambio radical, de una vida completamente diferente, me

parece extrañamente liberadora.

Miro una última vez el

vestido y me acerco al espejo del salón. Me observo y me doy cuenta de que,

aunque estoy destrozada, hay una chispa en mi mirada, una voluntad de seguir

adelante que nunca había sentido con tanta fuerza. Quizás todo esto es una

señal, una especie de empujón para que finalmente me atreva a vivir por mí

misma, sin depender de nadie. Siento que el dolor es tan profundo que ha cavado

un vacío en mi interior. Pero en ese vacío también veo una oportunidad, una

página en blanco que me da vértigo, pero, al mismo tiempo, me atrae.

—Vas a salir de esta,

Lara —me digo a mí misma con un tono que intenta sonar firme, aunque sé que todavía queda mucho por recorrer.

Empiezo a recoger los objetos personales que necesito y meto lo esencial en una maleta. Mientras lo hago, pienso en lo que quiero dejar atrás, en las cosas que ya no tienen sentido en esta vida que creía mía pero que, en realidad, nunca lo fue. Cierro la maleta y me siento en el sofá, observando mi alrededor por última vez.

Antes de salir, me vuelvo a mirar el vestido. Me acerco y lo doblo con cuidado, como si fuera un símbolo de todo lo que dejo atrás. Lo coloco sobre una silla y, finalmente, me dirijo a la puerta. Con un último suspiro, salgo de ese apartamento que hasta hoy había sido mi hogar.

Las calles de Nueva York están tranquilas a estas horas. Me pierdo en el sonido de mis propios pasos, en el eco que parece susurrarme que este es solo el comienzo. No sé a dónde iré ni qué haré, pero estoy dispuesta a averiguarlo. Por primera vez, siento que el futuro es mío, que cada decisión será solo mía, sin mentiras ni engaños.

Camino, dejando atrás los recuerdos, las promesas rotas y las heridas abiertas, y me dirijo hacia una nueva vida, una vida en la que seré dueña de mis propias decisiones.

## Capítulo 2

## Matt

La sala está sumida en
la penumbra, apenas iluminada por suaves destellos de luces que realzan el contorno de los cuerpos en movimiento, con leves reflejos que parecen acariciar
cada curva y cada músculo. Este es un lugar donde el tiempo no existe, donde todo
se reduce a sensaciones y tacto, al roce de la piel y la respiración
entrecortada. Aquí no existen nombres ni preguntas; es un santuario de deseos
en el que todos buscan perderse en otro y dejar fuera los problemas, las cargas
y el pasado.

De pie en el centro de

la sala, noto cómo las miradas se posan sobre mí. Algunas son fugaces, de

curiosidad, mientras que otras llevan la expectativa de quien sabe a lo que

viene y está ansiosa por empezar. Tres mujeres se acercan lentamente,

conscientes de que toda la sala las observa, sin pudor ni recelo, pero con esa

atención atenta que convierte cada uno de sus movimientos en un espectáculo

privado. Siento el roce de una mano en mi pecho desnudo, firme y segura, como

si conociera cada rincón de mi cuerpo. Su tacto es experto, de quien entiende

que cada caricia tiene un propósito. Me mira a los ojos, buscando algo, quizás

un indicio de hasta dónde puede llegar o si encontrará algún atisbo de emoción

más allá del deseo físico. Le devuelvo la mirada, directa y sin ambigüedades,

mientras esbozo una leve sonrisa que le da permiso para continuar. No hay palabras, no hacen falta; el lenguaje en esta sala es el de los cuerpos, uno en el que me he vuelto experto a lo largo de los años.

La otra mujer se acerca y sus labios rozan mi cuello, su aliento cálido provoca una reacción inmediata.

Susurra algo, palabras entrecortadas y cargadas de deseo, que no escucho del todo, pero que hacen eco en mi mente como un susurro lejano. Mis manos la rodean con la fuerza justa, manteniendo el control que sé que buscan en mí, el control que en algún momento parece diluirse en un ambiente cargado de libertades efímeras.

La tercera se aproxima con una seguridad que casi me arranca una sonrisa. Es esa clase de seguridad que nace de la experiencia y la confianza en lo que ofrece. Su piel roza la mía, y noto cómo sus dedos recorren mi espalda, subiendo lentamente, con una cadencia estudiada, como si cada movimiento fuera una promesa de placer. Cierro los ojos por un segundo, dejándome llevar por el contacto, concentrado en el placer físico, en ese instante en el que el mundo parece reducirse a sensaciones y estímulos.

A mi alrededor, los murmullos se mezclan con la música baja y constante que llena el aire, envolviéndonos a todos en un trance compartido. El ritmo es suave,

deliberado,
como si invitara a dejarse llevar por las notas, por los cuerpos y por el
ambiente cargado que flota en el aire. El sonido de risas y jadeos se entrelaza
en la penumbra, formando una melodía de fondo que intensifica cada movimiento,
cada gesto y cada susurro.
Una de las tres mujeres
que me rodean, la que parece más atrevida, se mueve hasta quedar frente a mí,
sus labios a apenas un suspiro de distancia. Sus ojos, oscuros y profundos, me
miran con una mezcla de desafío y anhelo, como si esperara de mí algo más que
simple deseo. Mis manos encuentran su cintura y noto la tensión en su cuerpo,
que solo se libera al contacto de mis dedos. Con un movimiento se acerca y
nuestros cuerpos se encuentran en una sincronía perfecta, una coreografía
silenciosa que ambos conocemos demasiado bien.
—¿Qué buscas aquí?
—murmura con voz queda, apenas audible.
No respondo. Ella sabe
que la respuesta es irrelevante en este momento. Este lugar no es para palabras
ni confesiones; es para sumergirse en algo más allá de lo racional, en algo que
va más allá de cualquier explicación. Mis manos exploran su piel, su cuello y
su espalda con la precisión de alguien que sabe exactamente cómo despertar cada
rincón de su cuerpo. Cierra los ojos y se entrega al placer, dejándose

guiar y
permitiendo que mis manos marquen el ritmo.
A nuestro alrededor,
otros cuerpos se mueven, inmersos en sus propias danzas y en sus propias
historias que probablemente nunca conoceré. Sin embargo, siento que todos
estamos conectados, que cada roce y cada susurro, forma parte de un mismo
latido compartido que resuena en la sala. Este lugar tiene una energía
peculiar, una especie de fuerza magnética que me atrae una y otra vez, aunque
sepa que cada experiencia aquí es solo un alivio sexual momentáneo, una pausa
en la que puedo dejar de lado la carga que llevo fuera de estas paredes.
Otra de las mujeres se
acerca y sus manos encuentran mi pecho, recorriéndolo con la suavidad de quien
entiende el lenguaje del tacto. Sus labios buscan los míos y, al instante, nos
sumimos en un beso profundo, lleno de deseo, aunque vacío de significado. Es
solo un acto físico, una liberación que ambos necesitamos, sin pretensiones ni
promesas, justo lo que necesito, no quiero nada más. Mi mente queda suspendida,
en un estado de desconexión total que busco cada vez que entro en este lugar,
cada vez que decido que es aquí donde puedo soltarme y puedo permitirme ser
solo cuerpo, solo piel y olvidarme del corazón.
El tiempo en este lugar
parece no tener importancia. Podrían pasar minutos u horas, y todo

se fundiría

en la misma sensación de placer y desconexión. El espacio se llena de suspiros,

de risas apagadas, de jadeos y gritos de liberación y de cuerpos que buscan

olvidarse de sí mismos en la entrega de otro. Mis pensamientos se desvanecen en

la oscuridad y solo queda el instante presente, el momento en el que todo

parece reducirse al contacto de una piel contra otra, a los latidos acelerados,

a la respiración entrecortada y la explosión de placer.

La tercera mujer me mira

desde un rincón, como si analizara cada uno de mis movimientos y reacciones.

Sus ojos tienen una intensidad que me resulta familiar, una mezcla de deseo y

curiosidad que, en otro momento, quizás podría haberme desconcertado. Pero

aquí, en este lugar, no hay espacio para el desconcierto ni para la reflexión.

Su mirada me invita, me provoca y mis pies responden, acortando la distancia

entre nosotros. Ella sonríe y se inclina hacia mí, sus labios rozan mi cuello

mientras sus manos exploran cada centímetro de mi piel, como si intentara

grabarlo en su mente. Mis manos recorren su espalda, su cintura y sus caderas,

en una caricia lenta y deliberada, que provoca un suspiro en sus labios. Mi

mano sigue descendiendo hasta alcanzar su sexo húmedo y anhelante de atención.

Introduzco dos dedos dentro de ella, que me recibe generosa. Clava

su mirada en
la mía y entreabre los labios, cubiertos de carmín rojo, y me deja entrever su
nívea dentadura. Jadea con el movimiento de mis dedos, que entran y salen de ella
sin tregua. En este instante, ambos somos solo cuerpos y una necesidad que
busca saciarse, un impulso que no requiere explicación.
La música cambia de
ritmo y en la sala parece percibirse un cambio, una especie de energía renovada
que envuelve a todos. Las luces se atenúan aún más, lo que vuelve el ambiente
más íntimo y cargado de una tensión que se palpa en el aire. Los murmullos se
transforman en jadeos y suspiros que llenan el espacio, creando una atmósfera
densa y envolvente.
Mientras mis dedos continúan
moviéndose dentro de una de mis compañeras, siento la piel de otra de ellas
contra la mía, sus manos se aferran a mis hombros mientras me mira con los ojos
entrecerrados, dejando ver en su rostro una expresión de satisfacción que se
mezcla con el deseo. El mundo exterior ha dejado de existir; en este momento,
no soy más que un hombre, un cuerpo que busca una liberación que, en el fondo,
sé que es efímera. Pero en este lugar, eso no importa. No busco permanencia ni
significados profundos. Solo el placer de lo inmediato y de la desconexión
absoluta que se respira en cada rincón de esta sala.

Cuando la noche avanza,

las risas se apagan y los cuerpos comienzan a separarse. Noto el cansancio en

mis músculos, una especie de agotamiento que, sin embargo, no trae consigo la

paz que busco y que tanto ansío. Me visto en silencio, mientras las mujeres que

han compartido esta experiencia conmigo se despiden de mí con una sonrisa vaga,

una promesa muda de que quizás nos encontremos de nuevo en otra noche como esta.

## Capítulo 3
## Lara

Las semanas han pasado y
yo sigo aquí, perdida, sin rumbo. Nueva York, que antes me daba energía y
esperanza, ahora me parece un lugar extraño, vacío, como si una neblina
invisible me aislara del mundo. Estoy en un apartamento diminuto, una caja de
paredes finas y una ventana que apenas deja pasar la luz. Lo pago con lo poco
que queda de mis ahorros y cada día que paso aquí me siento más atrapada, como
si el espacio se volviera cada vez más pequeño y el eco de mi soledad resonara
en cada rincón.

Desde que descubrí la

traición de Henry, he intentado llenar el vacío que me dejó de cualquier

manera. Me descargué una aplicación de citas, algo que jamás había pensado

hacer, y me lancé a conocer a otros hombres. No busco una relación, ni siquiera

una conexión verdadera, solo algo que me haga olvidar, aunque sea

por unas horas, el dolor y la humillación que siento desde aquel día. Me arreglo, me maquillo y me presento en bares oscuros y ruidosos, donde las conversaciones se pierden entre el sonido de las copas y la música. Sonrío, asiento, finjo que les escucho, pero, en el fondo, sé que cada palabra cae en el vacío.

Es una especie de ritual que he creado para mantener la cabeza ocupada. A veces me pregunto si realmente quiero estar allí, si quiero seguir conociendo a hombres con los que apenas intercambio palabras antes de acabar en sus camas. Pero, al mismo tiempo, sé que no quiero estar sola. La soledad se me clava en el pecho como una espina, y prefiero engañarme, aunque sea un rato, pensando que la estoy esquivando.

Esta mañana, al despertarme, veo a mi lado al hombre con el que compartí la noche. No sé su nombre o quizás lo olvidé en cuanto lo escuché. Ni siquiera recuerdo en qué momento exacto decidí que él sería la compañía de esta noche, solo sé que, al igual que los otros, él tampoco ha sido capaz de llenar el vacío que noto en el pecho.

Me siento en el borde de la cama, abrazándome las rodillas y tratando de entender en qué momento mi vida se convirtió en esto. Observo al hombre dormido y siento un impulso inexplicable de huir antes de que despierte. Me levanto, busco mi

ropa

esparcida por el suelo, y me visto en silencio, intentando no hacer ruido.

Agradezco que siga dormido. Evito mirarle mientras me pongo los zapatos y abro

la puerta del apartamento y la cierro con cuidado tratando de no hacer ruido

para no despertarle. Siento un alivio extraño al estar fuera, como si hubiera

escapado de algo, aunque sé que soy yo misma quien está atrapada y que solo

trato de escapar de mí.

Camino por las calles de

Nueva York con la cabeza baja, inmersa en mis pensamientos. La ciudad despierta

poco a poco a mi alrededor, indiferente a mi desorden, y yo me siento como un

fantasma que deambula sin rumbo, sin saber realmente adónde va. Mis pies me

llevan a un pequeño café en la esquina de la calle, un lugar al que solía venir

con Henry. Me siento junto a la ventana y observo a la gente que pasa,

intentando desconectar de mis propios pensamientos, aunque sea por un rato,

aunque me quedo lejos de conseguirlo. El camarero me pregunta qué quiero, y

apenas levanto la vista para pedir un café. Mi bebida llega poco después y lo

tomo en silencio, mirando el líquido oscuro como si pudiera encontrar en él

alguna respuesta. Pienso en Henry, en sus palabras, en nuestras promesas y en

la vida que habíamos planeado juntos y que ahora se me antoja como

un sueño
lejano, casi irreal. Me pregunto si en algún momento me amó de verdad, o si
siempre fui solo una pieza indispensable en su puzle para ocultar su verdadera
vida. Ese pensamiento se clava en mí como una espina. Me pregunto cómo pude ser
tan ingenua y no vi lo que estaba pasando delante de mis propios ojos.
Cada recuerdo me hace
sentir más sola, más perdida. Los encuentros con desconocidos, el sexo sin
compromiso, las noches de alcohol y risas forzadas… todo eso me deja aún más
vacía, como si cada experiencia me recordara lo lejos que estoy de encontrar
algo real. Y, sin embargo, sigo buscándolo, continúo entrando en bares y
aceptando citas impulsivas que, en el fondo, sé que no me llenarán. A veces me
odio por ello, por esta necesidad de llenar el vacío con cuerpos y palabras que
no significan nada, pero no sé cómo parar. No sé cómo enfrentarme a la soledad
sin sentir que me ahoga.
Termino mi café y dejo
unas monedas sobre la mesa. Me levanto y salgo a la calle, sintiendo que el
frío de la mañana me golpea la cara para recordarme que estoy viva. Camino de
regreso a mi apartamento, sin rumbo fijo, sin saber realmente adónde ir. No
quiero regresar a ese espacio diminuto, pero tampoco tengo otro lugar donde

pueda sentirme en paz. Nueva York es una ciudad enorme, llena de vida y de posibilidades, pero yo me siento como una extraña en mi propia ciudad, como si ya no perteneciera a este lugar.

Al llegar a mi apartamento, me quito los zapatos y me tumbo en la cama, mirando al techo. Los recuerdos me invaden y mi mente vuela hasta cada promesa que Henry me hizo y a cada una de sus palabras de amor, que ahora me parece tan falsa. Me pregunto si en algún momento fui suficiente para él, si alguna vez me quiso con sinceridad o si todo fue solo una mentira para mantenerme tranquila mientras él vivía su doble vida a mi espalda. Cierro los ojos y dejo que el silencio me envuelva. A veces me parece escuchar el eco de sus palabras en mi cabeza, como una burla cruel que me recuerda lo ingenua que fui. Me duele pensar en todo el tiempo que pasé a su lado, construyendo una relación que, ahora me doy cuenta, no era real. Cada vez que cierro los ojos veo su cara y esa imagen me llena de rabia y tristeza.

Mi móvil vibra en la mesilla de noche y me saca de mis pensamientos. Lo tomo con desgana y veo una notificación de la aplicación de citas. Un mensaje de un desconocido que, probablemente, busca lo mismo que todos los demás. Suspiro y dejo el móvil a un

lado, sin saber si quiero responder o si prefiero quedarme en silencio, en mi soledad. Me siento atrapada en algo que no puedo romper, un ciclo de encuentros vacíos y de noches sin sentido que solo me recuerdan lo sola que estoy en realidad. Pero, al mismo tiempo, no sé cómo escapar de esta espiral. Me siento atrapada en mi propia tristeza, como si el dolor de la traición fuera una herida que no deja de sangrar y que, aunque intento cubrir con parches, no sirve de nada. Quiero escapar y dejar atrás este dolor, pero no sé cómo. No sé cómo enfrentarme a la realidad sin sentir que me ahogo.

Me levanto y me acerco hasta la ventana. Miro las luces de la ciudad y siento una especie de melancolía, una tristeza que me llena el pecho y que no puedo explicar. Nueva York sigue su curso, ajena a mi dolor, y yo me siento como una extraña en mi propia vida, como si todo lo que creía conocer se hubiera desvanecido de un momento a otro.

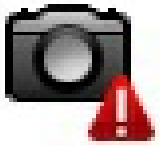
La noche cae y yo sigo en mi apartamento, perdida en mis pensamientos. Abro la aplicación de citas y miro los perfiles de los hombres que me han escrito. Son rostros desconocidos, hombres que, al igual que yo, buscan algo que no pueden encontrar. Paso el dedo por la pantalla, buscando el próximo encuentro, el próximo intento desesperado de sentir algo que me haga olvidar, aunque sea por unas horas, el

vacío que
llevo dentro.
Quizá, pienso, debería
dejar de buscar fuera lo que no puedo encontrar en mí misma. Pero el miedo a la
soledad es demasiado fuerte y, al final, acabo aceptando otra cita. Me visto,
me maquillo y salgo de mi apartamento, dirigiéndome a un bar donde sé que él
estará esperando. Camino con el corazón en un puño, sabiendo que este
encuentro, como todos los anteriores, no me dará lo que busco.

**¡¡¡Hazte con él durante la preventa al 50%!!!**
Continúa leyendo aquí.



## Encuentra aquí otras novelas de la autora



# Capítulo 40

# Alex

La voz de Margaret atraviesa el castillo como un relámpago en una noche tranquila.

—¡Alex!

Su llamada no es un simple aviso; es el eco de todas las emociones contenidas en este día que sabíamos que llegaría, aunque nunca pudimos prepararnos del todo para él. Subo las escaleras apresuradamente, sintiendo cómo el corazón me late desbocado en el pecho. Cuando llego a nuestra habitación, encuentro a Eden recostada en la cama con la cara empapada de sudor, la respiración irregular, y esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad que la hace aún más bella. Siento un nudo en la garganta, al tener la certeza de que nuestro hijo está a punto de nacer.

—Estoy aquí —murmuro, tomando su mano, sintiendo la calidez de su piel bajo mis dedos.

—Alex… —su voz sale temblorosa, apenas un susurro que parece arrastrar todo el peso de su dolor.

No hay tiempo que perder. Con ayuda de Margaret y del servicio del castillo, preparamos todo para llevarla al hospital. El trayecto se convierte en una carrera desesperada, un torbellino de luces y sombras que apenas percibo mientras mantengo mi atención fija en ella y en sus ojos, que ahora lucen más intensos y llenos de vida que nunca. Cada contracción la sacude con una fuerza que yo, en mi impotencia, solo puedo observar, apretando su mano y susurrándole palabras de aliento, que ni siquiera sé si escucha.

Finalmente, llegamos al hospital. La sensación de irrealidad me envuelve mientras un grupo de enfermeras nos recibe. Nos separan brevemente para preparar a Eden para el parto, y esa mínima distancia me llena de ansiedad. Me muevo inquieto en la sala de espera hasta que por fin me permiten entrar y me encuentro con ella en la sala de partos. La miro a la cara y veo su gesto surcado de esfuerzo y cansancio, pero también de una valentía que nunca deja de sorprenderme.

—Quédate conmigo—me ruega en un susurro.

—Sí, amor. No pienso ir a ningún sitio —respondo con una sonrisa dulce mientras acaricio su mejilla. De repente una nueva contracción la atraviesa y le arranca un gemido que resuena en mi pecho como un golpe. Quisiera poder compartir su dolor y aliviarla, pero solo puedo estar aquí, a su lado y mostrarle todo mi apoyo.

El ambiente a nuestro alrededor es tenso, como si el aire mismo contuviera la gravedad de este momento. La voz del médico suena firme, pero sus palabras se pierden en el eco de mi propia ansiedad. Ahora mismo, lo único que importa es Eden, que sigue luchando, aunque siento cómo sus fuerzas se van agotando con cada minuto que pasa.

Pero las complicaciones no tardan en aparecer. Una de las enfermeras me lanza una mirada que me hiela la sangre. El médico frunce el ceño mientras examina a Eden. Siento cómo

el pánico crece dentro de mí, cuando una voz silenciosa me grita que algo no va bien.

—Alex… —Eden me llama entre jadeos con la mirada atrapada en la mía—. No me sueltes.

—No, amor, jamás —le respondo con la voz rota por la impotencia.

La sala de partos se convierte en un lugar donde el tiempo pierde su sentido. Cada segundo parece eterno. Eden se aferra a mí con su mano temblorosa en la mía, sus gemidos de dolor llenan cada rincón y retumban en mi cabeza, hasta que no puedo distinguir dónde termina su dolor y empieza el mío. Trato de mantener la calma y de mostrar la fortaleza que ella necesita, pero en mi interior estoy destrozado, sintiendo cómo cada expresión de su sufrimiento cala hondo en mi ser.

El médico y las enfermeras trabajan con precisión, con movimientos rápidos y calculados, mientras yo me quedo a un lado, luchando por no dejarme llevar por el miedo. Eden intenta mantener la calma, pero veo cómo sus fuerzas se debilitan y cómo sus ojos se cierran en un intento por soportar el dolor que le invade y que parece no tener fin.

—Vamos, mi amor, ya casi está aquí… —le susurro al oído, apretando su mano con todas mis fuerzas.

Ella intenta responderme, pero otro grito de dolor la interrumpe. En su mirada veo el agotamiento, el miedo y la valentía de una madre que lucha con cada fibra de su ser por traer a nuestro hijo al mundo. No puedo hacer más que estar a su lado, sostenerla, y eso me mata.

El tiempo avanza, pero en mi mente cada segundo se convierte en una eternidad. Todo el dolor que he visto en Eden, toda la lucha y el esfuerzo de este momento, se concentra en una última contracción. Con un último grito desgarrador, finalmente, el sonido que tanto esperábamos llena la sala. El llanto de nuestro hijo. Las enfermeras lo toman y lo limpian, y yo me quedo inmóvil, incrédulo, sintiendo cómo el alivio y la alegría me invaden de golpe. Es un niño, nuestro niño, que respira, que llora y que vive. Al mirarlo, todo el dolor, el esfuerzo y el miedo desaparecen al instante. Siento que el mundo entero se ha reducido a este pequeño ser, a este instante de paz que jamás olvidaré.

—Es… perfecto —murmura Eden con la voz temblorosa y débil, y los ojos llenos de lágrimas mientras contempla a nuestro hijo, que finalmente colocan en sus brazos.

Me inclino sobre ellos y en ese momento no encuentro palabras suficientes para describir lo que siento.

—Sí, lo es. Gracias, … por darme esta vida —le susurro al oído y le doy un beso en los labios.

Eden cierra los ojos, extenuada, y yo me quedo a su lado, acariciando su cabello, agradecido, aliviado y consciente de que este instante es el más sagrado que jamás he experimentado. Miro a nuestro hijo y siento que la vida, con todas sus complicaciones y retos, finalmente ha encontrado su significado.

Poco después, nos traen al bebé, envuelto en una suave manta. Lo observo, sorprendido al ver mi propio reflejo en sus pequeños rasgos: el mismo perfil, la misma mirada que, aunque aún perdida, parece explorar este mundo que apenas acaba de descubrir. Siento que mi corazón se desborda; este pequeño ser es la prueba de nuestro amor, de cada sacrificio, de cada lágrima y de cada risa que hemos compartido a lo largo del tiempo.

Mis padres llegan poco después, emocionados y conmovidos. Observan a su nieto, que está entre mis brazos, y mi madre coloca una mano en mi hombro con los ojos llenos de lágrimas.

—Has construido una familia hermosa —me dice con la voz temblorosa por la emoción —. Estamos orgullosos de ti… y de Eden.

Me abraza y siento que todo lo que hemos pasado, todas las dificultades y luchas, han valido la pena. Mi padre también se acerca y emocionado acaricia la cara de mi hijo con la yema de un dedo.

—Este es el comienzo de algo grande —murmura, y siento el peso de sus palabras en mi corazón.

Nos quedamos en silencio, observando a nuestro hijo. En ese momento, sé que hemos superado el pasado, que hemos cerrado capítulos oscuros, y que ahora estamos listos para comenzar esta nueva etapa, unidos como una verdadera familia.

Cuando días después regresamos a casa. El castillo vuelve a llenarse de sonidos, pero esta vez son distintos, son de amor, de vida y de una familia que finalmente ha encontrado la paz y el amor que siempre había buscado. Mientras observo a Eden cómo amamanta a nuestro pequeño, siento que, después de todo, la vida nos ha dado la mayor de las recompensas. Y prometo, en silencio, ser el mejor padre, el mejor compañero y guardián de esta familia que hemos construido juntos.

# Epílogo

# Eden

# Tres años después

El aire en Glenn Slante está impregnado de un frescor casi nostálgico, el mismo que envuelve cada rincón con ese aroma inconfundible de los prados que se extienden bajo el cielo cambiante de Escocia. Observo cómo Alex corre detrás de nuestro hijo y la risa de ambos se mezcla con el viento, llenando el espacio de una alegría tan pura que me invade el pecho como un río desbordado de emociones. Veo cómo sus cabellos del mismo color se agitan al compás de sus movimientos y cómo sus carcajadas se mezclan, creando una melodía que nunca pensé que sería la banda sonora de mi vida.

—¡Ven aquí, campeón! —grita Alex, fingiendo que no puede atraparlo mientras nuestro pequeño se escapa con pasos rápidos y juguetones.

Él tiene el mismo color de ojos que su padre, ese gris que tanto me cautivó desde el principio y que ahora veo reflejado en los ojos curiosos de nuestro hijo. La imagen me conmueve y, al mismo tiempo, me llena de una serenidad que jamás creí posible. Todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí, las dudas, los temores y las barreras que parecían imposibles de superar y hoy se disuelven en el aire como si nunca hubieran existido.

Me siento en un banco de madera que Alex mismo restauró hace unos meses. Desde aquí, con una mano en el vientre, donde las gemelas dan pequeñas pataditas, observo el paisaje de Glenn Slante que, hace unos años, veía como un símbolo de todo aquello de lo que estaba apartada. Ahora, se ha convertido en el centro de nuestra vida, donde hemos construido nuestra mansión y el lugar que ha abrazado nuestra historia y la ha transformado en algo hermoso.

Veo a nuestro hijo correr hacia mí con una flor en la mano y una sonrisa que es pura inocencia. Se detiene a mi lado, extiende el brazo y me entrega la flor con el orgullo de quien ha hecho el mejor regalo del mundo. La tomo entre mis dedos, agradecida, y me inclino hacia él para besar su cabecita.

—Gracias, cariño. Es preciosa —le susurro, sintiendo cómo mis ojos se humedecen.

Alex llega hasta nosotros y se sienta a mi lado, deslizando una mano sobre mi vientre, me sonríe y en sus ojos veo la historia que hemos construido juntos, esa que comenzó de una forma tan inesperada, y que ha crecido hasta convertirse en la vida que siempre soñé sin saberlo.

—¿Te acuerdas de cómo empezó todo? —murmuro, recostándome contra él mientras nuestro hijo se acomoda en su regazo.

Alex asiente y una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Lo recuerdo cada día —responde con un tono en su voz lleno de la misma nostalgia

que siento yo.

Cuando pienso en cómo inició todo, en aquella propuesta que me hizo para ser el vientre de alquiler de su heredero a cambio de un millón de libras, me parece un sueño distante, casi irreal. En ese entonces, jamás hubiera imaginado que ese hombre, que me veía solo como una solución a su necesidad de perpetuar el linaje de los MacNeil, se convertiría en el centro de mi vida y en el hombre que me enseñaría lo que significa realmente amar.

—Es increíble cómo ha cambiado todo, ¿verdad? —añado con una sonrisa.

—Es cierto. Nos hemos construido, juntos. Este lugar ya no es solo un legado del amor de nuestros antepasados, sino también ahora es nuestro hogar, y eso es algo que no tiene precio —me responde mientras aprieta mi mano con suavidad.

Nuestro hijo nos observa con curiosidad, tal vez sin entender del todo lo que decimos, pero feliz por estar junto a nosotros. Me acaricio el vientre y pienso en lo que vendrá, en las gemelas que pronto llegarán para completar nuestra familia y me siento llena de amor y felicidad. Saber que tanto Alex como yo les daremos a nuestros hijos un hogar lleno de risas, de complicidad y de la historia que nos unió es algo que jamás podré expresar con palabras.

—Mamá, ¿vamos a vivir aquí siempre? —pregunta nuestro hijo, con esa dulzura que me desarma.

—Sí, mi amor. Este será siempre nuestro hogar —le respondo, acariciando su mejilla.

Él asiente, satisfecho, y se acurruca en los brazos de Alex, quien le besa la cabeza con esa mezcla de ternura y orgullo que solo un padre conoce. Nos quedamos así, los tres, en silencio, compartiendo un momento que sé que guardaré en mi memoria para siempre.

Mientras contemplo nuestra nueva casa, siento que rincón de este lugar, lleva en su esencia algo de nuestra historia. Hemos dejado atrás las heridas, las viejas rencillas que separaban a nuestras familias y hemos transformado este lugar en un símbolo de amor y unión, en un lugar donde nuestros hijos podrán crecer sabiendo que el pasado es solo eso, pasado, y que el futuro está lleno de posibilidades.

***

Antes de cerrar este libro, por favor, si me dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, me ayudas a que pueda seguir publicando.

¡Muchas gracias!

Sarah Valentine

# Nota de la autora

Querid@ lector@,

Si has llegado hasta aquí, déjame darte las gracias por haberlo hecho. Deseo que hayas disfrutado estas historias y los hayas amado tanto como yo mientras las creaba.

Si te gustan mis historias, te animo a que le des una oportunidad a mis otras novelas publicadas. Mientras, yo continúo trabajando para que dentro de muy poquito puedas seguir leyendo mis nuevas historias.

Hasta pronto y feliz lectura,

Sarah Valentine

# ¿Dónde puedes encontrarme?

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

# Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de Alex y Eden, te animo a que empieces a leer la siguiente entrega de esta serie: *Matt. Una empleada perfecta para el heredero.* Esta es su sinopsis:

Después de descubrir al **hombre con el que se va a casar**, **liándose con su jefe**, **Lara Whitmore huye de su propia boda**. Dispuesta a empezar de cero, **deja Nueva York** y acepta un contrato temporal como **decoradora** en la majestuosa *mansión Glenmoore*, en el corazón de las **Highlands escocesas**.

**Matt Campbell**, el **enigmático** dueño de Glenmoore, vive atrapado entre el peso de un pasado marcado por **pérdidas** y la oscura **evasión** que encuentra en un **exclusivo club privado libera**l, donde las emociones se callan y los límites desaparecen entre **encuentros sin compromiso con desconocidos**. Pero la **llegada de Lara** pone en jaque su mundo, despertando emociones que creía enterradas y desafiando la vida controlada que ha construido para **proteger a su pequeña hija, Emily**.

Mientras Lara se esfuerza por encontrar su lugar en la mansión, Emily, con su inocencia y curiosidad, se convierte en el puente que une **dos corazones heridos**. Sin embargo, a medida que las barreras entre ellos comienzan a caer, tanto Matt como Lara tendrán que enfrentarse no solo a los **fantasmas del pasado**, sino también a las **tentaciones y secretos** que amenazan con separarlos.

Con una **ambientación envolvente** y personajes inolvidables, este **romance contemporáneo** te hará suspirar, emocionarte y creer en la magia de empezar de nuevo… aunque el camino esté lleno de sombras.

**¿Se impondrá el amor en los caminos de Matt y Lara?**

¡Atrévete a descubrirlo!

Y ahora, empieza a leerlo:

## Matt. Una empleada perfecta para el heredero
## Serie Herederos, 7

### Prólogo
### Lara

# Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de Alex y Eden, te animo a que empieces a leer la siguiente entrega de

esta serie: *Matt. Una empleada perfecta para el heredero.* Esta es su sinopsis:

Después de descubrir al **hombre con el que se va a casar**, **liándose con su jefe**, **Lara Whitmore huye de su propia boda**. Dispuesta a empezar de cero, **deja Nueva York** y acepta un contrato temporal como **decoradora** en la majestuosa *mansión Glenmoore*, en el corazón de las **Highlands escocesas**.

**Matt Campbell**, el **enigmático** dueño de Glenmoore, vive atrapado entre el peso de un pasado marcado por **pérdidas** y la oscura **evasión** que encuentra en un **exclusivo club privado libera**l, donde las emociones se callan y los límites desaparecen entre **encuentros sin compromiso con desconocidos**. Pero la **llegada de Lara** pone en jaque su mundo, despertando emociones que creía enterradas y desafiando la vida controlada que ha construido para **proteger a su pequeña hija, Emily**.

Mientras Lara se esfuerza por encontrar su lugar en la mansión, Emily, con su inocencia y curiosidad, se convierte en el puente que une **dos corazones heridos**. Sin embargo, a medida que las barreras entre ellos comienzan a caer, tanto Matt como Lara tendrán que enfrentarse no solo a los **fantasmas del pasado**, sino también a las **tentaciones y secretos** que amenazan con separarlos.

Con una **ambientación envolvente** y personajes inolvidables, este **romance contemporáneo** te hará suspirar, emocionarte y creer en la magia de empezar de nuevo… aunque el camino esté lleno de sombras.

**¿Se impondrá el amor en los caminos de Matt y Lara?**

¡Atrévete a descubrirlo!

Y ahora, empieza a leerlo:

# Matt. Una empleada perfecta para el heredero
# Serie Herederos, 7

## Prólogo
## Lara

La risa ahogada de un hombre llega hasta mis oídos desde el otro lado de la puerta entreabierta. Al principio, pienso que es solo un invitado, quizás algún amigo de Henry que se ha apartado un momento del bullicio de la fiesta para refugiarse en un rincón

más íntimo de la mansión. Pero hay algo en esa risa, en la que reconozco un tono familiar, que me provoca una especie de nudo en el estómago, una incomodidad sutil que apenas logro descifrar. Es extraño, porque sé que no debería estar aquí, en este ala privada de la mansión de mis suegros, pero, por alguna razón, mis pies parecen aferrados al suelo.

La curiosidad se mezcla con una inquietud, que intento disipar recordando que hoy es un día importante, el día en el que Henry y yo nos vamos a convertir en marido y mujer. Me acuerdo de las promesas que hemos compartido, sus palabras de amor y las imágenes de un futuro brillante que hemos imaginado juntos. Pero ahora, en este pasillo silencioso y apartado, ese sueño me parece algo lejano y casi irreal y no tengo ni idea de por qué.

Doy un paso hacia la puerta a medio cerrar, sin realmente saber la razón Tal vez es la curiosidad, esa necesidad que tenemos los humanos de querer ver y entender lo que ocurre a nuestro alrededor. La puerta está

entreabierta, apenas un resquicio que deja escapar un poco de luz y voces apagadas, murmullos que no logro comprender del todo. Y entonces, antes de que pueda darme la vuelta y continuar mi camino, escucho una risa, baja y cómplice, que me resulta conocida. Es una voz que he escuchado cientos de veces en la oficina, durante las cenas de empresa, y siempre en el contexto de un respeto profesional. Esa voz, la de Daniel, mi jefe.

El presentimiento se convierte en un peso en mi pecho, y algo en mi interior me dice que debo alejarme, que no debo mirar, sino salir de ahí y olvidarlo. Pero, incapaz de resistirme, acerco la mano a la puerta y empujo apenas un poco más. El espacio se amplía lo justo para darme una visión clara del interior de la habitación. Y, en ese instante, todo lo que alguna vez creí como los sólidos cimientos en los que se sustentaba mi vida, se vienen abajo como un castillo de naipes empujado por el viento.

Ahí está Henry, mi prometido, mi compañero de vida, el hombre con el que he compartido mis sueños y al que he entregado mi confianza, en una situación que jamás podría haber imaginado. Lo veo a él y a Daniel, mi jefe, en una escena que me es tan íntima como devastadora. Están desnudos y abrazados, enredados el uno en el otro, ajenos al mundo exterior, completamente sumidos en una conexión que creía que Henry solo reservaba para mí.

La imagen es como un golpe seco que me arranca el aire de los

pulmones. Retrocedo instintivamente, llevándome la mano al pecho como si intentara detener el dolor físico que siento en este momento. Mis dedos tiemblan y un frío me recorre el cuerpo, tan intenso que casi puedo sentirlo en la piel. Me cuesta respirar y la mansión, que hace unos minutos me parecía el escenario perfecto para hacer realidad el sueño de casarme con Henry, ahora se convierte en una jaula de oro opresiva en los Hamptons. No puedo moverme, ni siquiera pensar. Lo único que consigo es observar con incredulidad, tratando de encontrar alguna lógica en esta situación absurda. «¿Cómo es posible?» me pregunto horrorizada. Henry y yo hemos compartido tantas cosas, hemos hablado de nuestros planes, de formar una familia, de crecer juntos, de… tantas cosas que ahora solo serán eso… planes que nunca llegarán a convertirse en realidad.

En mi cabeza, repaso como él ha insistido en cuidar cada detalle de la boda, como sus ojos brillaban cuando hablaba de nuestro futuro.

¿Era todo una mentira?

¿Todo esto era solo una imagen para ocultar lo que realmente deseaba?

Un torrente de pensamientos comienza a asaltarme. Recuerdo cada momento compartido, cada promesa, cada pequeño gesto que ahora me parece una burla, como una carcajada amarga lanzada en mi cara. La risa que oí hace unos segundos resuena en mi cabeza como una burla, como si

me estuvieran diciendo que he sido una ingenua, que he estado tan ciega, que no he visto lo que ocurría delante de mis propios ojos.

Sin darme cuenta, me echo hacia atrás, tambaleante, y mis manos buscan apoyo en la pared, como si de alguna forma pudiera evitar que el mundo se desmorone a mi alrededor. No quiero que me vean; no quiero que ni Henry ni Daniel sepan que los he descubierto. La humillación es tan profunda que me consume. Jamás pensé que experimentaría algo así, un dolor tan brutal, que ni siquiera sé cómo describir. Es como si alguien hubiera arrancado una parte de mí y la hubiera destrozado sin piedad, dejándome vacía y rota en este pasillo oscuro a pesar de estar decorado con el mayor de los lujos y con máxima opulencia.

Con cada paso que doy para alejarme, siento el peso de la traición como un yugo alrededor de mi cuello. Es un sentimiento asfixiante, una mezcla de furia, tristeza y decepción que me impulsa a correr, a escapar de esta pesadilla. Me dirijo hacia la salida de la mansión, ignorando las miradas de los invitados que me cruzo en el camino. No quiero hablar con nadie, no quiero escuchar excusas ni explicaciones. Lo único que quiero es alejarme lo máximo posible de esta escena esperpéntica que me ahoga

Cuando salgo al exterior, el sol me golpea con su calor, como si quisiera recordarme que el mundo sigue, que el día es tan radiante como lo había imaginado, pero nada tiene sentido ahora. Con el vestido de novia

aún puesto y mis lágrimas desbordándose desde mis ojos por mis mejillas sin control, me subo a mi coche, un descapotable rojo que, en este instante, me resulta casi una burla. La ironía de la situación no se me escapa y, sin pensarlo dos veces, me quito el velo y lo arrojo lejos, echándolo hacia atrás como si así pudiera dejar atrás también el dolor.

Arranco el coche y, con el pie en el acelerador, salgo de la mansión a toda velocidad. Cada milla que avanzo me aleja de la vida que hasta hace unos minutos creía real. Una vida que, ahora me doy cuenta, no era más que una farsa, una construcción falsa que se ha derrumbado ante mis ojos. La rabia y la tristeza se mezclan dentro de mí y crean una tormenta de emociones que me ahoga, pero sigo conduciendo, sin un rumbo fijo, sin saber adónde ir. Lo único que sé es que no puedo volver atrás.

Durante el trayecto, mi mente viaja entre recuerdos. Revivo cada momento, cada caricia y cada palabra de Henry. Trato de entender si en algún momento fui ciega, si ignoré señales evidentes de lo que ocurría, pero no encuentro respuestas... Me pregunto qué hice mal, en qué momento dejé de ser suficiente para él. La duda y la autocompasión se apoderan de mí, haciéndome cuestionar cada aspecto de mi relación, cada decisión y cada instante. Recuerdo cuando nos conocimos, aquella noche en una gala de la empresa. Sus palabras amables y también su sonrisa encantadora. Me hizo sentir especial desde el primer momento, me dio una

confianza que… ahora parece ridícula. Le entregué todo de mí, confié en él, lo amé con una sinceridad que me duele recordar. ¿En qué momento se des aneció esa ilusión? ¿Cuánto tiempo llevaba engañándome? ¿Había sentido algo por mí alguna vez o solo fui la novia perfecta para esconder su verdadera vida?

Las lágrimas continúan cayendo por mis mejillas mientras las preguntas se arremolinan en mi cabeza, sin lograr encontrar una respuesta para ellas. Me siento pequeña, desamparada, como si todo lo que conocía se hubiera desvanecido en un instante. Lo peor de todo es que no hay marcha atrás. No puedo olvidar lo que he visto, no puedo fingir que no ha ocurrido. La imagen de Henry y Daniel juntos está grabada en mi memoria como una herida que nunca sanará.

Finalmente, después de lo que parecen horas de conducir sin rumbo, regreso a mi apartamento en Nueva York. Al entrar, el silencio me envuelve y, por primera, vez me siento realmente sola. Sigo con el vestido de novia puesto, arrugado y manchado, que me recuerda la promesa rota y del amor traicionado. Con manos temblorosas, lo deslizo por mis hombros y lo dejo caer al suelo, como si despojarme de él pudiera aliviar un poco el dolor que llevo dentro, aunque me quedo lejos de conseguirlo, muy lejos.

Me miro en el espejo, viendo reflejada a una mujer diferente, una mujer rota, herida, aunque aún con una chispa de determinación en los

ojos. No sé qué será de mi vida a partir de ahora, no tengo un plan, ni una dirección, pero sé una cosa: no puedo seguir viviendo esta farsa. He perdido demasiado y he ganado una certeza amarga, pero es mía y con eso debe bastarme por ahora.

Me abrazo a mí misma, intentando encontrar consuelo en la quietud de la habitación y en el eco de mis propios pensamientos. De alguna manera, siento que este dolor, esta traición, marcarán el comienzo de algo nuevo, algo que aún no tengo ni idea de cómo será, ni hacia dónde me llevará.

## Capítulo 1

## Lara

Sentada en el sofá de mi pequeño apartamento y envuelta en una quietud densa que parece absorber todo el ruido de la ciudad, me siento perdida. El vestido de novia yace arrugado en el suelo, como un trágico testigo de lo que nunca llegó a ser. Lo observo con una mezcla de ira y tristeza, y la seda que hasta hace unas horas me parecía un
símbolo de felicidad, ahora no es más que un reflejo cruel de un amor que no
existió.

Me he dado una ducha caliente, intentando borrar cada huella de

este día. Pero el agua no ha podido arrancar de mi piel el rastro de la traición. Mis pensamientos giran en círculos, recorriendo cada recuerdo, cada palabra de Henry y cada promesa que me hizo.

¿Cuánto tiempo ha durado esta mentira? Me invade una sensación de asco al pensar en su sonrisa, en sus caricias y en todas esas veces que me dijo que me amaba. Ahora todo me parece una burla. Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y me sujeto la cabeza entre las manos. Hay una parte de mí que no logra aceptar lo que ha visto, que se niega a creer que el hombre con el que he planeado cada detalle de mi vida futura pueda haberme traicionado de esa forma.

De repente, el silencio del apartamento se me hace insoportable. Me levanto y empiezo a pasear por el salón, acariciando los objetos con los que, hasta hoy, había construido mi vida con Henry. Cada detalle de este espacio está impregnado de recuerdos compartidos y de promesas que nunca se harán realidad.

De pie frente a la ventana, miro las luces de la ciudad. En algún lugar, a pocos kilómetros de aquí, Henry debe de estar tranquilamente en su habitación, convencido de que ha controlado todos los aspectos de esta situación, seguro de que yo jamás descubriría su doble vida. Quizás, incluso, esté aliviado de que todo haya terminado antes de decir el *sí, quiero*. No puedo contener una risa amarga que suena extraña en el

silencio de la noche. ¿Quién soy yo para Henry?

¿Qué significo realmente? Me siento profundamente humillada al darme cuenta de que, mientras yo soñaba con un futuro juntos, él ya tenía su propia vida con otra persona… con alguien a quien yo veía cada día, mi propio jefe. Era tan fácil para él vivir una mentira mientras yo seguía pensando en construir algo sólido y real a su lado.

Suspiro y vuelvo a sentarme. Repaso los momentos de los últimos años, intentando encontrar las señales que debí haber visto, las pequeñas pistas que indicaban que todo esto no era más que una mentira. Las veces en las que Henry estaba distraído, las citas a las que llegaba tarde, las excusas vagas y las llamadas nocturnas que nunca supe de dónde venían. ¿Por qué no me di cuenta de nada?

—Lara, has sido una ingenua —me digo, apretando los dientes con rabia.

¿O acaso fue él quien se encargó de que yo nunca viera nada? La duda me asalta y me doy cuenta de que quizás, desde el principio, todo estaba planeado y cada gesto suyo fue calculado para que yo no sospechara. La ira que siento ahora es tan intensa que me cuesta respirar. Me levanto otra vez, tratando de controlar la avalancha de emociones que me arrastra sin compasión. «No puedo quedarme aquí», me digo de repente, sorprendida por la claridad de mis propios pensamientos. Este

apartamento está lleno de recuerdos de Henry, de las veces que pasamos noches enteras planificando nuestro futuro, de los momentos en los que imaginábamos nuestra vida juntos, los viajes que haríamos, la familia que formaríamos… Todo aquí me recuerda a él y, ahora, cada rincón se convierte en una herida que no deja de sangrar.

—Tengo que salir de aquí —murmuro en voz baja, como si al verbalizarlo me diera fuerzas.

Mis pensamientos regresan a mi trabajo, al lugar en el que me sentía valorada y respetada. Pero la imagen de Daniel, mi jefe, se mezcla con la de Henry y siento que allí tampoco puedo encontrar consuelo. Hasta ahora, veía a Daniel como un mentor, una figura a la que le debía gran parte de mi carrera. En cambio, ahora me siento profundamente traicionada al darme cuenta de que su amabilidad, esas palabras de aliento y los comentarios cercanos, no eran más que una cortina de humo para mantenerme tranquila mientras él y Henry se divertían a mis espaldas.

¿Qué valor tiene ahora todo lo que creía haber logrado?

—Ni siquiera mi trabajo era real —me digo con una mezcla de incredulidad y tristeza.

Por un momento, pienso en lo fácil que sería llamar a mis amigas, contarles todo y dejar que me consolaran. Pero algo en mi interior me impide hacerlo. Me siento demasiado humillada para compartir esto con

nadie. No quiero ver en sus caras una mezcla de lástima y sorpresa, ni escuchar las palabras de consuelo que sé que intentarán darme. No quiero que intenten entender lo que ni yo misma soy capaz de asimilar.

—No… esto tengo que afrontarlo sola —murmuro, sintiendo una extraña determinación que me obliga a mirar de frente mi dolor.

Mi mirada se posa en el vestido de novia tirado en el suelo. Tan caro, tan hermoso… y ahora tan inútil.

Camino hasta él y lo levanto, dejando que la seda suave resbale entre mis dedos. Lo coloco en el respaldo del sofá, como si estuviera observando los restos de un sueño hecho pedazos. Pienso en todas las ilusiones que puse en este día, en el amor que creía inquebrantable, en los votos que estaba lista para recitar… Y todo se ha ido a la mierda, todo se ha convertido en cenizas.

Me siento en el suelo y me abrazo las piernas, y el silencio vuelve a envolverme. Es un silencio frío, lleno de preguntas sin respuesta, de una tristeza profunda que me cala hasta los huesos. No puedo entender como alguien que decía quererme ha sido capaz de destrozar todo lo que habíamos construido y de convertir nuestra relación en una mentira tan profunda. Siento un nudo en la garganta y, sin poder evitarlo, las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas. No son lágrimas de tristeza, sino de una mezcla de rabia, frustración y algo parecido al alivio, como si en el

fondo supiera que, por muy doloroso que sea, estoy mejor lejos de esa mentira.

—Lara, tienes que recomponerte… no puedes quedarte aquí —me digo en voz baja, mientras las lágrimas siguen cayendo sin que pueda controlarlas.

Respiro hondo, intentando controlar la angustia que me desgarra por dentro y empiezo a pensar en lo que voy a hacer a partir de mañana. No tengo un plan, no sé adónde iré ni cómo empezar de nuevo, pero tengo claro que aquí, en este apartamento, no puedo quedarme. Necesito alejarme de todo esto, empezar de cero en un lugar donde no existan recuerdos de Henry ni de la traición que ha destrozado mi vida.

De repente, me invade una especie de energía nueva, una chispa que, aunque pequeña, me da fuerzas. Quizás esta sea mi oportunidad de encontrarme a mí misma, de descubrir quién soy sin Henry y sin un trabajo en el que ahora solo veo mentiras. Poco a poco, la idea loca de dar un cambio radical, de una vida completamente diferente, me parece extrañamente liberadora.

Miro una última vez el vestido y me acerco al espejo del salón. Me observo y me doy cuenta de que, aunque estoy destrozada, hay una chispa en mi mirada, una voluntad de seguir adelante que nunca había sentido con tanta fuerza. Quizás todo esto es una señal, una especie de empujón

para que finalmente me atreva a vivir por mí misma, sin depender de nadie. Siento que el dolor es tan profundo que ha cavado un vacío en mi interior. Pero en ese vacío también veo una oportunidad, una página en blanco que me da vértigo, pero, al mismo tiempo, me atrae.

—Vas a salir de esta, Lara —me digo a mí misma con un tono que intenta sonar firme, aunque sé que todavía queda mucho por recorrer.

Empiezo a recoger los objetos personales que necesito y meto lo esencial en una maleta. Mientras lo hago, pienso en lo que quiero dejar atrás, en las cosas que ya no tienen sentido en esta vida que creía mía pero que, en realidad, nunca lo fue. Cierro la maleta y me siento en el sofá, observando mi alrededor por última vez.

Antes de salir, me vuelvo a mirar el vestido. Me acerco y lo doblo con cuidado, como si fuera un símbolo de todo lo que dejo atrás. Lo coloco sobre una silla y, finalmente, me dirijo a la puerta. Con un último suspiro, salgo de ese apartamento que hasta hoy había sido mi hogar.

Las calles de Nueva York están tranquilas a estas horas. Me pierdo en el sonido de mis propios pasos, en el eco que parece susurrarme que este es solo el comienzo. No sé a dónde iré ni qué haré, pero estoy dispuesta a averiguarlo. Por primera vez, siento que el futuro es mío, que cada decisión será solo mía, sin mentiras ni engaños.

Camino, dejando atrás los recuerdos, las promesas rotas y las

heridas abiertas, y me dirijo hacia una nueva vida, una vida en la que seré dueña de mis propias decisiones.

## Capítulo 2

## Matt

La sala está sumida en la penumbra, apenas iluminada por suaves destellos de luces que realzan el contorno de los cuerpos en movimiento, con leves reflejos que parecen acariciar cada curva y cada músculo. Este es un lugar donde el tiempo no existe, donde todo se reduce a sensaciones y tacto, al roce de la piel y la respiración entrecortada. Aquí no existen nombres ni preguntas; es un santuario de deseos en el que todos buscan perderse en otro y dejar fuera los problemas, las cargas y el pasado.

De pie en el centro de la sala, noto cómo las miradas se posan sobre mí. Algunas son fugaces, de curiosidad, mientras que otras llevan la expectativa de quien sabe a lo que viene y está ansiosa por empezar. Tres mujeres se acercan lentamente, conscientes de que toda la sala las observa, sin pudor ni recelo, pero con esa atención atenta que convierte cada uno de sus movimientos en un espectáculo privado. Siento el roce de una mano en mi pecho desnudo, firme y segura, como si conociera cada rincón de mi cuerpo. Su tacto es experto, de quien entiende que cada caricia tiene un propósito. Me mira a los ojos, buscando algo, quizás un indicio de hasta

dónde puede llegar o si encontrará algún atisbo de emoción más allá del deseo físico. Le devuelvo la mirada, directa y sin ambigüedades, mientras esbozo una leve sonrisa que le da permiso para continuar. No hay palabras, no hacen falta; el lenguaje en esta sala es el de los cuerpos, uno en el que me he vuelto experto a lo largo de los años.

La otra mujer se acerca y sus labios rozan mi cuello, su aliento cálido provoca una reacción inmediata.

Susurra algo, palabras entrecortadas y cargadas de deseo, que no escucho del todo, pero que hacen eco en mi mente como un susurro lejano. Mis manos la rodean con la fuerza justa, manteniendo el control que sé que buscan en mí, el control que en algún momento parece diluirse en un ambiente cargado de libertades efímeras.

La tercera se aproxima con una seguridad que casi me arranca una sonrisa. Es esa clase de seguridad que nace de la experiencia y la confianza en lo que ofrece. Su piel roza la mía, y noto cómo sus dedos recorren mi espalda, subiendo lentamente, con una cadencia estudiada, como si cada movimiento fuera una promesa de placer. Cierro los ojos por un segundo, dejándome llevar por el contacto, concentrado en el placer físico, en ese instante en el que el mundo parece reducirse a sensaciones y estímulos.

A mi alrededor, los murmullos se mezclan con la música baja y

constante que llena el aire, envolviéndonos a todos en un trance compartido. El ritmo es suave, deliberado, como si invitara a dejarse llevar por las notas, por los cuerpos y por el ambiente cargado que flota en el aire. El sonido de risas y jadeos se entrelaza en la penumbra, formando una melodía de fondo que intensifica cada movimiento, cada gesto y cada susurro.

Una de las tres mujeres que me rodean, la que parece más atrevida, se mueve hasta quedar frente a mí, sus labios a apenas un suspiro de distancia. Sus ojos, oscuros y profundos, me miran con una mezcla de desafío y anhelo, como si esperara de mí algo más que simple deseo. Mis manos encuentran su cintura y noto la tensión en su cuerpo, que solo se libera al contacto de mis dedos. Con un movimiento se acerca y nuestros cuerpos se encuentran en una sincronía perfecta, una coreografía silenciosa que ambos conocemos demasiado bien.

—¿Qué buscas aquí? —murmura con voz queda, apenas audible.

No respondo. Ella sabe que la respuesta es irrelevante en este momento. Este lugar no es para palabras ni confesiones; es para sumergirse en algo más allá de lo racional, en algo que va más allá de cualquier explicación. Mis manos exploran su piel, su cuello y su espalda con la precisión de alguien que sabe exactamente cómo despertar cada rincón de su cuerpo. Cierra los ojos y se entrega al placer, dejándose guiar

y permitiendo que mis manos marquen el ritmo.

A nuestro alrededor, otros cuerpos se mueven, inmersos en sus propias danzas y en sus propias historias que probablemente nunca conoceré. Sin embargo, siento que todos estamos conectados, que cada roce y cada susurro, forma parte de un mismo latido compartido que resuena en la sala. Este lugar tiene una energía peculiar, una especie de fuerza magnética que me atrae una y otra vez, aunque sepa que cada experiencia aquí es solo un alivio sexual momentáneo, una pausa en la que puedo dejar de lado la carga que llevo fuera de estas paredes.

Otra de las mujeres se acerca y sus manos encuentran mi pecho, recorriéndolo con la suavidad de quien entiende el lenguaje del tacto. Sus labios buscan los míos y, al instante, nos sumimos en un beso profundo, lleno de deseo, aunque vacío de significado. Es solo un acto físico, una liberación que ambos necesitamos, sin pretensiones ni promesas, justo lo que necesito, no quiero nada más. Mi mente queda suspendida, en un estado de desconexión total que busco cada vez que entro en este lugar, cada vez que decido que es aquí donde puedo soltarme y puedo permitirme ser solo cuerpo, solo piel y olvidarme del corazón.

El tiempo en este lugar parece no tener importancia. Podrían pasar minutos u horas, y todo se fundiría en la misma sensación de placer y desconexión. El espacio se llena de suspiros, de risas apagadas, de jadeos

y gritos de liberación y de cuerpos que buscan olvidarse de sí mismos en la entrega de otro. Mis pensamientos se desvanecen en la oscuridad y solo queda el instante presente, el momento en el que todo parece reducirse al contacto de una piel contra otra, a los latidos acelerados, a la respiración entrecortada y la explosión de placer.

La tercera mujer me mira desde un rincón, como si analizara cada uno de mis movimientos y reacciones. Sus ojos tienen una intensidad que me resulta familiar, una mezcla de deseo y curiosidad que, en otro momento, quizás podría haberme desconcertado. Pero aquí, en este lugar, no hay espacio para el desconcierto ni para la reflexión. Su mirada me invita, me provoca y mis pies responden, acortando la distancia entre nosotros. Ella sonríe y se inclina hacia mí, sus labios rozan mi cuello mientras sus manos exploran cada centímetro de mi piel, como si intentara grabarlo en su mente. Mis manos recorren su espalda, su cintura y sus caderas, en una caricia lenta y deliberada, que provoca un suspiro en sus labios. Mi mano sigue descendiendo hasta alcanzar su sexo húmedo y anhelante de atención.

Introduzco dos dedos dentro de ella, que me recibe generosa. Clava su mirada en la mía y entreabre los labios, cubiertos de carmín rojo, y me deja entrever su nívea dentadura. Jadea con el movimiento de mis dedos, que entran y salen de ella sin tregua. En este instante, ambos somos solo

cuerpos y una necesidad que busca saciarse, un impulso que no requiere explicación.

La música cambia de ritmo y en la sala parece percibirse un cambio, una especie de energía renovada que envuelve a todos. Las luces se atenúan aún más, lo que vuelve el ambiente más íntimo y cargado de una tensión que se palpa en el aire. Los murmullos se transforman en jadeos y suspiros que llenan el espacio, creando una atmósfera densa y envolvente.

Mientras mis dedos continúan moviéndose dentro de una de mis compañeras, siento la piel de otra de ellas contra la mía, sus manos se aferran a mis hombros mientras me mira con los ojos entrecerrados, dejando ver en su rostro una expresión de satisfacción que se mezcla con el deseo. El mundo exterior ha dejado de existir; en este momento, no soy más que un hombre, un cuerpo que busca una liberación que, en el fondo, sé que es efímera. Pero en este lugar, eso no importa. No busco permanencia ni significados profundos. Solo el placer de lo inmediato y de la desconexión absoluta que se respira en cada rincón de esta sala.

Cuando la noche avanza, las risas se apagan y los cuerpos comienzan a separarse. Noto el cansancio en mis músculos, una especie de agotamiento que, sin embargo, no trae consigo la paz que busco y que tanto ansío. Me visto en silencio, mientras las mujeres que han compartido

esta experiencia conmigo se despiden de mí con una sonrisa vaga, una promesa muda de que quizás nos encontremos de nuevo en otra noche como esta.

## Capítulo 3

## Lara

Las semanas han pasado y yo sigo aquí, perdida, sin rumbo. Nueva York, que antes me daba energía y esperanza, ahora me parece un lugar extraño, vacío, como si una neblina invisible me aislara del mundo. Estoy en un apartamento diminuto, una caja de paredes finas y una ventana que apenas deja pasar la luz. Lo pago con lo poco que queda de mis ahorros y cada día que paso aquí me siento más atrapada, como si el espacio se volviera cada vez más pequeño y el eco de mi soledad resonara en cada rincón.

Desde que descubrí la traición de Henry, he intentado llenar el vacío que me dejó de cualquier manera. Me descargué una aplicación de citas, algo que jamás había pensado hacer, y me lancé a conocer a otros hombres. No busco una relación, ni siquiera una conexión verdadera, solo algo que me haga olvidar, aunque sea por unas horas, el dolor y la humillación que siento desde aquel día. Me arreglo, me maquillo y me presento en bares oscuros y ruidosos, donde las conversaciones se pierden entre el sonido de las copas y la música. Sonrío, asiento, finjo que les escucho, pero, en el

fondo, sé que cada palabra cae en el vacío.

Es una especie de ritual que he creado para mantener la cabeza ocupada. A veces me pregunto si realmente quiero estar allí, si quiero seguir conociendo a hombres con los que apenas intercambio palabras antes de acabar en sus camas. Pero, al mismo tiempo, sé que no quiero estar sola. La soledad se me clava en el pecho como una espina, y prefiero engañarme, aunque sea un rato, pensando que la estoy esquivando.

Esta mañana, al despertarme, veo a mi lado al hombre con el que compartí la noche. No sé su nombre o quizás lo olvidé en cuanto lo escuché. Ni siquiera recuerdo en qué momento exacto decidí que él sería la compañía de esta noche, solo sé que, al igual que los otros, él tampoco ha sido capaz de llenar el vacío que noto en el pecho.

Me siento en el borde de la cama, abrazándome las rodillas y tratando de entender en qué momento mi vida se convirtió en esto. Observo al hombre dormido y siento un impulso inexplicable de huir antes de que despierte. Me levanto, busco mi ropa esparcida por el suelo, y me visto en silencio, intentando no hacer ruido.

Agradezco que siga dormido. Evito mirarle mientras me pongo los zapatos y abro la puerta del apartamento y la cierro con cuidado tratando de no hacer ruido para no despertarle. Siento un alivio extraño al estar fuera, como si hubiera escapado de algo, aunque sé que soy yo misma

quien está atrapada y que solo trato de escapar de mí.

Camino por las calles de Nueva York con la cabeza baja, inmersa en mis pensamientos. La ciudad despierta poco a poco a mi alrededor, indiferente a mi desorden, y yo me siento como un fantasma que deambula sin rumbo, sin saber realmente adónde va. Mis pies me llevan a un pequeño café en la esquina de la calle, un lugar al que solía venir con Henry. Me siento junto a la ventana y observo a la gente que pasa, intentando desconectar de mis propios pensamientos, aunque sea por un rato, aunque me quedo lejos de conseguirlo. El camarero me pregunta qué quiero, y apenas levanto la vista para pedir un café. Mi bebida llega poco después y lo tomo en silencio, mirando el líquido oscuro como si pudiera encontrar en él alguna respuesta. Pienso en Henry, en sus palabras, en nuestras promesas y en la vida que habíamos planeado juntos y que ahora se me antoja como un sueño lejano, casi irreal. Me pregunto si en algún momento me amó de verdad, o si siempre fui solo una pieza indispensable en su puzle para ocultar su verdadera vida. Ese pensamiento se clava en mí como una espina. Me pregunto cómo pude ser tan ingenua y no vi lo que estaba pasando delante de mis propios ojos.

Cada recuerdo me hace sentir más sola, más perdida. Los encuentros con desconocidos, el sexo sin compromiso, las noches de alcohol y risas forzadas… todo eso me deja aún más vacía, como si cada

experiencia me recordara lo lejos que estoy de encontrar algo real. Y, sin embargo, sigo buscándolo, continúo entrando en bares y aceptando citas impulsivas que, en el fondo, sé que no me llenarán. A veces me odio por ello, por esta necesidad de llenar el vacío con cuerpos y palabras que no significan nada, pero no sé cómo parar. No sé cómo enfrentarme a la soledad sin sentir que me ahoga.

Termino mi café y dejo unas monedas sobre la mesa. Me levanto y salgo a la calle, sintiendo que el frío de la mañana me golpea la cara para recordarme que estoy viva. Camino de regreso a mi apartamento, sin rumbo fijo, sin saber realmente adónde ir. No quiero regresar a ese espacio diminuto, pero tampoco tengo otro lugar donde pueda sentirme en paz. Nueva York es una ciudad enorme, llena de vida y de posibilidades, pero yo me siento como una extraña en mi propia ciudad, como si ya no perteneciera a este lugar.

Al llegar a mi apartamento, me quito los zapatos y me tumbo en la cama, mirando al techo. Los recuerdos me invaden y mi mente vuela hasta cada promesa que Henry me hizo y a cada una de sus palabras de amor, que ahora me parece tan falsa. Me pregunto si en algún momento fui suficiente para él, si alguna vez me quiso con sinceridad o si todo fue solo una mentira para mantenerme tranquila mientras él vivía su doble vida a mi espalda. Cierro los ojos y dejo que el silencio me envuelva. A veces me

parece escuchar el eco de sus palabras en mi cabeza, como una burla cruel que me recuerda lo ingenua que fui. Me duele pensar en todo el tiempo que pasé a su lado, construyendo una relación que, ahora me doy cuenta, no era real. Cada vez que cierro los ojos veo su cara y esa imagen me llena de rabia y tristeza.

Mi móvil vibra en la mesilla de noche y me saca de mis pensamientos. Lo tomo con desgana y veo una notificación de la aplicación de citas. Un mensaje de un desconocido que, probablemente, busca lo mismo que todos los demás. Suspiro y dejo el móvil a un lado, sin saber si quiero responder o si prefiero quedarme en silencio, en mi soledad. Me siento atrapada en algo que no puedo romper, un ciclo de encuentros vacíos y de noches sin sentido que solo me recuerdan lo sola que estoy en realidad. Pero, al mismo tiempo, no sé cómo escapar de esta espiral. Me siento atrapada en mi propia tristeza, como si el dolor de la traición fuera una herida que no deja de sangrar y que, aunque intento cubrir con parches, no sirve de nada. Quiero escapar y dejar atrás este dolor, pero no sé cómo. No sé cómo enfrentarme a la realidad sin sentir que me ahogo.

Me levanto y me acerco hasta la ventana. Miro las luces de la ciudad y siento una especie de melancolía, una tristeza que me llena el pecho y que no puedo explicar. Nueva York sigue su curso, ajena a mi

dolor, y yo me siento como una extraña en mi propia vida, como si todo lo que creía conocer se hubiera desvanecido de un momento a otro.

La noche cae y yo sigo en mi apartamento, perdida en mis pensamientos. Abro la aplicación de citas y miro los perfiles de los hombres que me han escrito. Son rostros desconocidos, hombres que, al igual que yo, buscan algo que no pueden encontrar. Paso el dedo por la pantalla, buscando el próximo encuentro, el próximo intento desesperado de sentir algo que me haga olvidar, aunque sea por unas horas, el vacío que llevo dentro.

Quizá, pienso, debería dejar de buscar fuera lo que no puedo encontrar en mí misma. Pero el miedo a la soledad es demasiado fuerte y, al final, acabo aceptando otra cita. Me visto, me maquillo y salgo de mi apartamento, dirigiéndome a un bar donde sé que él estará esperando. Camino con el corazón en un puño, sabiendo que este encuentro, como todos los anteriores, no me dará lo que busco.

**¡¡¡Hazte con él durante la preventa al 50%!!!**

Continúa leyendo aquí.

# Encuentra aquí otras novelas de la autora

https://www.amazon.com/~/e/B09S6473S5